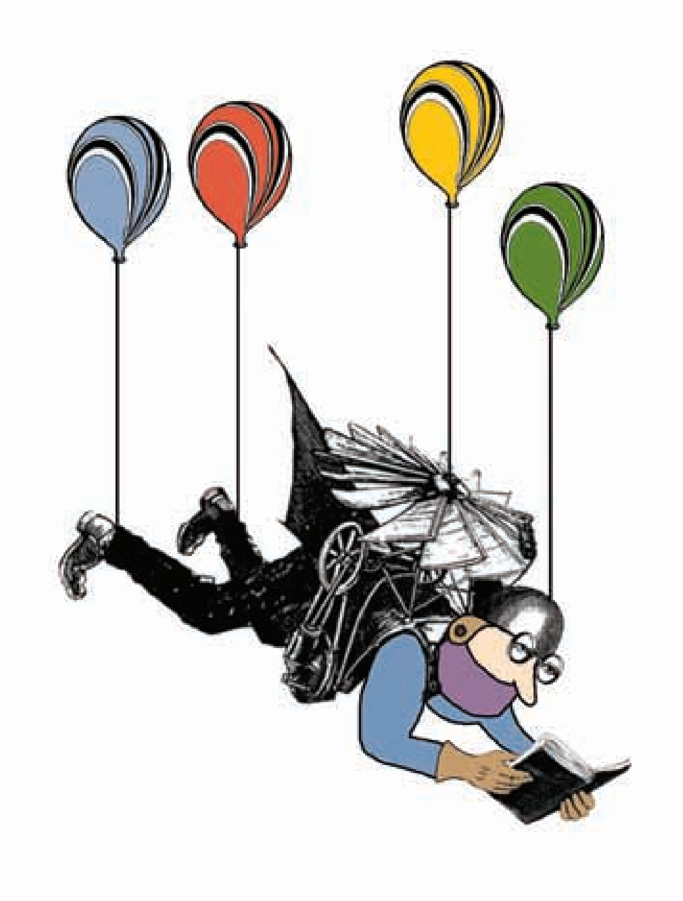
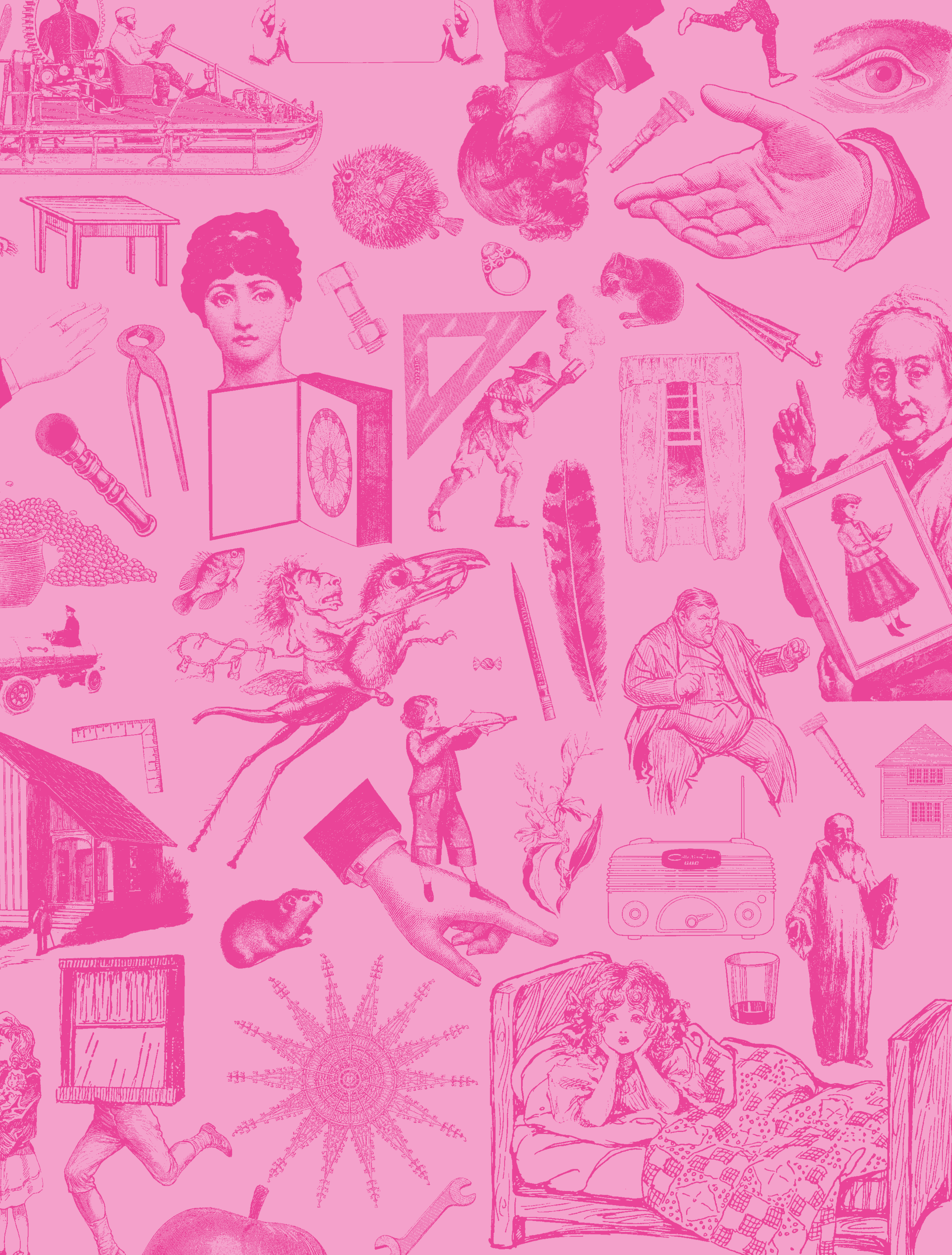
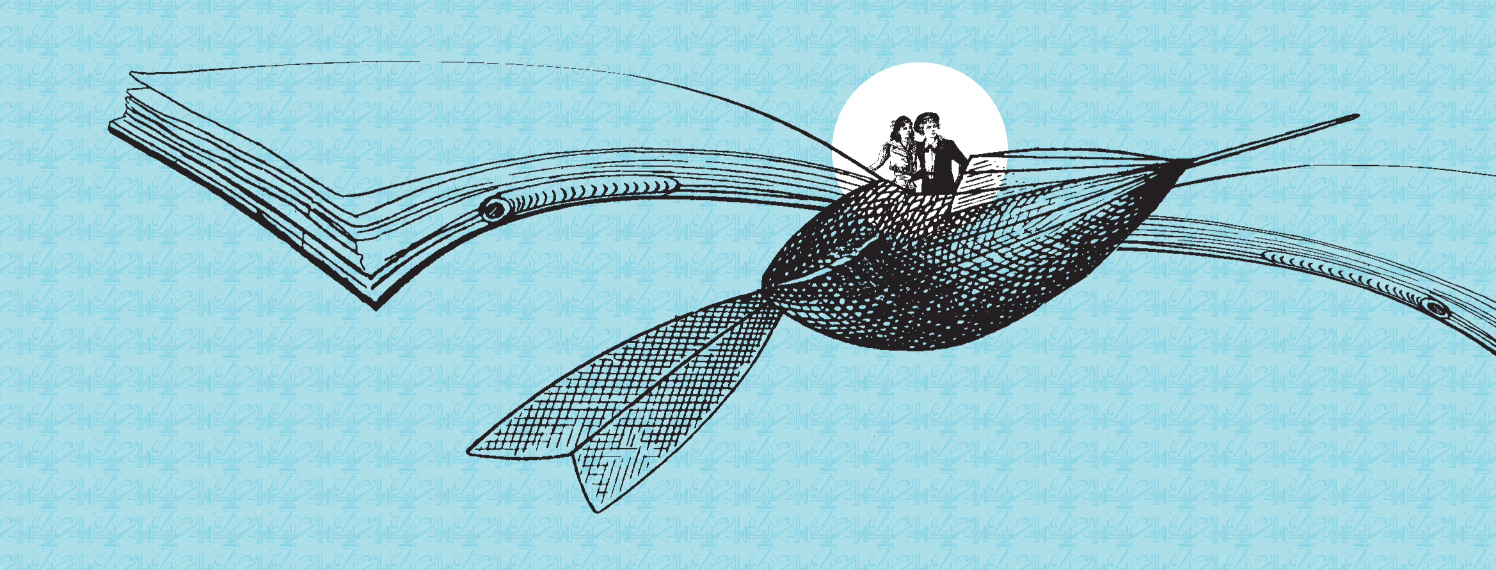
Español lecturas

Cuarto grado









LIBRO DE LECTURAS

Cuarto grado

Esta edición del *Libro de lecturas. Cuarto grado* fue desarrollada por la Dirección General de Materiales Educativos (DGME) de la Subsecretaría de Educación Básica, Secretaría de Educación Pública.

Coordinación técnico-pedagógica
Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos, DGME/SEP
María Cristina Martínez Mercado

Autores
Alejandra Monserrat Castillo Robledo (adaptación de "La vainilla"), Alberto Blanco, Amaranta Leyva, Ana Frida Monterrey Heimsatz, Aurora Consuelo Hernández Hernández, Carlos Alberto Reyes Tosqui, Carmina Narro, Elsa Cross, Estela Maldonado Chávez, F. M. Samaniego, Guadalupe Loaeza, Ignacio Padilla, Israel Huesca Guillén, Jorge Volpi, José Agustín Escamilla Viveros, Juan de Dios Peza, Juan Villoro, Laura Martínez Belli, Luis Guillermo Silva Rojas, María Emilia Beyer, Mariana Tenorio Pita, Meztli Lucero Reyes Sánchez, Óscar Osorio Beristain, Pedro Ángel Palou García, Rosa Beltrán, Sabina Berman, Sergio M. Tenorio Sil, Vivian Mansour Manzur

Coordinación editorial
Dirección Editorial, DGME/SEP
Alejandro Portilla de Buen

Cuidado editorial
Modesta García Roa

Coordinación iconográfica
Fabiola Buenrostro Nava

Producción editorial
Martín Aguilar Gallegos

Servicios editoriales (2011)
Galera Diseño

Dirección de arte
José Luis Lugo

Diseño y diagramación
Bredna Lago, José Luis Lugo

Formación
Santiago Fernández, Paloma Ibarra

Edición gráfica e ilustración
Edición gráfica e ilustración
Andrea Aguilar Álvarez, José Alberto Alonso Rodríguez, Gustavo Amézaga Heiras, Julia Díaz, Carlos Castillo, Bredna Lago, Carla Fernández, Santiago Fernández, Roberto Gutiérrez, Paloma Ibarra, Jazmín Velasco

Primera edición, 2012

ISBN: 978-607-469-728-5

Impreso en México



Presentación

La Subsecretaría de Educación Básica, a través de la Dirección General de Materiales Educativos, ha preparado este *Libro de lecturas* como material de apoyo para la formación de nuevos lectores y el fomento a la lectura. En este contexto, la selección de textos que integran la presente publicación responde a tres propósitos: leer para tomar decisiones, leer para disfrutar la experiencia literaria y leer para aprender.

Con el objetivo de acercar a los niños y niñas a la literatura contemporánea, aquella que se está produciendo día a día en México, hemos reunido en los libros lecturas de cuarto, quinto y sexto grados de primaria a escritores cuya trayectoria ya es parte del patrimonio cultural de México. Consideramos que su aportación, realizada ex profeso para estos libros, promueve y estimula la formación de nuevos lectores.

Asimismo, el apoyo de las familias es esencial para el desarrollo del hábito de la lectura en los niños y jóvenes, por ello las convocamos a participar con nosotros en el propósito de hacer de la práctica lectora una actividad placentera. Cabe recordar a los padres la importancia de que sus hijos sean capaces de leer correctamente desde pequeños, ya que la eficacia en la comprensión lectora está directamente relacionada con el éxito en la escuela y en el futuro profesional.

Por las razones antes mencionadas, mejorar los niveles de lectura en nuestro país debe ser una labor y un compromiso compartidos. Para alcanzar este objetivo, el libro que hoy tienen en sus manos ha sido concebido como un instrumento para impulsar la práctica de la lectura en la familia y cerrar la brecha entre el libro y el alumno.

Este *Libro de lecturas* contribuirá a que, por una parte, los alumnos lean por placer, amplíen sus conocimientos generales y fortalezcan los valores para la convivencia familiar; por la otra, a estimular la participación de los padres de familia la tarea de fomentar la competencia lectora y el progreso educativo de sus hijos.

Secretaría de Educación Pública

A los alumnos y maestros:

A lo largo de nuestra vida, la lectura es una habilidad indispensable para el aprendizaje. Con los libros saciamos nuestra curiosidad sobre los temas que nos interesan y se nos abren las puertas a mundos llenos de imaginación y aventura.

Este libro ofrece una serie de textos que han sido seleccionados para despertar el gusto por la lectura. Conviene adelantar que la lectura, como muchas otras actividades, requiere entrenamiento y práctica, así, lo que en un principio parece complicado y de poco interés, con la práctica será diferente: se convertirán en lectores expertos, se divertirán y podrán compartir su experiencia con los demás.

La lectura es una empresa importante en la que alumnos, familia y maestros debemos trabajar. La adquisición de la fluidez lectora permitirá, por medio de la práctica y la retroalimentación constantes, desarrollar la habilidad de leer un texto de manera rápida, precisa y con la dicción adecuada, para mejorar el rendimiento académico y conseguir el éxito escolar.

Por lo anterior, es recomendable abrir un espacio de intercambio de experiencias sobre la práctica de la lectura en la escuela y en el hogar, que funcione de manera periódica (mensual, quincenal o semanal), en el que se comenten las lecturas, las dificultades que se enfrentaron y las sugerencias, generales y particulares acerca de los temas planteados en la sección "Para comentar la lectura".

¡Ánimo y disfruten su *Libro de lecturas*!





A la familia:

Leer en familia les dará la oportunidad de practicar diversas formas de leer, propiciará un espacio de convivencia que fortalecerá significativamente el aprendizaje escolar de los alumnos. Compartir la lectura con quienes nos rodean cumple varios propósitos: buscar información, dar solución a situaciones problemáticas y conocer escenarios, ambientes y entornos, que les permitan analizar, comparar y tomar decisiones.

A continuación presentamos algunas sugerencias que pueden apoyar la práctica de la lectura en casa:

- Acordar en familia el momento del día que dedicarán a la lectura.
- Elegir un lugar tranquilo, agradable y con buena iluminación.
- Seleccionar juntos la lectura.
- En el caso de los más pequeños conviene que la lectura se realice siguiendo el texto con el dedo. Esto les ayudará a relacionar la oralidad con la escritura de las palabras, es decir, reconocer que "lo que está escrito, se puede leer".
- Comentar acerca del título a fin de anticipar el contenido del texto y platicar de lo que se sabe del tema.
- Comentar sobre las imágenes de manera que los niños puedan recrear lo que están leyendo.
- Que los niños identifiquen y nombren personajes y lugares de la historia.
- Permitirles que interrumpan la lectura y preguntarles lo que creen que sucederá a continuación.
- Propiciar que sus hijos hagan comentarios sobre la historia, que cambien algún pasaje a fin de promover la comprensión del texto y favorecer su creatividad.
- Alternar el lugar de lector, pues un buen lector se hace con la práctica.
- Al concluir la lectura, conversar acerca de lo que leyeron. En este momento es recomendable revisar con los niños o jóvenes las palabras que hayan omitido o leído de manera incorrecta.
- Recurrir a la sección "Para comentar la lectura", pues en ella se ofrece una serie de temas y preguntas relacionadas con cada texto. Es un complemento a las sugerencias, ideas y actividades que cada acompañante de lectura proponga.

Recuerden que el maestro siempre estará dispuesto a apoyarlos.

¡Disfruten en familia la experiencia de la lectura!



Índice

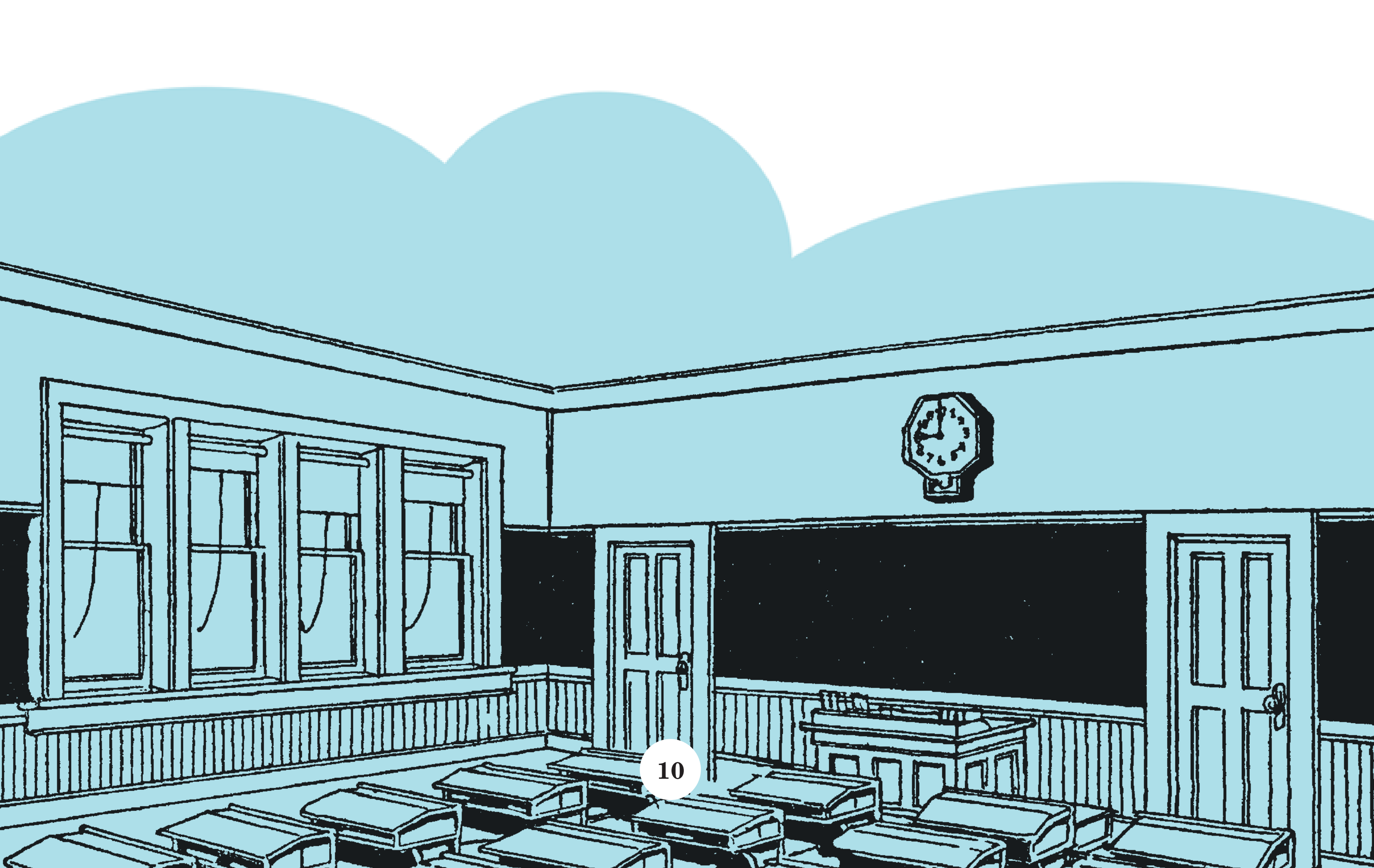
Mi escuela

Estela Maldonado Chávez

La parcela de mis sueños
es mi escuela tan querida
donde forjo mi futuro
en su seno, día con día.

Con mis libros y cuadernos
estudio el arte, la ciencia
y en el vivir cotidiano
voy formando mi conciencia.

Mis maestros, mis amigos
cada día labran mi ser
alguna vez, no sé cuando
pronto llegaré a crecer.





Y en mis recuerdos gratos
la escuela siempre estará
mis amigos, mis maestros,
mi mente no olvidará…

Escuela de mis amores
fuente de luz y alegría,
cada rincón de tus patios
¡trae recuerdos a mi vida!

Para temernos mejor

Rosa Beltrán

Ésta es la historia de una niña llamada Caperucita que se sentía soñada porque nadie tenía ni sabía lo que era una caperuza, y aquello le daba un gustazo enorme. Como todos en su pueblo ignoraban de ropas de marca, decían: “Qué bonita se ve la niña con la capa ésa”, y ella percibía cómo daba un baile su corazón. No ignoraba que nunca habría otra Caperucita más que ella y eso se llama originalidad.

Así pues, iba por el bosque con toda su alegría y presunción a cuestas, pensando: “¿Me comeré o no me comeré uno de los pastelillos que mandó mamá? Total ¿Quién lo va a notar? Y además la abuela ya casi no tiene dientes. Quién quita y hasta le hago un favor porque así no se ahoga” En esas estaba, cuando se apareció el lobo y le preguntó lo que ya sabemos: “¿A dónde vas?”. Ella respondió como su mamá le dijo que había que responder: “Señor, yo no hablo con extraños y menos si están mal vestidos como usted”. Eso bastó para que el lobo cobrara interés y la fuera siguiendo hasta descubrir a dónde iba y llegara a casa de la abuelita tomando el atajo.



Una vez allí, el lobo convenció a la abuela de jugar a las escondidillas y logró que se metiera al armario. La abuelita, que estaba muy vieja y muy sola, consintió en no salir hasta que llegara el leñador que ella imaginó como un príncipe que vendría a sacarla y llevarla de vuelta a sus años de juventud. Y así, esperando, esperando se quedó dormida. El lobo se puso el camisón y el gorro y se metió a la cama.

Cuando Caperucita llegó, tocó varias veces y al ver que no abrían se metió a la casa. Fue al cuarto de su abuelita y entró. Claro que se dio cuenta del engaño enseguida, pues su abuela no tenía esas orejas, ni bigotes tan largos ni piernas peludas, pues usaba cera de depilar. Pero fingió que todo era normal, porque a veces las niñas fingen que no ven lo que están mirando para no hacer al otro quedar mal. “Caperucita”, dijo el lobo, “¿No me notas nada raro?” “Anda, hija, anímate a preguntar”. “No”, respondió Caperucita, y se quedó tan tranquila. “Fíjate bien”, dijo el lobo, “pon un poco de interés”. De modo que la niña se sintió obligada a decir: “Está bien, ¿por qué tienes esos ojos tan grandes?” y “¿por qué tienes esas orejas tan largas?”, y todas esas preguntas que las niñas se ponen a hacer cuando

creen que un señor es tonto o cuando quieren hacerlo tonto o cuando ya no saben qué hacer.

Después de un largo rato, volvió a tomar la canasta y dijo: “Bueno, como ya te visité, ya me voy”. Entonces el lobo salió de la cama, se quitó el gorro y el camisón y confesó: “Caperucita, la verdad me disfracé. Déjame acompañarte, estoy dispuesto a lo que sea con tal de tener tu amistad”. A regañadientes, Caperucita aceptó, siempre y cuando no le hablara mucho y caminara tres pasos atrás de ella. Lo traía para acá y para allá, a puro quiero esto y ahora quiero lo otro, obligándolo a cargar la mochila llena de libros o tratándolo como trapo, según se le ocurriera. A veces, se lo ponía de estola y entonces parecía una reina, toda de rojo y envuelta en pieles.

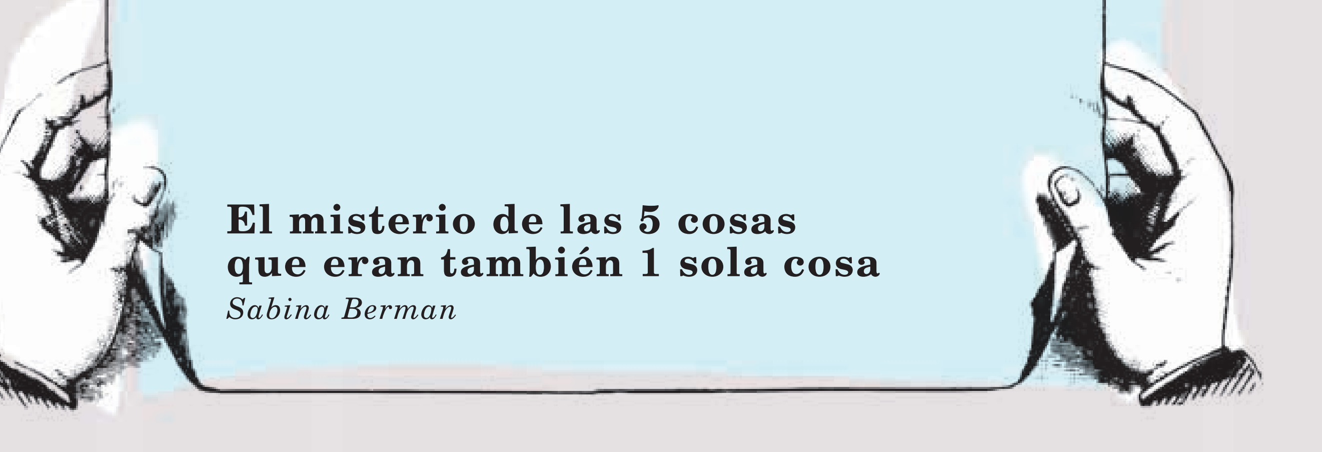
La gente se burlaba de aquel animal y decía: “ahí va un alma de lobo en piel de oveja”. Pero él no escuchaba, tenía lo que se dice una obsesión, que quiere decir que nada le importaba en el mundo más que hacerse el amigo íntimo de Caperuza. Y ella respondía como sólo sabe hacerlo una niña que tiene a un lobo siguiéndola como un perro faldero: “Mira, lobo, yo aquí como me ves, tengo mis propios amigos. Búscate tus amigos tú.” Pero él no podía porque era un alma sola, un lobo



estepario. O lo había sido, hasta entonces. Y es que nunca se sintió tan contento como brincando la reata o jugando a las traes o atrapando moscas al vuelo con las puras garras o yendo junto a ella en primera fila por delante de un grupo grande de niñas llamadas seguidoras. “Son mis fans”, decía Caperuza cuando él le preguntaba por qué a diferencia de él, ella nunca estaba sola. “Yo ya no estoy solo tampoco”, respondía él, entornando sus grandes ojos con embeleso, pero ella le aclaró: “Es distinto. Tú no estás solo porque me sigues a mí, en cambio, yo no estoy sola porque no dejan de seguirme.”

Tanto trabajó el lobo para ella que envejeció de un plumazo. Y un día en que ella lo obligó a ponerse de tapete, estiró la pata. Al principio, Caperucita pensó que se había librado por fin, sobre todo del jueguito bobo de tener que preguntarle por qué tenía esos ojos tan grandes, y esas orejas tan largas, como si no supiera que así no era su abuelita. Pero como al lobo le encantaba que le hiciera preguntas o no se sabía más juegos, ella, por compasión, siguió con lo mismo durante tanto tiempo. Lo raro es que cuando el lobo murió, Caperucita no quiso ya tener seguidoras, ni se dedicó a buscar otro lobo, ni siquiera se volvió a mirar al espejo. Algo debió de pasarle, dijeron en el pueblo, porque una vez la vieron ponerse en cuatro patas y aullarle a la luna.





El misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola cosa

Sabina Berman

1

Éste es el misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola cosa.

Éste es el misterio de los 5 dedos que también eran 1 mano.

Éste es un misterio y es también una historia.

La mano salía cada sábado en la televisión. Salía cantando una canción. Una canción distinta cada semana. El sábado donde empieza nuestra historia, cantaba la canción llamada “Manita”. Los 5 dedos cantaban:

Mano, mano bonita, mano chiquita, que Diooooos me diooooo…

Y entonces uno de los dedos, el Dedo Gordo, empezó a moverse muy raro al frente, mientras los otros 4 seguían cantando:

“Mano, mano bonitaaaa…”

Se movía al frente para salir delante de los otros dedos en la televisión.





Cuando el programa acabó, los otros dedos le preguntaron al Dedo Gordo qué le había pasado.

"¡Estoy muy enojado!", gritó el Dedo Gordo. "¡Yo soy el que sale menos en la televisión! ¡Miren la evidencia!", siguió gritando, y les enseñó una fotografía.

Era cierto, salía menos en la televisión que los otros dedos. Como era el más chaparro, su cabeza apenas asomaba en el cuadro de la televisión.

En cambio el Dedo de en Medio, como era el más largo, salía más que todos.

2

El Dedo Gordo estaba muuuy enojado. Lo que más le enojaba era que en la calle nadie lo reconocía, a menos que se escondiera bajo una mesa, o una silla, y nada más asomara un tantito.

Sólo entonces la gente gritaba:

"¡Mira, el Dedo Gordo de la televisión!"

¿Y qué sentido tiene salir en la televisión si luego en la calle no te reconocen?, se preguntaba el Dedo Gordo. "Yo quiero salir en la televisión entero", se decía.

En cambio el Dedo de en Medio salía a la calle y la gente gritaba:

"¡El Dedo de en Medio, el dedo mayor del programa Mano a mano!"

Y el dedo de casi en medio, el dedo llamado el Índice no podía ni salir a la calle porque la gente lo rodeaba para saludarlo y pedirle indicaciones, como si fuera muy inteligente.

"¿Dónde queda el parque?", le preguntaban.

Sus 4 hermanos, los otros dedos, tenían que doblarse y desaparecer para que el Índice indicara.

"Para allí", decía.



“¿Dónde queda una casa azul?”, le preguntaba la gente.

Se doblaban los otros 4 dedos y el Índice indicaba: “Para allá.”

“¡Estoy furioso!”, rugió el Dedo Gordo ante sus 4 hermanos. “¿Por qué le preguntan al Dedo Índice y no a mí? ¿Y por qué si el Dedo Índice contesta tenemos todos que doblarnos? ¿Y además, por qué el Dedo de en Medio sale más que yo en la televisión?”

El Dedo Anular no decía nada por no enojar más al Dedo Gordo, pero de pronto sí dijo algo muy importante:

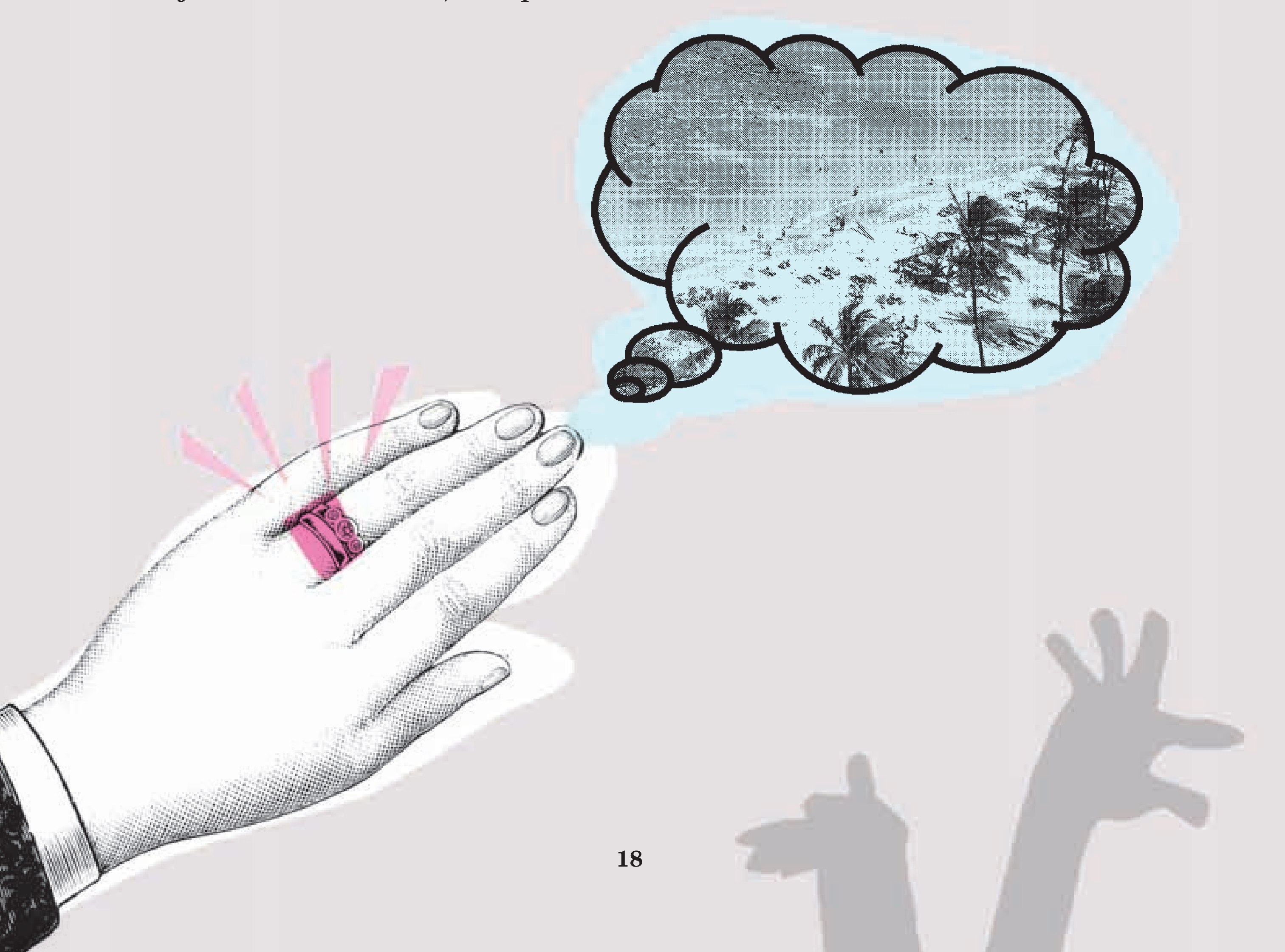
“Muchachos, ya no aguanto este pleito, me voy a casar. Me voy a casar y me voy a ir con una dedo de otra mano a vivir a Honolulu, en Hawái. Miren, éste es mi anillo de compromiso.”

Lo traía puesto: un anillo de oro.

“Por favor no te vayas”, le pidió el Dedo Índice.

“No te vayas, manito”, le rogó el Dedo de en Medio.

“Sí me voy”, contestó el Anular. “Ya no aguanto tanto enojo del Dedo Gordo, con permiso.”





3

El Dedo Anular trató de irse en ese mismo momento. Pero descubrió que estaba pegado a sus 4 hermanos. De veras trató de separarse, pero no pudo irse para un lado o para el otro.

Se quedó entonces muy incómodo el Dedo Anular. Se quedó muy irritado entre sus 4 hermanos, sentía que lo apretaban. Y sentía que además lo apretaba el anillo de matrimonio. Y además ese día hacía mucho sol y sentía que hasta el calor lo apretaba.

Así andaban los 5 dedos, muy molestos entre sí. Tratando de separarse entre ellos para ni siquiera rozarse.

Y así llegó el sábado, el día del programa, y los 5 dedos se pararon frente a la cámara, todos de pésimo humor. En especial el Dedo Gordo, que trató de apartarse y mirar a otro lado, porque había decidido ya no salir en la televisión. Si sólo iba a salir la punta de su cabeza prefería no salir nada.

Viéndolo apartarse tanto, el Dedo Anular estalló. Dijo furioso:

"No podemos trabajar así. Yo me voy ahora mismo a Honolulu, aunque tenga que ir con todos ustedes juntos."

El Dedo de en Medio dijo:

"No, yo no voy a Honolulu, yo quiero salir mucho en la televisión."

El Dedo Gordo dijo:

"¡Yo sí me voy a Honolulu! ¡Vámonos ahora mismo!"

El Dedo Índice solo se dobló, muy triste.

Y el dedo chiquito, el Meñique, dijo:

"Hermanos, yo he estado muy calladito en esta historia, pero quiero decirles algo a todos ustedes."

"Te escuchamos", dijeron los otros dedos a coro.

El Meñique gritó:

"¡Los odio!"

"¡Los odio!"

"¡Los odio!"

Eso dijo el Dedo Meñique que hasta este momento había estado muy calladito.

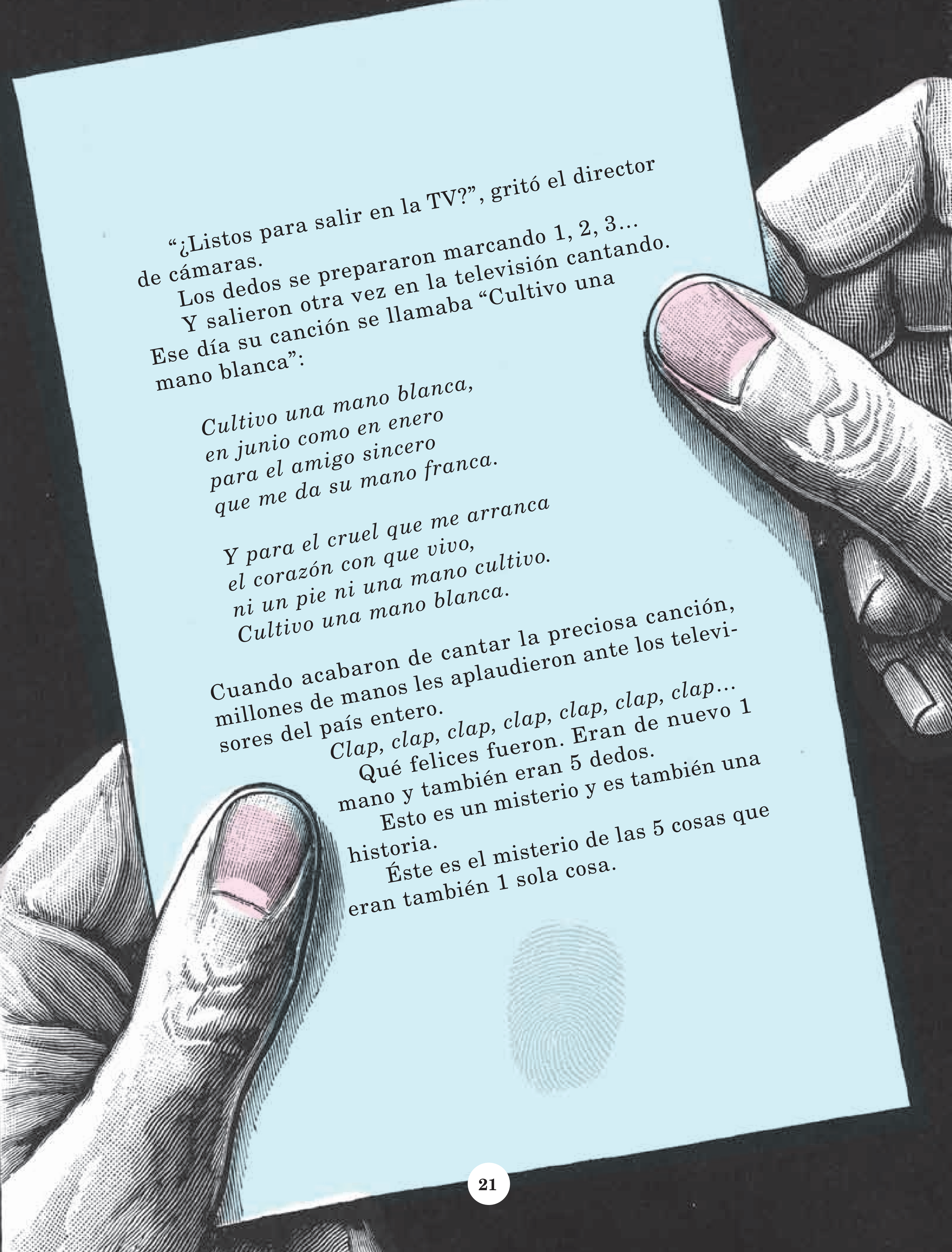
De pronto, algo extraordinario sucedió. La mano completa golpeó con la palma abierta una mesa.

Plaz.

Luego aplaudió contra otra mano.

Clap, clap, clap, clap, clap, clap.

Cuando acabó de aplaudir, los dedos estaban rojos y sorprendidos. De pronto se les habían olvidado todos los enojos y las tristezas y hasta el viaje a Honolulu. De pronto se habían acordado de que eran 5 dedos pero juntos una sola mano, lo quisieran o no.



"¿Listos para salir en la TV?", gritó el director de cámaras.

Los dedos se prepararon marcando 1, 2, 3…

Y salieron otra vez en la televisión cantando. Ese día su canción se llamaba "Cultivo una mano blanca":

Cultivo una mano blanca,
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y *para el cruel que me arranca*
el corazón con que vivo,
ni un pie ni una mano cultivo.
Cultivo una mano blanca.

Cuando acabaron de cantar la preciosa canción, millones de manos les aplaudieron ante los televisores del país entero.

Clap, clap, clap, clap, clap, clap, clap…

Qué felices fueron. Eran de nuevo 1 mano y también eran 5 dedos.

Esto es un misterio y es también una historia.

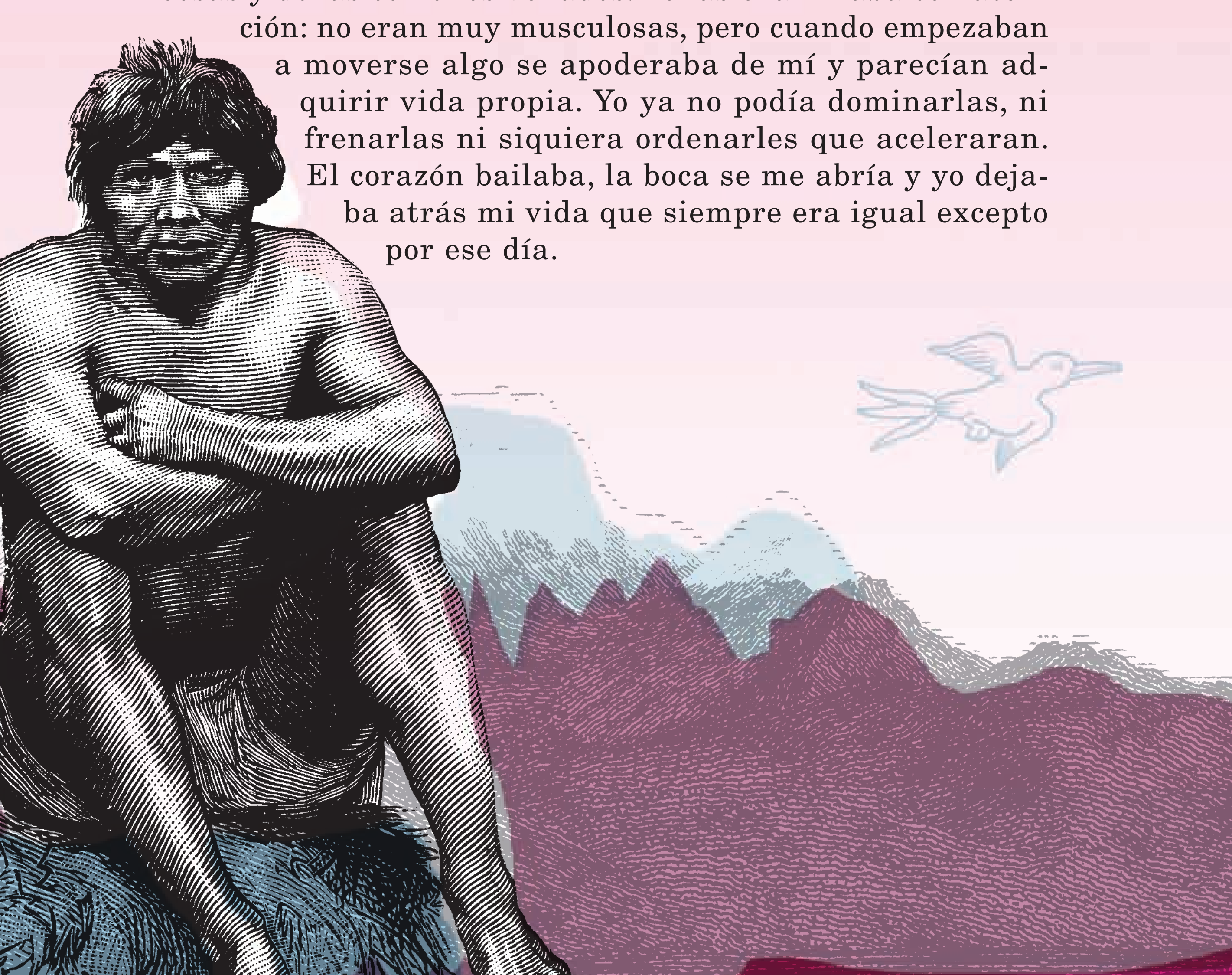
Éste es el misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola cosa.

Dos deseos

Vivian Mansour Manzur

No me gustaba nada cumplir con mis obligaciones: recoger el maíz, transportar el agua, asistir a las ceremonias de fin de ciclo. En el único momento en que me sentía libre y feliz como *papalotl*, era una vez cada treinta soles. Esperaba con ansia ese día porque me tocaba cargar en mis espaldas un *petlacalli* lleno a rebosar de nieve del Popocatépetl. Yo era un *tameme*: llevaba y traía mercancías corriendo a gran velocidad.

Me apodaban "El Venadito" porque mis piernas eran correosas y duras como los venados. Yo las examinaba con atención: no eran muy musculosas, pero cuando empezaban a moverse algo se apoderaba de mí y parecían adquirir vida propia. Yo ya no podía dominarlas, ni frenarlas ni siquiera ordenarles que aceleraran. El corazón bailaba, la boca se me abría y yo dejaba atrás mi vida que siempre era igual excepto por ese día.



Cuando terminaba mi recorrido ya me esperaba otro *tameme* para recoger mi paquete y continuar él mismo la carrera contra el viento. Yo lo miraba con pesar: nunca me cansaba de correr y siempre me quedaban ganas de continuar la carrera.

Pero yo tenía un secreto: y ese secreto no se lo quería contar a nadie, más que al volcán. No al Popocatépetl, sino a la volcana, a su compañera, al Iztacihuátl. Ella podía escuchar mi deseo, sin escandalizarse. Como yo vivía cerca de sus faldas, la escalé una mañana y le susurré en voz baja mi anhelo. Ella abrió los ojos, se levantó y se rio. Bueno, eso me hubiera gustado que sucediera. La verdad es que una ráfaga de viento helado me rodeó y sentí que me había dado su consentimiento.

Así que antes de que se cumplieran los 30 días, le conté a mi papá lo que quería hacer. No le hizo nada de gracia.

—Pero los dioses me apoyan. Y es para complacer a nuestro emperador —le dije.

—Ningún hombre puede lograr tal hazaña.



—Claro que sí, padre. Yo sí puedo.

—Pero tú eres un niño.

—Tú conoces la fuerza de mis piernas. Además, ya le pedí permiso a la volcana.

Ese argumentó lo hizo dudar. Le conté lo de la ráfaga del aire frío. No era nada bueno dejar de cumplirle al volcán un deseo, por más descabellado que éste fuera.

—Bueno —suspiró resignadamente— ¿cuándo piensas hacerlo?

—En mi siguiente cargada.

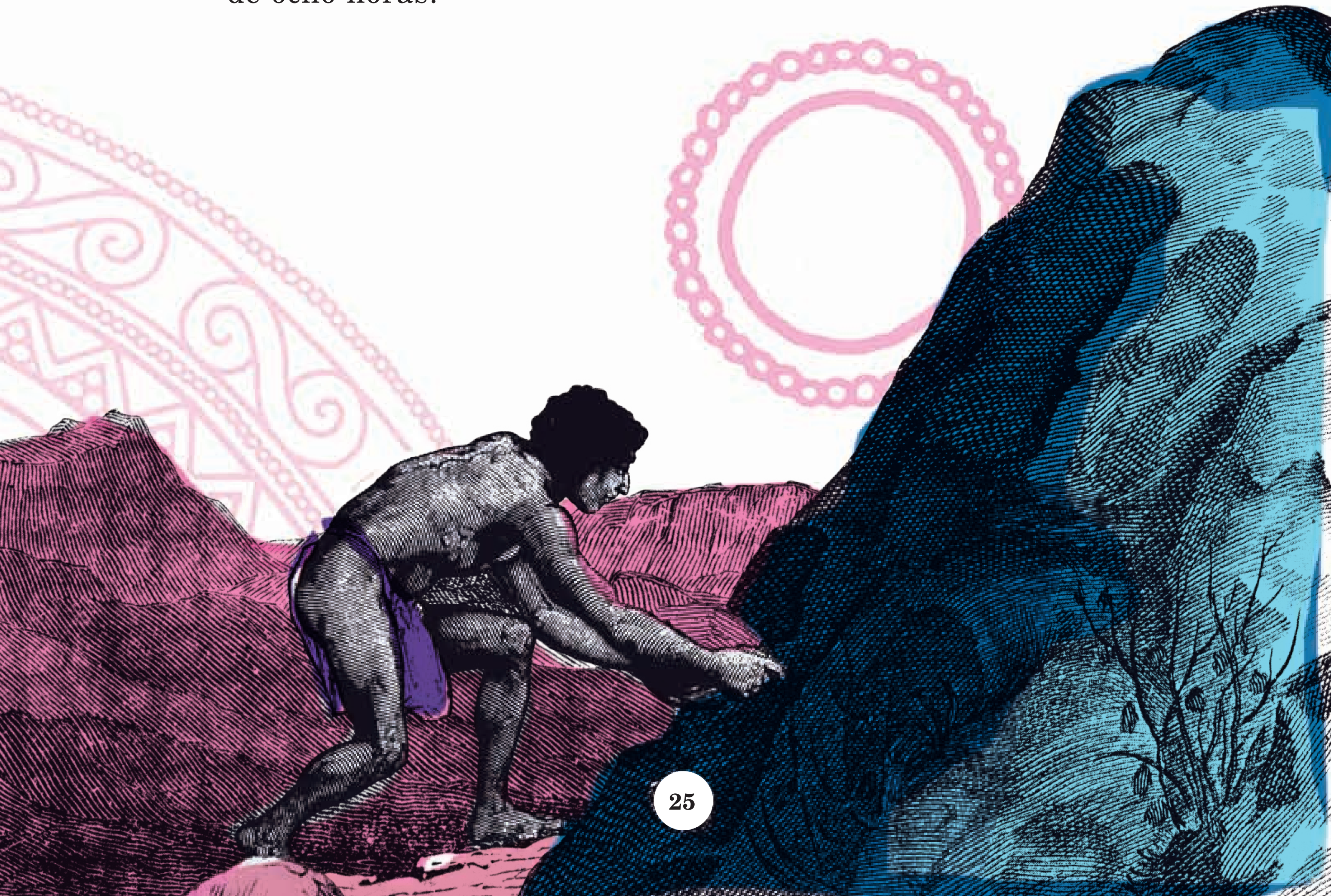
—Eso sí que no. Tienes que prepararte poco a poco.

Así fue. El primer día recorrí tres vueltas alrededor del pueblo. La semana siguiente, cuatro. Primero me dolían las piernas, protestando por el esfuerzo. Por primera vez estaba consciente del poder de los músculos de las piernas, sostenidas, como dos héroes, por largos huesos que nunca conocería pero que fieles y heroicos, sostenían mi carne.

—Ya estoy listo padre. En la próxima entrega al gran señor Moctezuma, lo haré.

El gran día comí ligero: atole de *maizotl* y dos tortillas con huitlacoche. Fui al borde del Popocatépetl, llené a rebosar mi *petlacalli* de esa nieve pura y algodonosa como nubes frías. A partir de ese momento no dejé de correr. Mis piernas se tensaron y hora tras hora, pisaron la ruta que separaba el volcán hasta Tenochtitlan, donde vivía el gran Moctezuma. Recorrieron caminos, lagos y puentes. Pisaron hojarascas, piedras y uno que otro chapulín. Sentía bambolearse mi carga en la espalda y las cuerdas que la sostenían, apoyadas en mi frente, empezaron a lastimarme. Mis labios resecos me obligaron a detenerme unos minutos para beber de la rivera de un río.

Por fin llegué al palacio real. Ya sentía las piernas rígidas y la cara caliente por el esfuerzo. Llegué al pórtico, me hinqué y le entregué el *petlacalli* a uno de los sirvientes. Me senté unos minutos, jadeante, todavía incrédulo de lo que había logrado: ¡había recorrido 70 kilómetros en poco menos de ocho horas!



Mi sorpresa fue mayúscula cuando nuevamente el sirviente me vino a buscar.

—El gran tlatoani quiere saber si es cierto que tú solo y sin ayuda completaste la ruta.

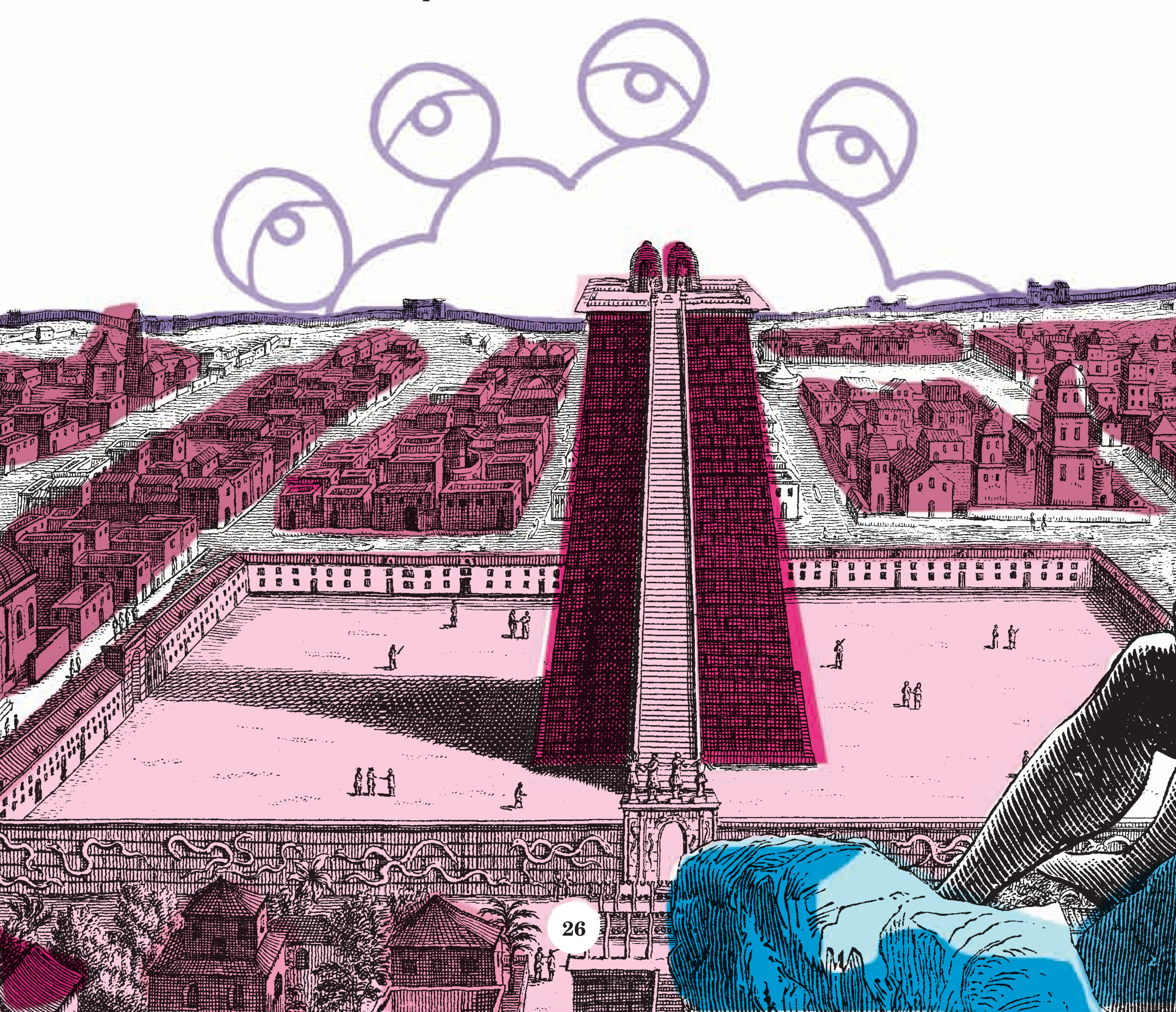
—Es cierto.

—¿No hubo ningún otro relevo?

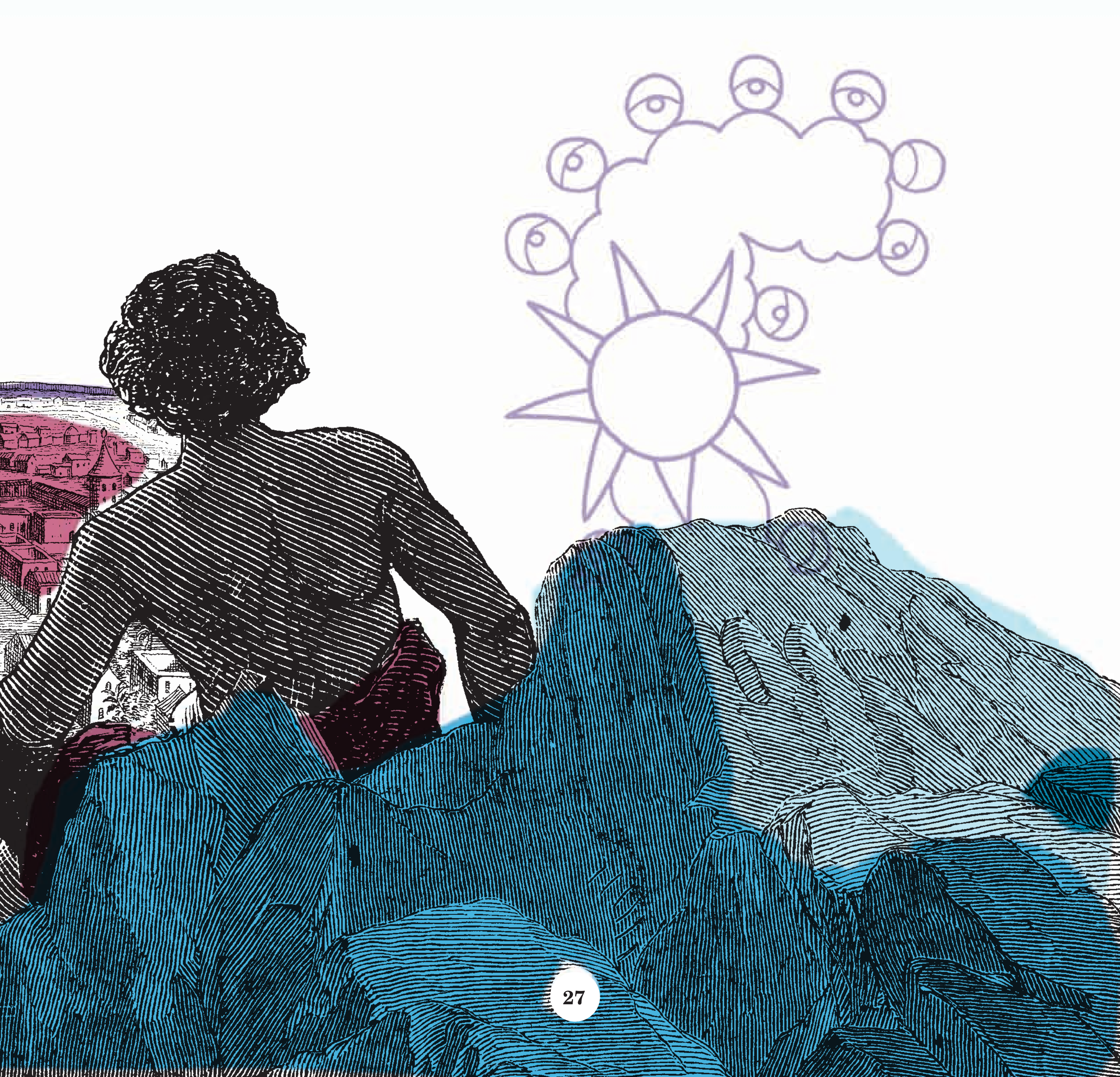
—No, mi señor.

Nuevamente, se retiró. Volvió a aparecer con un cucurucho de hoja de plátano, que sostenía con una mezcla de fervor y temor.

—Te lo manda nuestro gran señor Moctezuma. Parece que tu hazaña lo ha impresionado.



¡No lo podía creer! ¡Contenía la misma nieve que había transportado, pero esta vez embebida en un color rojizo y verde. El mismísimo tlatoani me estaba compartiendo de su nieve mezclada con jugo de piña y pera. Lo derretí con la lengua, no sin antes sonreirle a mis guardianes de hielo, al gran Popocatéptl y su compañera dormida, por haberme concedido dos deseos: completar yo solo, sin relevos, mi carrera de *tameme* y probar, por primera vez, la nieve de las montañas.



Las alas de Ana

Laura Martínez Belli



Últimamente me ronda la sospecha de que mi amiga Ana no es de este mundo. Hay algo en ella que la hace especial, diferente. Cuando se enfada, se pone roja, roja como un jitomate, y si uno está cerca, puede ver cómo le empieza a salir de las orejas un hilo de humo blanco.

Y a la hora del recreo, cuando todos comemos los refrigerios que nos mandan de casa, una fruta, un jugo o un sándwich de jamón, ella se aparta de todos y se esconde detrás de unos arbustos.

Así que he decidido espiarla. A ver si descubro por qué Ana se comporta así. Llegó nueva este ciclo escolar y nos tocó trabajar juntos en la misma mesa de trabajo. Habla poco. Creo que es muy tímida. Me cae bien, pero no puedo reprimir la idea de que esconde algo.



A la salida de clases, la sigo, teniendo cuidado de no ser visto. Me voy escondiendo entre la gente. Me oculto tras los puestos de revistas, o detrás de las cabinas telefónicas. Ella no voltea. Va ajena, pensando en sus cosas. De vez en cuando se detiene y gira la cabeza, como he visto que hacen los perros al escuchar un silbato. Yo contengo la respiración y, tras unos segundos, continúa avanzando.

Por fin, Ana llega a su casa. Es amarilla y tiene una puerta color azul. Toca tres veces. *Toc, toc, toc*. Luego abren y ella pasa sin saludar a nadie. Yo me acerco e intento asomarme por una ventana.

Y entonces, veo algo que me deja perplejo. Atónito. Sin habla.

Ana avienta la mochila sobre la mesa del comedor. Después, se estira. Luego, se jala las orejas. Una con la mano izquierda y otra con la derecha. Y entonces, de su espalda brotan unas alas enormes, bonitas, con plumas verdes. Ella se sacude y suspira. Liberada. Como quien durante mucho tiempo tiene que encoger los dedos en unos zapatos apretados. Por primera vez, la veo sonreír. La veo enseñar una fila de dientes blancos, radiantes, y sus ojos brillan como miel traslúcida. Me parece feliz. Recorre la estancia en busca de alguien. Alguien viene. Con mis ojos sigo la ruta de la mirada de Ana. Y veo que corre a abrazar a otro ser igual que ella.

Pero… ¿qué es, entonces, Ana? ¿Es un ángel? ¿Una niña pájaro? ¿Puede volar?

Tantas preguntas se me arremolinan de golpe, que tropiezo sin darme cuenta con una maceta de flores que hay en la ventana. La maceta cae al suelo haciendo un ruido enorme. Y yo, salgo corriendo por donde he venido sin esperar a que me descubran.

Al día siguiente, Ana está sentada junto a mí. Yo la observo con más curiosidad que nunca. Sé que no sonríe porque está incómoda. Sus alas están prisioneras en una cárcel que nadie puede ver. La miro. Me mira. Siento que sospecha que he sido yo quien espiaba por la ventana. O quizás, pienso eso porque no puedo con el peso de mi conciencia. Me muero por decirle que sé que

tiene alas, pero no me atrevo. No es el momento. Y decido esperar al recreo.

Como Ana apenas habla, me es difícil encontrar un tema de conversación. Además, ella —otra vez— se ha ido a esconder tras los arbustos. Pero me animo, me cargo de valor, y voy tras ella. Me asomo cauteloso, y la veo allí, sentada, viendo al cielo. Le digo “hola”, y ella me mira, extrañada. Me temo que quiere estar sola. Pero me da igual y me siento a su lado.

—¿Qué miras? —pregunto.

Ana, sin dejar de ver el cielo, me contesta:

—Las nubes.

Y entonces, suelto una pregunta tonta, absurda, de la cual me arrepiento nada más sale de mi boca. Pero le digo:

—¿Tu vivías allí?

Ana me mira curiosa. Sé que sabe que conozco su secreto. Pero aguanto su fulminante mirada. No digo nada. No quiero estropear el momento.

Y entonces, sucede algo increíble. Mágico. Algo que no acabo de entender hasta momentos más tarde. Ella me sonríe. Me toma de la mano y me susurra al oído que cierre los ojos. Yo obedezco, sin dudar. Siento una ráfaga de aire fresco, como cuando se abre una ventana en un día caluroso y comprendo, sin ver, que ella ha liberado sus enormes alas.





—Abre los ojos —vuelve a susurrarme.

Y al hacerlo, la veo tal y como es ella. Libre. Sin ataduras. Sin secretos. Lista para volar.

Me agarra de las manos y emprende el vuelo. Nadie se percata de que sobrevolamos sobre sus cabezas, absortos cada uno en lo suyo. Las maestras corrigiendo niños, chicos jugando futbol, la señora de la tiendita, un joven parando un taxi. Nadie nos descubre, y yo no puedo creer que la gente no se tome el tiempo de ver por encima de sus cabezas para vernos volar por los aires.

Ella no me suelta. Yo siento el viento en mi cara. Volamos. Volamos alto. El momento dura lo suficiente como para no querer que acabe nunca. Me lleva a las nubes, que se deshacen a nuestro paso como los hilos del algodón de azúcar.

Después, me deja en el suelo. Firme. Se acerca lentamente, como para darme un beso en la mejilla. Pero en lugar de eso me susurra al oído:

—Gracias —y retoma el vuelo.

La mascota perfecta

Meztli Lucero Reyes Sánchez

Alicia es una niña de 10 años. A pesar de que tiene un cuarto para ella sola y muchos juguetes, hay dos cosas que no puede tener: un hermano y una mascota, pues desde que ella recuerda padece una alergia al acaro y al pelo que tiran los animales. Un día, su papá le regaló un libro que contaba la historia de una chica adolescente que tenía como mascota a un hurón, bueno en realidad era una hurona.

Ella no sabía qué cosa era un hurón, por lo que empezó a investigar todo sobre esos curiosos animales. Leyó libros, buscó en internet, preguntó a sus maestras y maestros y, sobre todo, fue a muchas tiendas de mascotas para preguntar a los veterinarios y vendedores cómo se comportaban los hurones.





Aprendió muchas cosas sobre ellos, pero lo que más contenta la puso fue que descubrió que los hurones no tiraban pelo. Feliz les dijo a sus papás que quería tener uno y les contó todo lo que sabía. Una vez que terminó, le pusieron muchos peros. Que si no la iba a morder con esos colmillos, que si le podía dar rabia, que no porque parecían ratas, que no porque eran primos cercanos de los zorrillos y que iba a apestar toda la casa, que no porque eran ladrones y que se iba a robar todas las cosas.

Pero Alicia, una a una, fue aclarando las dudas de sus papás. Les explicó que los hurones no eran roedores, por lo que no podían transmitir rabia, que sólo mordían cuando alguien intentaba amenazarlos, que no podía apestar porque no eran salvajes y los que vendían en las tiendas de mascotas les habían quitado unas cosas llamadas glándulas que eran las que hacían que arrojaran el olor parecido al de los zorrillos. Ante lo bien informada que estaba, a sus papás no les quedó más remedio que prometerle que lo iban a consultar con su doctor para ver qué opinaba él.

Cuando llegó el día de su consulta, Hugo, como se llamaba el doctor que la atendía de su alergia, le preguntó que cómo se había sentido, pero antes de responderle, Alicia le platicó su idea sobre su nueva mascota. También le contó todo lo que había aprendido sobre los hurones. Él la escuchó atentamente y quedó sorprendido de que una niña tan pequeña pudiera saber tanto de unos animales tan poco conocidos. Al final no le dijo ni sí, ni no. Pero le explicó que para poder tener cualquier mascota primero tenían que controlar su alergia.

Alicia regresó desconsolada. Su papá platicó con ella y le dijo que si bien el doctor no había autorizado que tuviera su mascota, tampoco le había dado un no contundente. Con esta idea se acostó a dormir y tuvo un sueño muy raro. ¡Soñó con la mascota perfecta!

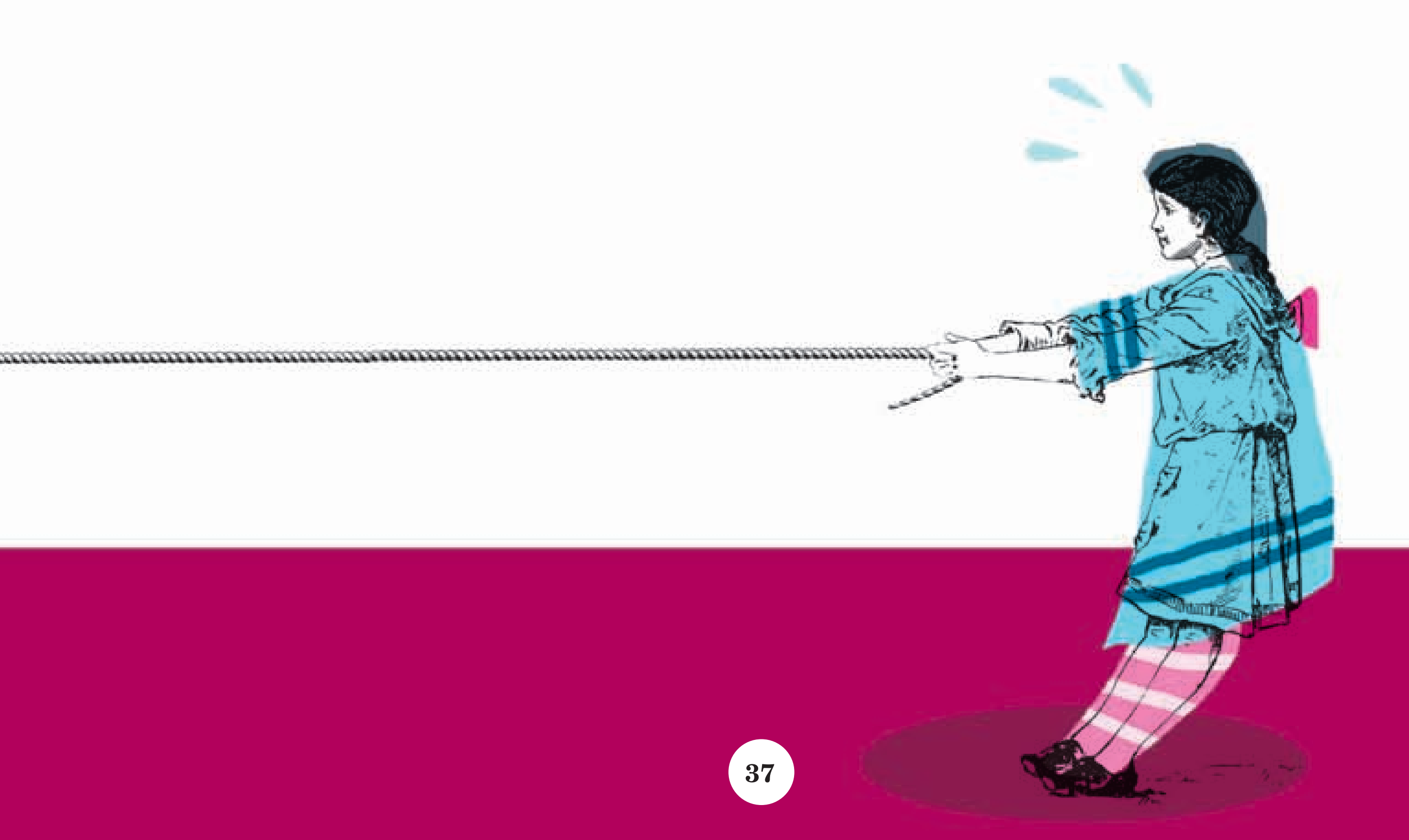
Y… a la mañana siguiente, cuando despertó, encontró al lado de su cama un enorme animal que plácidamente se bañaba con su lengua como lo hacen algunos animales. No se parecía a nada conocido; era como del tamaño de un oso, pero con las orejas y los bigotes de un gato, las patas y la nariz de un perro, y con una panza más grande que la de su tío el que era maestro; su color era blanco con algunas manchas negras y grises.

Cuando se acercó, descubrió un pequeño letrero debajo de su cuello que decía: "nunca me bañes con agua, solo dame baños imaginarios. Me alimento de cualquier cosa, menos de



carne humana”. ¡Era enorme! Más grande que su cama, era tan grande que podía acostarse a dormir encima de su panza toda cubierta de pelo. Al descubrir esto, se le pusieron los pelos de punta, pues aun resonaba dentro de su cabeza las palabras de su doctor: “eres alérgica al pelo de los animales”. Y vaya que su nuevo amigo tenía todo su cuerpo lleno de pelo. En ese momento pensó que tenía que darle un nombre pero, ¿cómo lo llamaría? “Raquel” fue el primero que se le ocurrió, y así decidió llamarla, aunque aun tenía dudas si su peludo amigo era macho o hembra.

Sin querer, Alicia descubrió que podía rebotar en la panza de su nueva mascota sin que ésta se molestara. De pronto, escuchó el inconfundible grito de su mamá que la llamaba a desayunar. Lo primero que pensó fue en esconder a su nueva amiga. Intentó en el closet, pero no cabía. Probó debajo de la cama, pero como habíamos dicho antes ¡era más grande que su cama!



Quiso meterla al baño, pero tampoco cupo. En la desesperación por esconder a su amiga, le dio un enorme jalón de pelo y, con sorpresa, y sobre todo con enorme alegría, descubrió que en su mano no había un solo pelo, y eso que el jalón que le había dado había sido peor que los que le daba su mamá cuando la peinaba antes de ir a la escuela.



Alicia bajó a desayunar. Mientras lo hacía, imaginaba cómo la mirarían sus compañeros al verla llegar montada en el lomo de Raquel. De ahora en adelante sería la niña más popular del salón… Y no sólo eso, también sería la más puntual en llegar a la escuela pues una vez que montada en Raquel, en tres segundos ya estaría en la escuela. ¡Qué maravilla! Por fin había descubierto una forma rápida y divertida de llegar a clases. Entonces pensó: "sería extraordinario que a la hora de la salida Raquel me recogiera para traerme de regreso a casa en un abrir y cerrar de ojos".

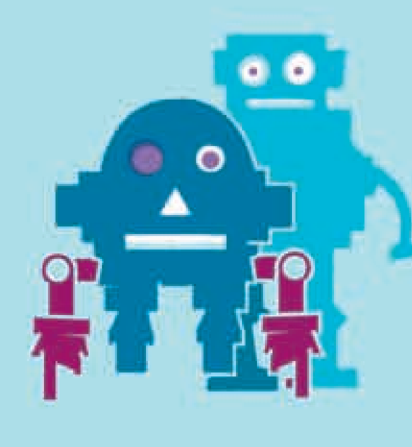
Desde ese día, Alicia nunca más se sintió sola. Pero para ser totalmente feliz, tenía que hacer algo para que sus padres le permitieran tener a Raquel. Cómo demostrar que su nueva mascota no tiraba pelo, que no olía mal, que podían ahorrarse en comprarle una cama nueva pues podía dormirse encima de ella. En fin, que si se quedaban con ella podían ahorrarse mucho dinero; pero lo principal es que si decidían que no, a dónde la devolverían, pues ni ellos mismos sabían qué cosa era.

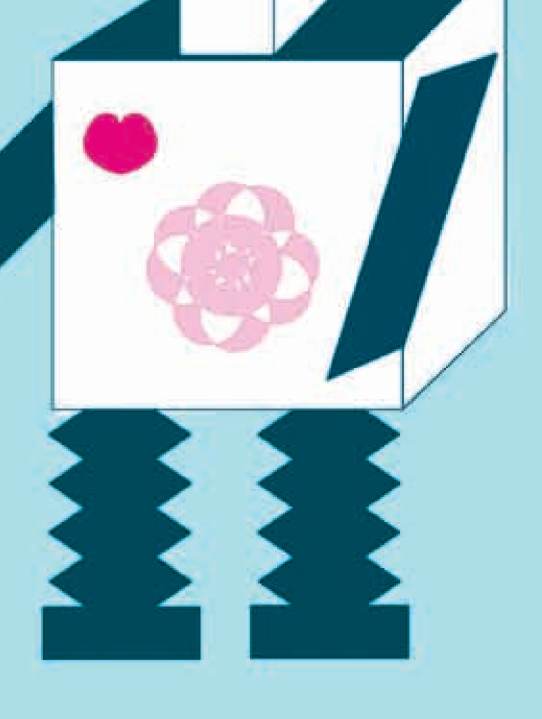
¡Genial…! ¡Sí! Por fin Alicia había logrado encontrar la mascota perfecta.



Toma y daca

Jorge Volpi





Me gustaría contarles que abrí los ojos, pero no tengo párpados. Tampoco pupilas ni ese circulito de colores —a veces negro, azul o café, pero nunca rojo— que tienen los humanos. Yo miro el mundo con un aparato que mis mamás llaman "sensor". Una lucecita roja que salta de un lado a otro en mi cabeza. Oyeron bien: cabeza sí tengo. Una caja enorme, más cuadrada que redonda, con un hermoso brillo de aluminio. Alguna vez le dije a Mamá A que me la pintara de morado, pero ella sólo sonrió.

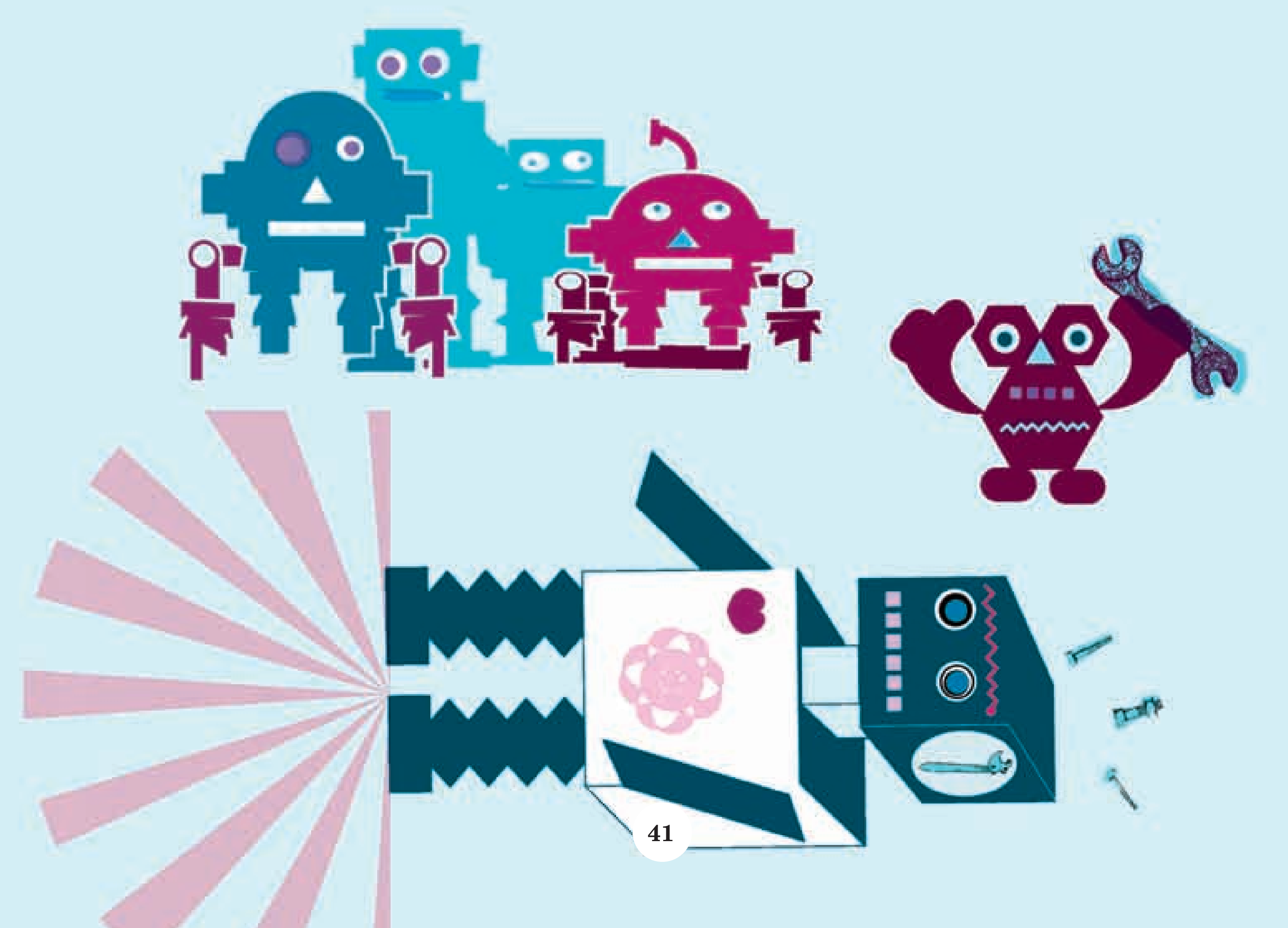
En fin, voy a decirlo así: abrí los ojos y descubrí frente a mí a PAN-CHO, un robot seis años mayor que yo. Mamá B me había prevenido sobre este tipo de androides. Al parecer, salieron defectuosos, o algo así, y a veces se vuelven groseros. PAN-CHO pesaba el doble que yo y siempre estaba de mal humor. Desde el primer día de clases, RO-DRI me aconsejó que no lo mirara a los ojos y que, si él me miraba a mí, corriera lo más rápido posible. Los robots de mi clase no tenemos piernas, sino orugas, pero ustedes ya me entienden.

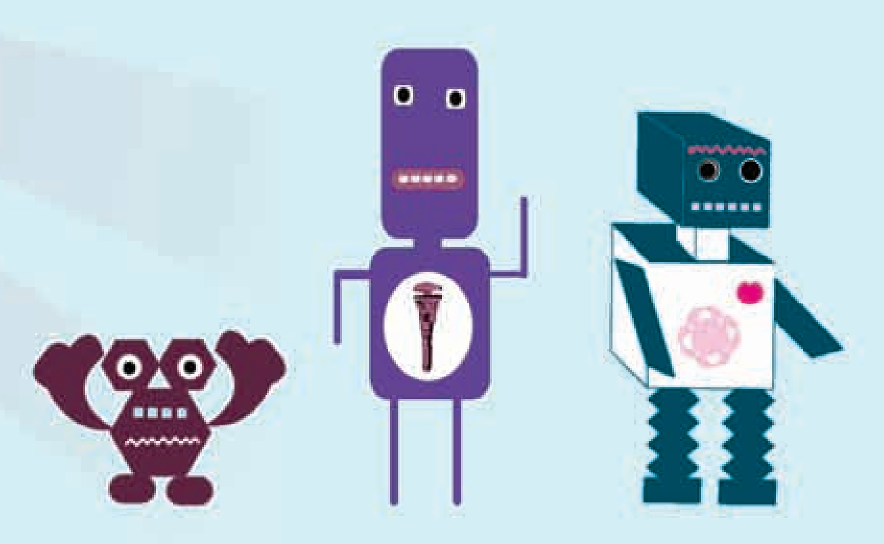
A PAN-CHO no le gusta su nombre y nos tiene prohibido repetirlo. Una vez, un pequeño androide no le hizo caso y casi le achicharra los circuitos. Incluso los profesores, tanto humanos como electrónicos, le tienen miedo. Aunque reprobó Astrofísica, apenas lo regañan. A mí, por menos de eso, Mamá A me hubiese dejado un mes sin jugar futbol y Mamá B me hubiese obligado a limpiar la casa una semana.

Según RO-DRI, PAN-CHO es el último descendiente de una familia de robots que hace siglos se rebelaron contra los humanos y tuvieron que ser desconectados.

Bueno, pues ahí estaba yo, en el suelo, y PAN-CHO se reía de mí. Sus carcajadas sonaban como un taladro. Me levanté y traté de conservar la calma. Según DIE-GO, lo peor que puedes hacer con PAN-CHO es demostrar que le tienes miedo.

¿Pero por qué estaba yo en esa posición? Lo último que recordaba, antes de perder el conocimiento, era un fuerte golpe en la cabeza. Entonces reinicié mi memoria y volví a ver lo que había pasado.





Yo caminaba tranquilamente hacia mi casa, acompañado por RO-DRI y DIE-GO. De pronto, nos topamos con PAN-CHO y su pandilla. Los tres tratamos de darnos la vuelta, pero allí nos esperaban sus amigos. Tratamos de seguir adelante, pero PAN-CHO y su pandilla nos lo impidieron. Yo traté de esquivar a PAN-CHO, pero él fue más rápido y me golpeó en la cabeza, haciéndome caer al suelo.

—Yo digo quién pasa y quién no —nos dijo—. ¿Y tú quién eres?

—TRU-CO —respondí.

PAN-CHO volvió a reírse.

—Ah, ya sé —dijo con gesto malévolo—. El robot que tiene dos mamás.

La verdad, nunca lo había pensado. De todos los androides que conozco, yo soy el único con dos mamás. MI-LA sólo tiene mamá, PE-DRO vive con sus abuelos, y RO-DRI y DIE-GO tienen mamá y papá, aunque viven con su mamá y su novio. Sólo yo tengo a Mamá A y a Mamá B. Las dos me ensamblaron juntas. Y los tres nos queremos mucho. Pero cuando PAN-CHO se burló de mí, no supe qué responder.

Me gustaría contarles que lloré, pero, como ustedes saben, los robots no tenemos lágrimas. Pero mis bocinas lanzaron un ruidito suave, como un chillido.

Al oírme, PAN-CHO se dio cuenta de que había ganado.

—Vámonos —les ordenó a sus amigos.

RO-DRI y DIE-GO me abrazaron y los tres nos fuimos corriendo.

Cuando llegué a casa, Mamá A se preparó para llevarme a jugar futbol, pero yo le dije que prefería quedarme en mi



cuarto. Mamá B llegó más tarde, me dio un beso y me llamó a la mesa. Siempre cenamos juntos los tres. Bueno, ellas dos comen mientras yo las miro.

—¿Cómo te fue en la escuela? —me preguntó Mamá B.

—Bien.

—¿Qué hiciste? —me preguntó Mamá A.

—Nada.

La verdad, no quería hablar. En cuanto terminaron su cena, me fui a mi cuarto.

Esa noche tuve una pesadilla en la que PAN-CHO me pegaba. Por la mañana, fingí una sobrecarga para no ir a la escuela, pero Mamá B se dio cuenta y me mandó de todos modos.

Al terminar la clase de Agujeros Negros, RO-DRI, DIE-GO y yo salimos rápidamente del salón para escapar de PAN-CHO, pero él ya nos esperaba a la salida. Otra vez no nos dejó pasar. Otra vez dos robots tomaron a mis amigos por la espalda. Otra vez PAN-CHO se burló de mí. Y otra vez volví a llorar (ya saben a qué me refiero).

Al llegar a casa, me encerré en mi cuarto y le dije a Mamá A y a Mamá B que no pensaba salir.

Por suerte, al día siguiente era sábado. Fui a jugar futbol con RO-DRI y DIE-GO, aunque no tenía muchas ganas. Al final, RO-DRI me pidió que los acompañara.

—¿Adónde?

—Tú sígueme —me dijo.

Recorrimos media ciudad hasta llegar a un extraño edificio. Una especie de pirámide, con una sola puerta y ninguna ventana.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

—Vamos a hablar con un robot viejo.

Atravesamos la pirámide y pasamos a una sala inmensa, blanca y luminosa. En las paredes había millones de lucecitas azules que se prendían y apagaban.

—Conéctate aquí —me dijo DIE-GO, señalándome un enchufe.

Sentí un cosquilleo. No sé exactamente qué pasó, pero de pronto me vi hablando con ese viejo robot. Aunque no tenía nombre, lo llamaré SI-GO.

—Problema detectado —me dijo—. PAN-CHO. Robot agresivo.

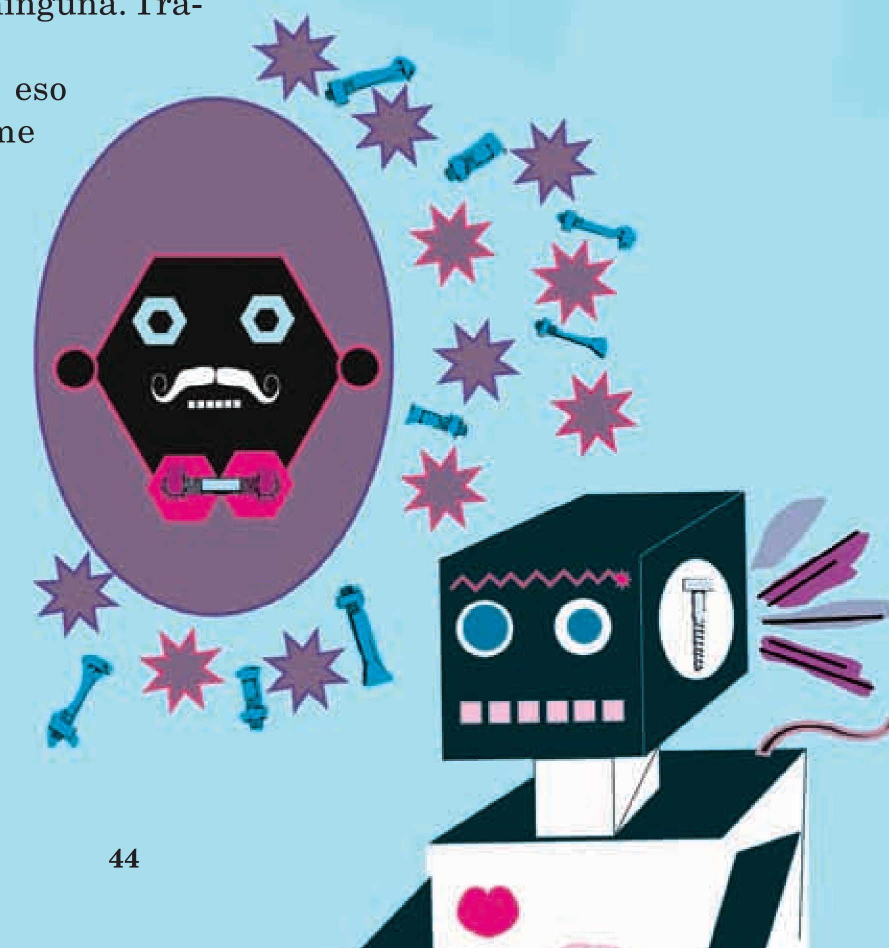
—Sí —dije yo.

—Padres de PAN-CHO desconectados hace mucho. Huérfano. Tú tienes dos mamás, él ninguna. Trata de comprenderlo.

Lo comprendía, pero eso no iba a impedir que me golpease.

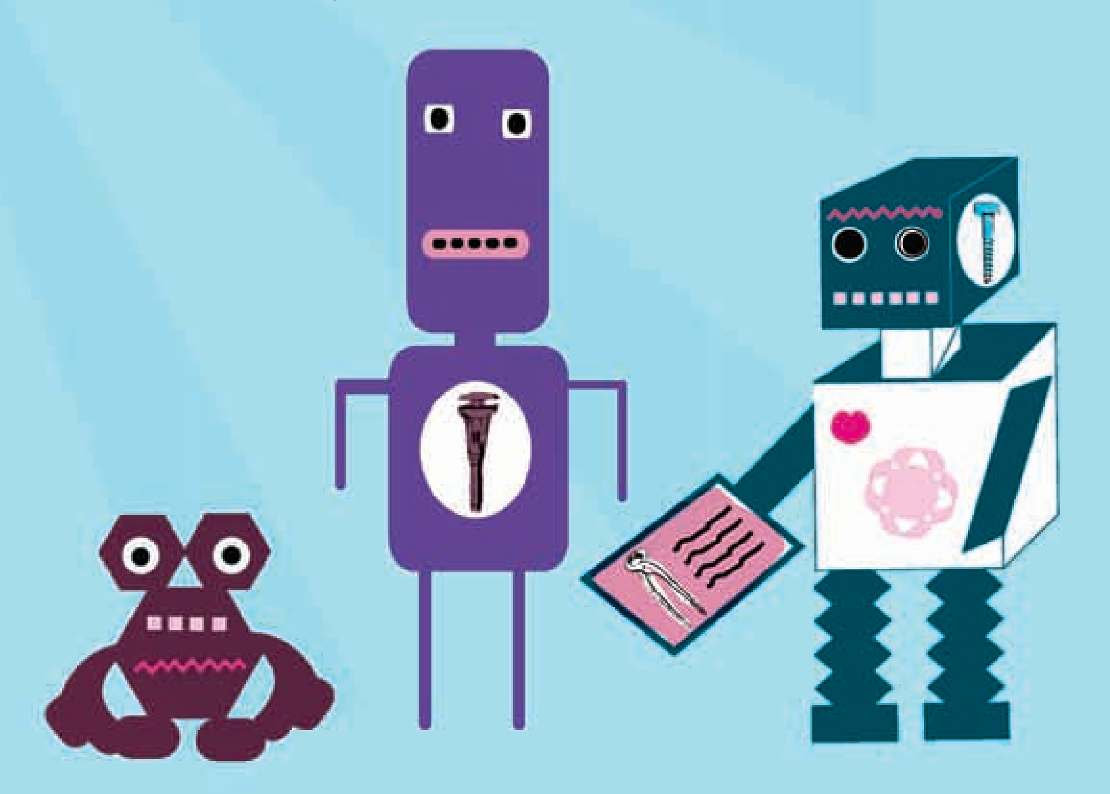
—¿Y qué puedo hacer cuando me molesta?

SI-GO hizo un ruido extraño, y me entregó unas instrucciones escritas en una tarjetita de papel.



—Si sigues estas reglas, PAN-CHO pronto te dejará de molestar. Úsalas siempre. Ese es mi consejo. Ahora, adiós.

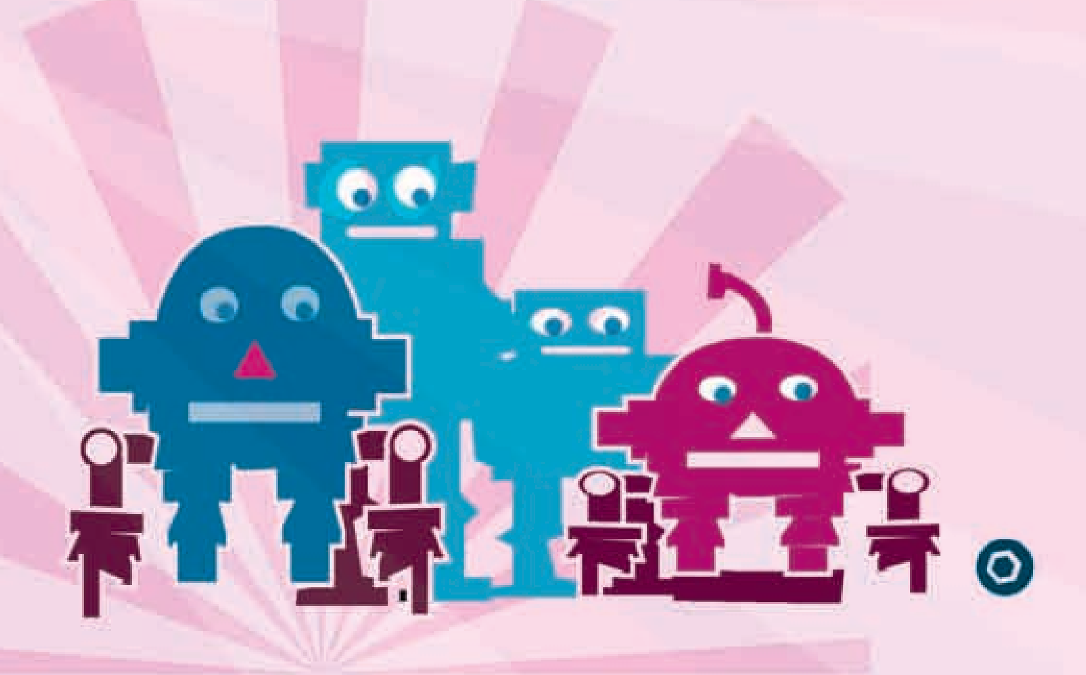
RO-DRI, DIE-GO y yo abandonamos la pirámide. Ya afuera, les enseñé la tarjeta:



REGLAS DEL TOMA Y DACA:
Sé siempre generoso, claro, severo, justo y poco rencoroso.

1. De entrada, siempre debes ser bueno y simpático con los demás robots.
2. Si aun siendo simpático un robot te ataca, respóndele de la misma manera (pero sin pasarte).
3. Una vez que le has respondido, olvídate de lo que pasó y vuelve a ser bueno y simpático con ese robot (no seas rencoroso).
4. Compórtate siempre así, para que todos sepan cómo eres con los demás robots.

A RO-DRI, a DIE-GO y a mí nos parecieron muy raras esas instrucciones, pero decidimos probarlas al día siguiente.



Al terminar la clase de Búsqueda de Extraterrestres, PAN-CHO se plantó como de costumbre delante de nosotros. En vez de tenerle miedo, decidí saludarlo amablemente.

—Hola, PAN-CHO, ¿cómo has estado?

PAN-CHO se sorprendió. Tardó unos segundos en reaccionar, pero al final volvió a ser el PAN-CHO gruñón de siempre.

—Muy educadito, ¿no? —me dijo con burla—. Como tienes dos mamás eres muy educadito.

Yo había sido amable, y PAN-CHO en cambio volvía a ser malvado. Aunque me costó trabajo, decidí seguir las reglas. Tenía que responderle como él.

—Es mejor tener dos mamás que ninguna —le dije. Y me puse a temblar.

PAN-CHO se quedó congelado. Ya saben que los robots no lloramos, pero parecía como si las bocinas de PAN-CHO fueran a hacer *ese* ruidito.

Cumplida mi misión, traté de ser amable de nuevo.

—Y ahora, por favor, déjanos pasar —le dije.

Otra vez PAN-CHO se paralizó.

—Lárguense de aquí —gritó.

Pero nos dejó pasar. RO-DRI y DIE-GO y yo saltamos de felicidad.

Al día siguiente, al acabar el curso de Naves Espaciales, se repitió la misma historia. PAN-CHO nos impidió el paso, yo lo saludé, él volvió a burlase de mí, yo me burlé de él, y volví a pedirle por favor que nos dejara pasar. Y él nos dejó.

Un mes después, luego de repetir esta misma rutina todos los días, pasó algo maravilloso. Al acabar la clase de Submarinos, volvimos a toparnos con PAN-CHO.

—Hola, PAN-CHO —lo saludé—, ¿cómo andas hoy?

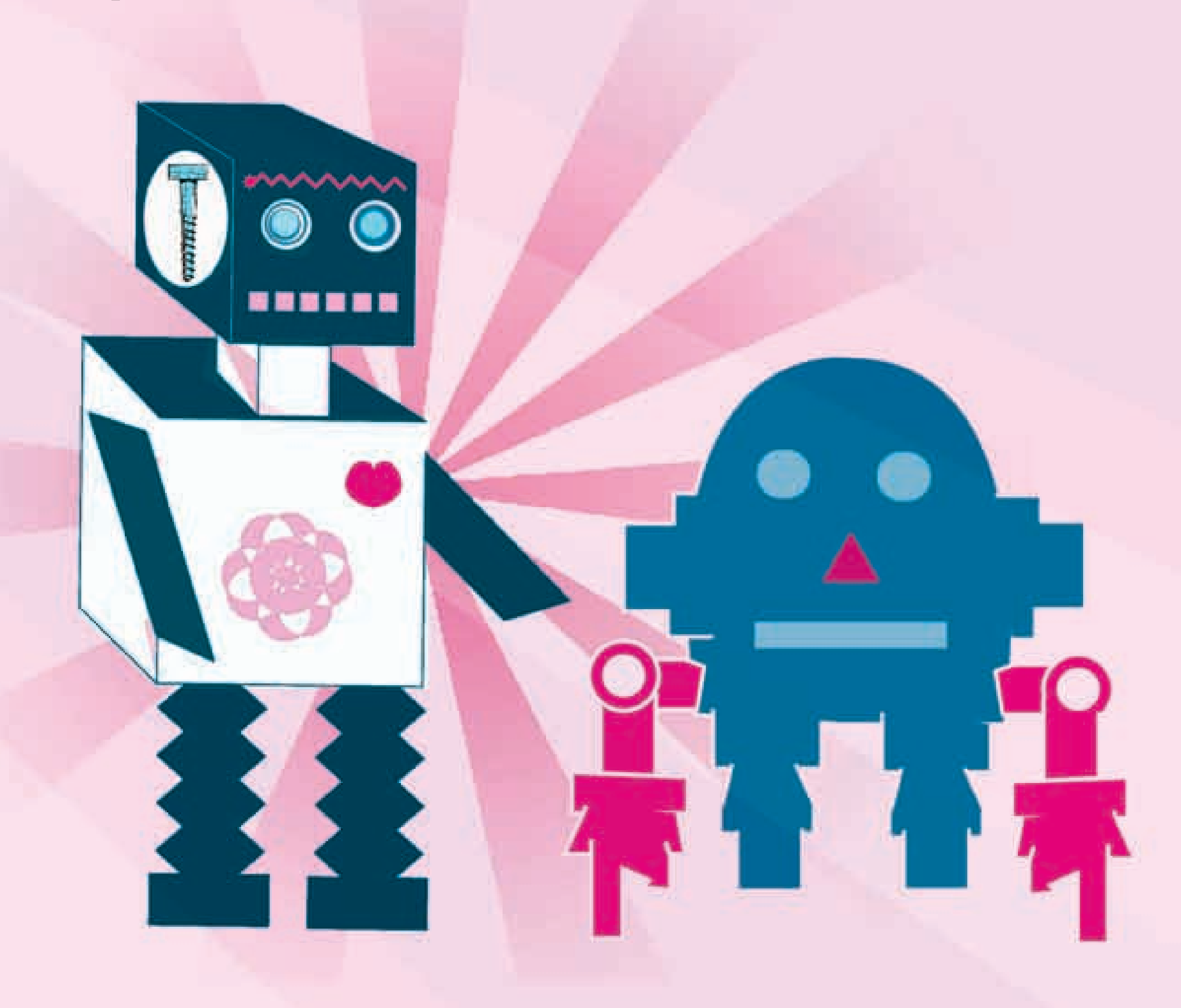
Pero, en lugar de burlarse de mí, esta vez PAN-CHO me respondió:

—Bien, ¿y tú?

Y nos dejó pasar.

RO-DRI, DIE-GO y yo no nos hicimos amigos de PAN-CHO, pero al menos empezamos a saludarnos todos los días.

Esa tarde le conté a Mamá A y a Mamá B lo que había pasado. Las dos me abrazaron y me dieron un beso. Y me dijeron que, algún día, debería dar un paso más e invitar a PAN-CHO a jugar con DIE-GO y con RO-DRI. Les contesté que lo iba a pensar.



Nubecita

José Agustín Escamilla Viveros

Todas las tardes una pequeña nube me esperaba escondida tras un árbol. Su risa de niña traviesa la delataba. Entonces yo atravesaba corriendo la calle y no me detenía hasta llegar a la estación del metro.

Las primeras veces funcionó el truco, pero el día que se dio cuenta me persiguió; aunque corro rápido, oí sus zancadas húmedas cada vez más cerca de mí. Bajé en pocos brincos los escalones y me refugié en la entrada de la estación. Mientras yo recuperaba el aliento, observé cómo su llanto rodaba por las escaleras y las cubría por completo. “Es mala perdedora”, pensé.

Hubo días en que la nubecita llegaba temprano, regaba las calles, los arbustos, los árboles y dejaba tras de sí su perfume que olía a tierra mojada y a jacarandas húmedas, pero además le daba una mano de pintura a las flores, se veían más brillantes, y además las coronaba con diminutos diamantes de agua.





Pasaron los días y después, al asomarme por la ventana de mi oficina, la vi esconderse detrás de un edificio. Salí por la puerta de atrás y este truco también funcionó un par de semanas, pero un día no sé cómo se enteró de la existencia de mi salida secreta. Esa tarde, muy confiado salí a la calle y de repente me empapó su alegría. Juré que no me volvería a tomar desprevenido.

Al día siguiente salí orgulloso con mi nuevo paraguas negro que me costó mucho dinero. Cuando me vio, se acercó despacio. Yo lo abrí con sólo apretar un botón, en ese instante ella sopló y las varillas del paraguas se doblaron hacia atrás; algunas se rompieron, varias se quedaron torcidas; la tela se rasgó con un aullido y se elevó por los aires como un murciélago con las alas deshilachadas, voló como una mosca borracha y cayó en medio de la calle. Los autos se apresuraron a pisotearlo.



Pero… ¿qué creen?, mi mala suerte dio para más: un microbús pisó un enorme charco, levantó una ola de dos metros de alto y un sinfín de agua sucia cayó sobre mí. Empapado y furioso me agaché, tomé una piedra y se la arrojé a la nube con todas mis fuerzas mientras le gritaba: "¡Te detesto! Siempre me persigues para mojarme, me has echado a perder varios pares de zapatos y ahora arruinaste mi paraguas nuevo. ¡Nunca vuelvas a molestarme!". La nubecita se fue llorando mientras se sobaba donde había recibido la pedrada; pero sé que lo que realmente la hirió fueron mis palabras espinosas y rasposas, que se clavaron como flechas en su corazón.

Pasaron muchos días… algunas semanas y un par de meses. Ante la ausencia de la nubecita, el calor irrumpió en la ciudad y se adueñó de ella. Los árboles, las flores y el pasto se desmayaban de sed y tristeza en los parques, en los camellones y en las banquetas.

Los ojos de la gente se resbalaban en la inmensidad del cielo azul en busca de la pequeña nube, pero ésta había desaparecido. Muchos niños deseaban que lloviera y que se formaran riachuelos en las calles para que echaran barquitos de papel en ellos. Otros chicos ansiaban brincar y correr entre los charcos.

Me di cuenta de mi error y me arrepentí de haberla herido. Loco de dolor recorrí la ciudad buscándola. La llamé a gritos. No me respondió. Muy cansado me senté en la banqueta y me sentí el más malo de los hombres. El sentimiento de culpa, el dolor y el arrepentimiento estrujaron mi corazón durante varias horas. Un pajarito se me acercó, quizás en busca de una migaja de pan. "Ojalá la encontrara para pedirle que me perdone", dije en voz baja. El avecita voló.

El sol se puso una capa rosada y en ese momento sentí un abrazo húmedo. Levanté la vista y me di cuenta que la nubecita me sonreía. "¡Perdóname, nubecita, ahora sé que la lluvia que nos regalas es una bendición!", le dije: ella acarició mi rostro con miles de gotitas y... sonrió.







El hámster del presidente

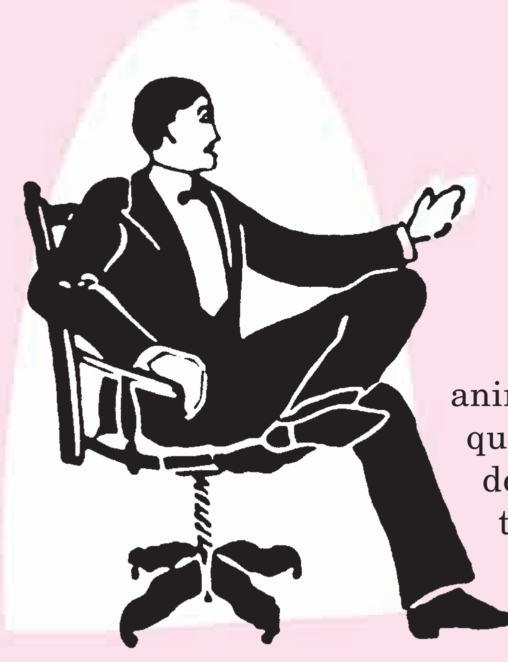
Juan Villoro

El presidente usaba un abrigo lleno de bolsillos. Ahí guardaba todas las cosas que necesita quien gobierna un país. Tenía un silbato para llamar la atención, las llaves de la cárcel por si debía liberar a un prisionero, caramelos para endulzar las malas noticias, una cámara para retratar ciudadanos favoritos y un sándwich de jamón de pavo por si le daba hambre en las largas ceremonias a las que tenía que asistir.

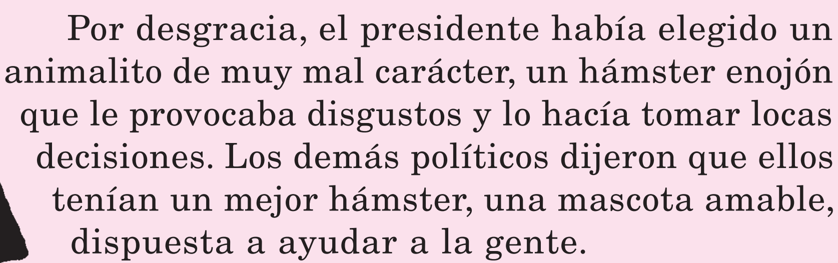
Nadie lo había visto sin esa ropa esencial. El presidente gobernaba con el abrigo puesto.

Un día repartió premios a los alumnos más inteligentes de todas las escuelas y uno de ellos notó algo raro: el abrigo tenía un bolsillo que brincaba. Sin pensarlo dos veces, el niño metió la mano en el abrigo. ¿Qué encontró ahí? Un hámster, ni más ni menos.

El presidente era muy activo porque el hámster lo despertaba cada vez que estaba a punto de dormirse en medio de un discurso. El roedor le proporcionaba energía, pero también consejos. Cuando el presidente no sabía qué hacer, se ponía la mascota en la cabeza para que le revolviera las ideas. Ya se estaba quedando calvo de tantas vueltas que el hámster daba en su coronilla.



Por desgracia, el presidente había elegido un animalito de muy mal carácter, un hámster enojón que le provocaba disgustos y lo hacía tomar locas decisiones. Los demás políticos dijeron que ellos tenían un mejor hámster, una mascota amable, dispuesta a ayudar a la gente.



Entonces el pueblo tomó una decisión histórica: no sólo elegiría al presidente, sino al hámster que lo acompañaba.

Cuando llegó el momento de hacer elecciones, los candidatos se tuvieron que presentar en compañía del hámster que los ayudaría en su importante trabajo. No sólo es importante saber quién gobierna a un país, sino quiénes son sus colaboradores.

La gente se informó de cuáles eran los hámsteres más astutos, los más entregados, los más serviciales, los más simpáticos, y así fue preparando su voto.

Algunos hámsteres confiaban demasiado en su apariencia y no trabajaban mucho. Fue el caso de un espectacular hámster-dálmata. A todo mundo le fascinó su pelo blanco con motas negras, pero después de posar para las fotografías no hizo otra cosa que dormir largas siestas.



Un hámster entusiasmó con sus cabellos dorados, pero al primer remojo, sus pelos se despintaron y perdió el apoyo del pueblo, que no quería un animal disfrazado. “El que finge que su pelo es de otro color, puede fingir algo peor”, pensó la gente.

Hubo un hámster demasiado travieso que se comió los botones de su dueño y otro indisciplinado que se puso a nadar en la jarra de agua que descubrió en un banquete.

No faltó el hámster que hacía espectaculares acrobacias, pero se negaba a participar en asuntos sencillos, como hacerle cosquillas a su amo para que no se durmiera en público. ¿De qué sirve saltar por los aires cuando el presidente ronca?

Un candidato a la presidencia llegó con un hámster que sabía chiflar y otro con un hámster que se paraba de cabeza. Se trataba de habilidades fantásticas, dignas del mejor circo, pero poco necesarias para gobernar. El presidente necesitaba un animal de compañía que lo ayudara a estar concentrado, no una mascota que lo distrajera.

Poco a poco, la gente entendió que los hámsteres se asemejaban a los humanos. Podían ser presumidos, leales, flojos, tramposos, inteligentes, distraídos, bobos, glotones, cariñosos, generosos, egoístas, en fin, podían ser como nosotros.



Esto ayudó mucho a valorarlos y a entender mejor a las personas que querían ser presidentes. Como las mascotas se parecen a su dueño, fue fácil descubrir las virtudes y los defectos de los políticos por las mascotas que tenían y la forma en que las cuidaban.

La democracia se perfeccionó con este trabajo de equipo.

Las elecciones fueron ganadas por un hombre que tenía un hámster sencillo, un poco gordito, color café cartón, con una mancha color leche en la barbilla. Lo que más impresionó de ese candidato fue la manera en que quería a su mascota. La trataba con respeto y cariño, le hacía "piojito" y la peinaba con un peine diminuto. "Si así trata a su hámster, también a nosotros nos tratará de maravilla", pensó la gente.

Y así sucedió.

A partir de ese momento, la política tomó en cuenta a las mascotas. En todos los parques se colocaron ruedas para que ahí giraran y se entrenaran los candidatos a hámster del presidente.



El zagal y las ovejas

F. M. Samaniego

Apacentando un joven su ganado,
gritó desde la cima de un collado:
—Favor, ¡que viene el lobo, labradores!
Éstos, abandonando sus labores,
acuden prontamente,
y hallan que es un engaño solamente.



Vuelve a llamar y temen la desgracia.
Segunda vez los burla. ¡Linda gracia!
Pero, ¿qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el zagal, se desgañita,
y por más que patea, llora, grita,
no se mueve la gente, escarmentada.
Y el Lobo se devora la manada.

¡Cuántas veces resulta de un engaño
contra el engañador, el mayor daño!





Mañana

Amaranta Leyva

Pedro: El delantero coloca la pelota, revisa el área, toma vuelo, prepara el golpe, corre, tira y ¡gooool!

Federico: ¡No! No tan fuerte.

Pedro: ¿Se voló?

Federico: Pues sí.

Pedro: Otra vez.

Federico: Pues si le das tan fuerte...

Pedro: ¿No tienes más?

Federico: ¿Balones?

Pedro: Aunque sea una pelota.

Federico: Creo que tengo una. Pero no sé bien dónde está.

Pedro: ¿Te ayudo a buscarla?
Federico: Pero tenemos que ir a mi casa.
Pedro: Vamos.
Federico: Vamos. Está del otro lado del parque. Mejor vamos a la tuya por uno.
Pedro: No, yo no tengo balón.
Federico: ¿A poco no tienes balón… o pelota?
Pedro: Todavía no. Mañana puedo tener unos.
Federico: ¿Unos qué?
Pedro: Balones. Me gustan más los balones que las pelotas.
Federico: ¿Y por qué mañana y no ahorita?
Pedro: Porque sí.
Federico: Esta es mi casa.
Pedro: Es grande.
Federico: Mediana. La casa de mi prima es más grande que la mía.
Pedro: ¿Tienes llave?
Federico: Pues sí, para abrir. Si no, ¿cómo entro? ¿Tú no tienes llaves?
Pedro: Sí. Tengo cinco llaves.
Federico: ¿Para qué tantas?
Pedro: Porque me gustan.
Federico: Bueno, así si pierdes una, tienes más. Pasa. Sólo está mi hermano. Mis papás están trabajando.
Pedro: ¿Dónde está tu hermano?



Federico: En nuestro cuarto…
Pedro: ¿Tienen un cuarto?
Federico: Para los dos. A mí me gustaría tener mi cuarto pero sólo tenemos dos, el de mis papás y el nuestro. En cambio, la casa de mi prima parece castillo: tiene cuatro cuartos. ¿Cuántos cuartos hay en tu casa?
Pedro: Uno.
Federico: ¿Uno? Uno para ti dirás.
Pedro: ¿Qué tienes en tu cuarto?
Federico: Pues lo que hay en un cuarto: mi cama, la cama de mi hermano, mi ropa, su ropa, algunos juguetes, una mesa donde mi hermano dibuja. Siempre está dibujando, es su tarea para la universidad. A veces yo también la uso, cuando no está. Entonces puedo usar sus plumas, sus lápices…
Pedro: ¿Tiene muchos?
Federico: ¿Plumas? Más o menos. Tiene muchos lápices de colores.
Pedro: A mí también me gusta dibujar. Pero yo dibujo en el piso.
Federico: Yo juego con mis coches de carreras en el piso.
Pedro: ¿Tienes coches de carreras?
Federico: Sólo dos. ¿Tú?
Pedro: Diez, de todos los colores.
Federico: ¿Y por qué no me los has enseñado?
Pedro: Otro día.
Federico: A ver, ayúdame a buscarla. Atrás de la puerta no está. Busca en el comedor.
Pedro: ¿Dónde está?
Federico: Cruzas la sala y llegas al comedor. Abajo de las escaleras tampoco. ¡Fíjate si está debajo de la mesa!
Pedro: ¡No la veo! Sólo veo sillas, mantel… ¡y tus calcetines!

Federico: ¡Mis calcetines de la buena suerte! Ahí estaban. Con razón no los encontraba. Por eso hoy no metía gol. A ver, busca en la cocina. Es que ayer estaba jugando con ella mientras mi mamá hacía de comer. Prende la luz para que veas mejor.

Pedro: ¿De dónde la prendo?

Federico: Del lado izquierdo de la puerta, al lado del refrigerador.

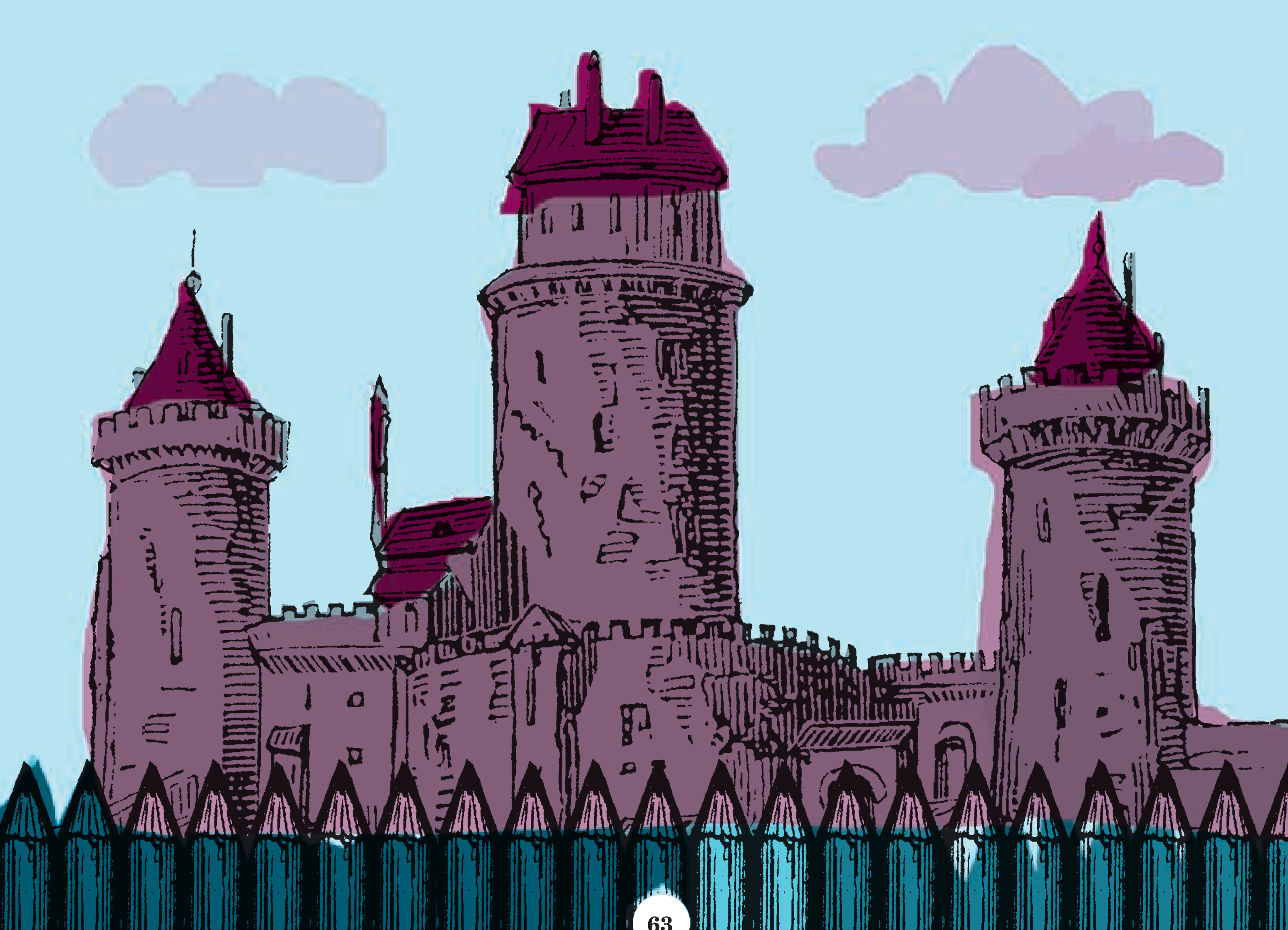
Pedro: ¡¿Tienes refrigerador?!

Federico: Pues claro. ¿Qué tú no?

Pedro: Dos.

Federico: ¿Dos? ¿Por qué dos?

Pedro: Porque uno es rojo y otro azul. Aquí no está.



Federico: A ver, a lo mejor está en el baño.
Pedro: ¡Tienes baño!
Federico: Pues claro.
Pedro: Con regadera y excusado.
Federico: Pues es lo que tiene un baño. ¿Qué tiene el tuyo?
Pedro: Lo mismo. Todo de color verde.
Federico: Qué raros colores hay en tu casa. ¿Me la vas a enseñar?
Pedro: Un día. ¿Me enseñas arriba?
Federico: Sí pero primero busquemos en la sala.
Pedro: ¿Además tienes una sala?
Federico: Pues es lo que tiene una casa normal: sala, comedor, cocina, baño y cuartos para dormir. ¿Tú qué tienes en tu casa?
Pedro: Muchas cosas.
Federico: ¿Qué cosas?
Pedro: Cosas.
Federico: ¿Como qué?

Pedro: Tengo ochenta colores diferentes para dibujar y un cuaderno. Tengo una casa donde mi mamá nos hace de cenar tamales, frijoles, café, salsa y un pastel de chocolates de ocho pisos para mí. Mientras mi mamá cocina, mi abuela teje en su mecedora y mi abuelo piensa. Tengo una mesa donde mi papá arregla los zapatos que la gente le encarga. Tengo diez sillas de colores y quince ventanas. Unas ventanas dan al patio donde hay sembradas flores y árboles de diferentes tamaños: rosas, margaritas, ciruelos, pinos, hasta un árbol de manzanas. Hay tanto pasto en el jardín que a veces crece dentro. Yo dejo que crezca porque ahí viven unos caracoles, pero sobre todo, porque si te fijas con atención, hay un túnel que lleva al zoológico. Yo no he ido, sólo imagino lo que mi hermana me contó, que hay elefantes, camellos y leones. Ella fue un día con su escuela. Dice que hay un mar donde viven la foca, la ballena y los peces. En mi baño tengo peces amarillos, verdes, azules. El azul es mi color favorito.



Desde la ventana de mi cuarto, porque yo tengo un cuarto, estoy ahí dibujando. En la ventana está el Sol, la Luna y las estrellas y las nubes. Yo las miro. Y a lo lejos, si te fijas bien, hay un avión, chiquito. Un día yo voy a manejar un avión y voy a conocer el mar.

Federico: ¿Tienes todo eso en tu casa y no tienes un balón? No te creo. Enséñame tu casa.

Pedro: ¿Ahorita? Mejor vamos a seguir buscando la pelota.

Federico: Si no me enseñas tu casa, ya no vuelvo a jugar contigo.

Pedro: Es que está lejos de aquí.

Federico: ¿Qué tan lejos?

Pedro: Muy lejos.

Federico: ¿Pasando el parque?

Pedro: Detrás del parque.

Federico: No está tan lejos. Vamos.

Pedro: ¿Y mañana podemos volver a jugar?

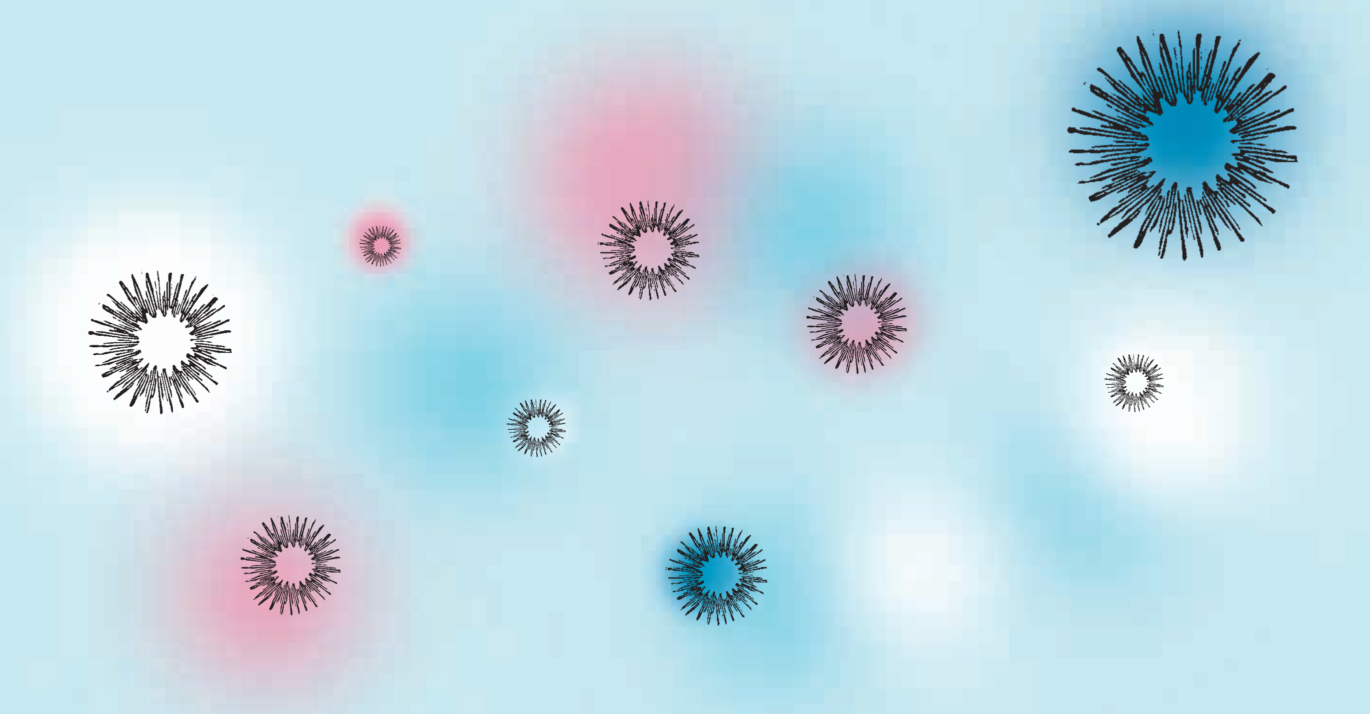
Federico: Si me llevas a tu casa sí.

Pedro: No hace falta ir hasta allá.









Federico: ¿Qué no me la quieres enseñar? Se me hace que son mentiras.
Pedro: No.
Federico: ¿Entonces?
Pedro: Mi casa la tengo aquí.
Federico: ¿Aquí? ¿Cómo vas a tener tu casa aquí? La gente va a las casas porque las casas no se mueven, no se pueden transportar.
Pedro: La mía sí.
Federico: A ver, enséñamela.
Pedro: Aquí está.
Federico: Este es tu cuaderno, no tu casa.
Pedro: Pues aquí tengo mi casa, la casa de la que te hablé.
Federico: ¡Dibujada! ¡Todo son dibujos!
Pedro: Sí.
Federico: ¿Tú dibujaste todo esto?
Pedro: Sí.
Federico: Dibujas muy bien.
Pedro: Gracias. Si quieres te dibujo los balones que volé. Lo malo es que con estos no se puede jugar futbol.
Federico: Pero podemos dibujar y así me enseñas.
Pedro: Si quieres.
Federico: Sí, sí quiero.
Pedro: ¿Y otro día seguimos jugando fut?
Federico: Sí, sólo deja encuentro mi pelota de verdad.



Refranes populares

En la casa del herrero,
azadón de palo.

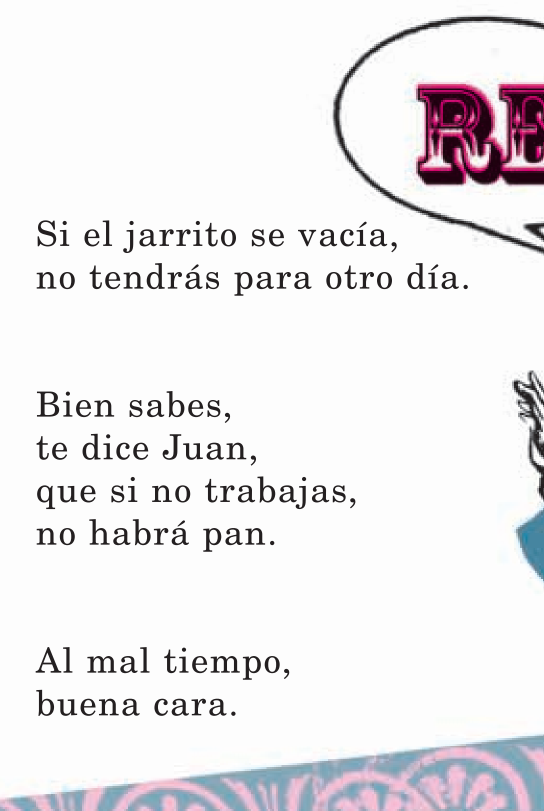
En la casa del jabonero,
el que no cae resbala.

Con enojos no busques,
lo que logras con cariño.

Quien mucho abarca,
poco aprieta.

A palabras necias,
oídos sordos.

Ojos que no ven,
corazón que no siente



Si el jarrito se vacía,
no tendrás para otro día.

Bien sabes,
te dice Juan,
que si no trabajas,
no habrá pan.

Al mal tiempo,
buena cara.



Quien tiene tienda,
que la atienda,
y si no, que la venda.

Al ojo del amo,
engorda el caballo.

Al perro flaco
no le faltan pulgas.

A caballo regalado
no se le ven colmillos.



Haz bien
sin mirar a quién.

Hombre precavido
vale por dos.

En boca cerrada
no entran moscas.

Mal de muchos
consuelo de tontos.

No dejes para mañana
lo que puedes hacer hoy.

Un lugar para cada cosa
y cada cosa en su lugar.

Otra historia de 5 cosas que eran 1 sola cosa

Sabina Berman

1

Ésta es otra historia que nace del mismo misterio del que nace otra historia que escribí hace tiempo. El misterio de las 5 cosas que son al mismo tiempo 1 sola cosa.

Éste es el mismo misterio y también es otra historia. La historia del cuerpo de la señorita Margarita que era al mismo tiempo 5 partes.

2 piernas + 2 brazos + 1 cabeza muy bonita = las 5 partes del cuerpo de la señorita Margarita.

Sucedió que la señorita Margarita andaba buscando con quién casarse. Una noche en una fiesta conoció a un señor llamado Muy y apellidado Gordo. El aspecto del señor Muy Gordo no contradecía su nombre, era muy gordo, pero además tenía el pelo muy grasoso y una boca que no paraba de moverse: o hablaba o comía de los pastelitos que les ofrecían en la fiesta.

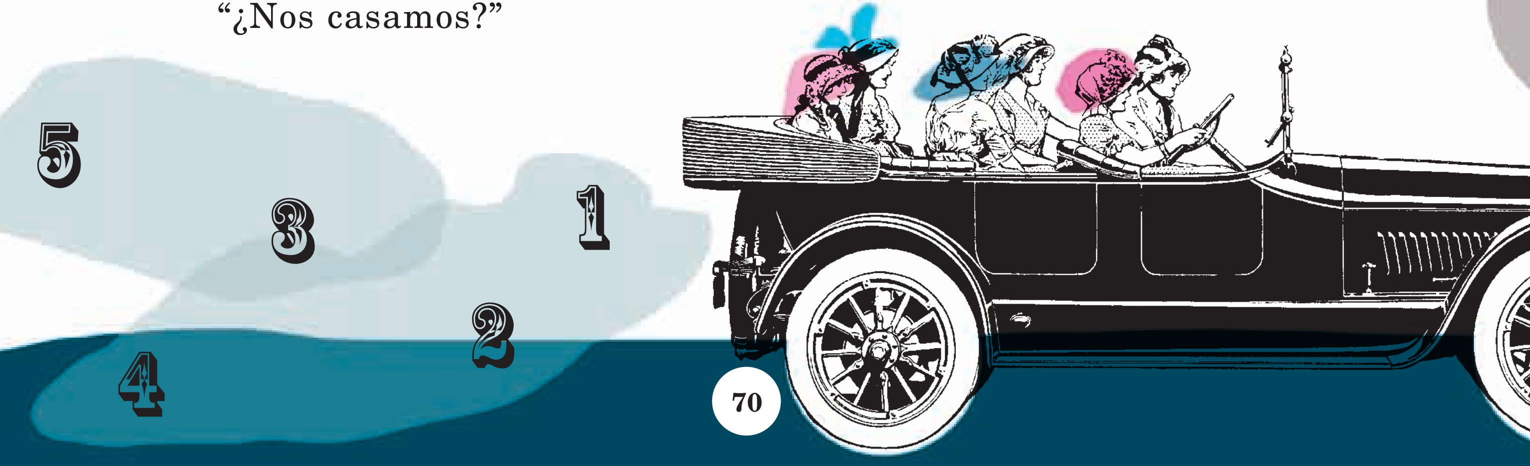
La verdad sea dicha desde el principio, a Margarita no le gustó el señor Muy Gordo. Pero luego Margarita oyó decir al señor Muy Gordo que además de gordo era también muy rico. Lo dijo así:

—Sí, soy muy gordo, pero también soy muy rico. Tengo 2 aviones, 3 coches, 4 casas y 5 ex esposas.

La cabeza de Margarita pensó:

—¡Genial! Me caso con el Muy Gordo por 1 año y entonces me regala 1 avión, 1 coche y 1 casa. No quiero que me regale una ex esposa, porque ¿para qué la uso yo?

No, no estaría mal, pensó Margarita, y se puso de puntitas, le dio un beso en la mejilla al señor Muy Gordo y le preguntó: "¿Nos casamos?"



2

En la mañana de la boda, la cabeza de Margarita se despertó temprano y le dijo a las otras 4 partes de su cuerpo:

—¡Adelante!, ¡fuera de la cama!, ¡hoy vamos a casarnos con el señor Muy Gordo!

Pero la Pierna Derecha no quiso bajar de la cama. Estaba tiesa y se sentía como con cosquillas. Se había dormido. Las demás partes del cuerpo se la llevaron arrastrando a la regadera.

Saliendo de la regadera, el Brazo Derecho no quiso agarrar un cepillo para peinarse. Estaba también dormido y no se movía y se sentía con cosquillas. Así que Margarita se peinó con el Brazo Izquierdo.





Pero entonces su otra pierna, la Pierna Izquierda, se durmió también. Margarita se cayó al piso del baño.

Y ahí en el piso del baño la cabeza de Margarita dijo:

—A ver, Brazo Derecho, álzame. Por ningún motivo voy a dejar de casarme con ese avión. Ay, perdón, con ese señor Muy Gordo.

El Brazo Derecho con muuuuucho trabajo alzó el cuerpo de Margarita, que tenía 2 piernas y el Brazo Izquierdo dormidos.

Margarita llegó a la iglesia sentada en una silla de ruedas y en vestido de novia.

Y se casó con el señor Muy Gordo.

El cura dijo:

—Señor Muy Gordo, póngale su anillo a Margarita, para que vivan juntos toda la vida felices.

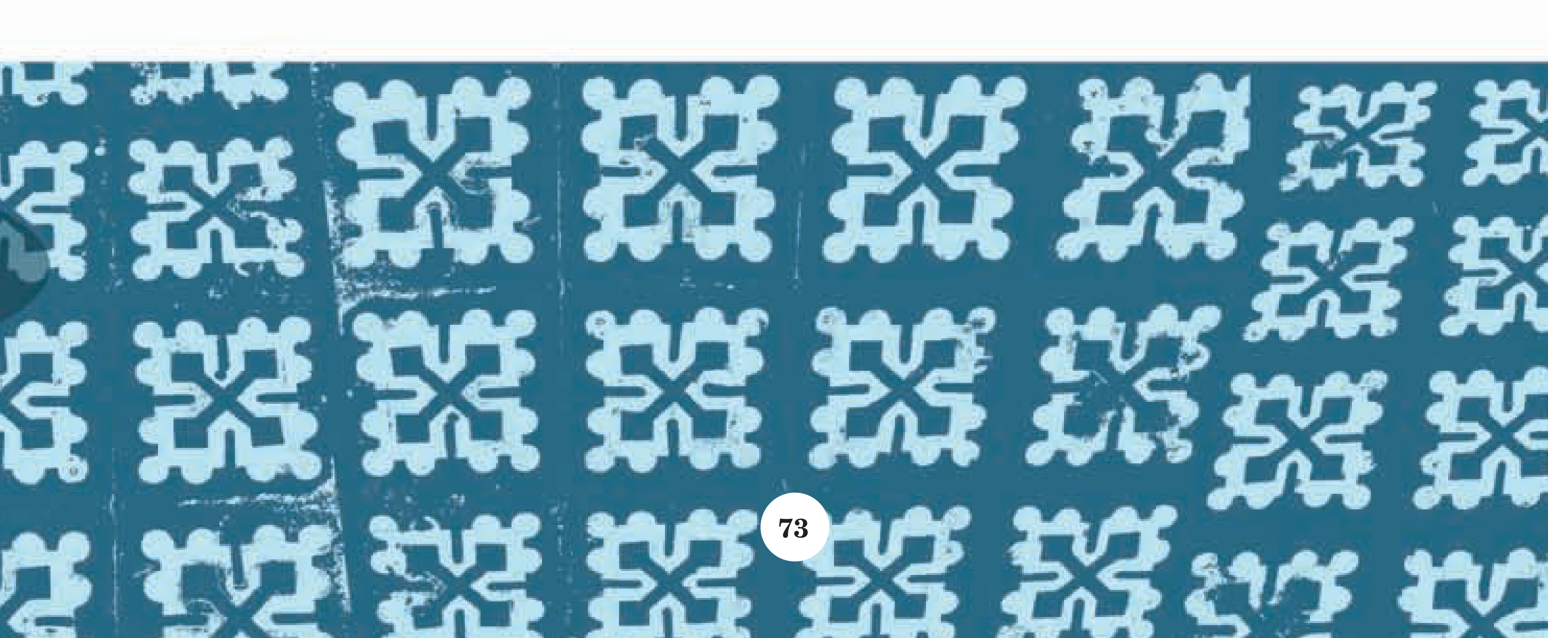
Pero cuando el señor Muy Gordo alargó el anillo para ponérselo, el Brazo Derecho no se alzó, se había dormido también.

La cabeza de Margarita dijo:

—Sí, acepto por marido al señor Muy Gordo. Por favor póngame el anillo acá.

Abrió la boca y sacó la lengua. Y ahí en la lengua el señor Muy Gordo le puso el anillo de matrimonio a Margarita. La lengua se metió con el anillo dentro de la boca y de pronto, sin querer, Margarita se tragó el anillo.

Éste es un cuento muy chistoso, pero algunas personas a las que se lo he contado opinan que es un cuento de terror, así que los lectores miedosos ya no sigan leyendo.



3

Esa noche, Margarita y el señor Muy Gordo durmieron en la misma cama junto a una ventana que daba al mar.

Estaban tan cansados de la boda que las dos cabezas nada más se dieron un beso y se quedaron dormidas, lado a lado.

Al día siguiente, el señor Muy Gordo despertó y no vio a Margarita. Ni en la cama… Ni en el baño… Ni en el clóset… Ni en la playa… Ni en el mar…

Pero como era un experto en esposas (como ya conté, llevaba ya 6 esposas, contando a Margarita), no se preocupó. Sabía que cada mujer es distinta y que era natural que Margarita hubiera hecho algo que ninguna de sus otras esposas había hecho.

Así que se sentó a comer ostiones bajo una palapa junto al mar. 36 ostiones se comió uno tras otro. Cada ostión con 3 gotitas de limón y 2 gotitas de salsa picante.

3 días después, el señor Muy Gordo seguía comiendo ostiones y no aparecía Margarita.

—Dios mío, ¿dónde podrá estar Margarita? —se preguntó ahora sí muy preocupado el señor Muy Gordo.

Lo que había pasado era esto.

La noche de la boda, la cabeza de Margarita dormía junto a la cabeza del señor Muy Gordo y entonces despertó el Brazo Izquierdo de Margarita, que palmeó a la Pierna Izquierda y a la Pierna Derecha de Margarita, para que despertaran.

El Brazo Derecho se despertó cuando ya Margarita se ponía en la oscuridad de la noche una playera, unos pantalones y unos huaraches.

Las 4 extremidades se vistieron con mucho silencio para no despertar a la cabeza de Margarita, que seguía dormida, con los ojos cerrados.

Antes de salir del cuarto, el Brazo Derecho tomó un paraguas. Luego el cuerpo de Margarita salió del cuarto. Repito: todo esto con la cabeza dormida.

Las 4 extremidades llegaron en la madrugada a la estación de trenes caminando como los ciegos: con el paraguas, el Brazo Derecho tanteaba el camino de adelante, para revisar que no hubiera una piedra u otra cosa con la que pudieran tropezar.

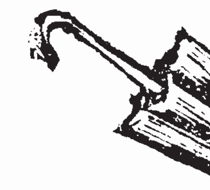
Compraron un boleto de tren. Se subieron al tren. Se sentaron en un asiento del tren. El tren arrancó.

Las 4 extremidades iban muy felices mientras la cabeza de Margarita con los ojos cerrados roncaba y soñaba que estaba en un avión dormida.

El tren cruzó por la mitad el país hasta llegar al otro lado, donde se encuentra otro mar.

Las 4 extremidades pidieron un cuarto en la recepción de un hotel.

Caminaron, tanteando con el paraguas el camino al cuarto de hotel. El camarero que las conducía preguntó: —¿La señorita es invidente?



El Brazo Derecho movió la mano para indicar que no y el Brazo Izquierdo le pidió al camarero silencio llevándose un dedo a los labios. No fuera a despertarse la cabeza de Margarita.

4

A la mañana siguiente, vestido en un lindo bikini azul, el cuerpo de Margarita fue a la playa, tanteando con el paraguas el camino.

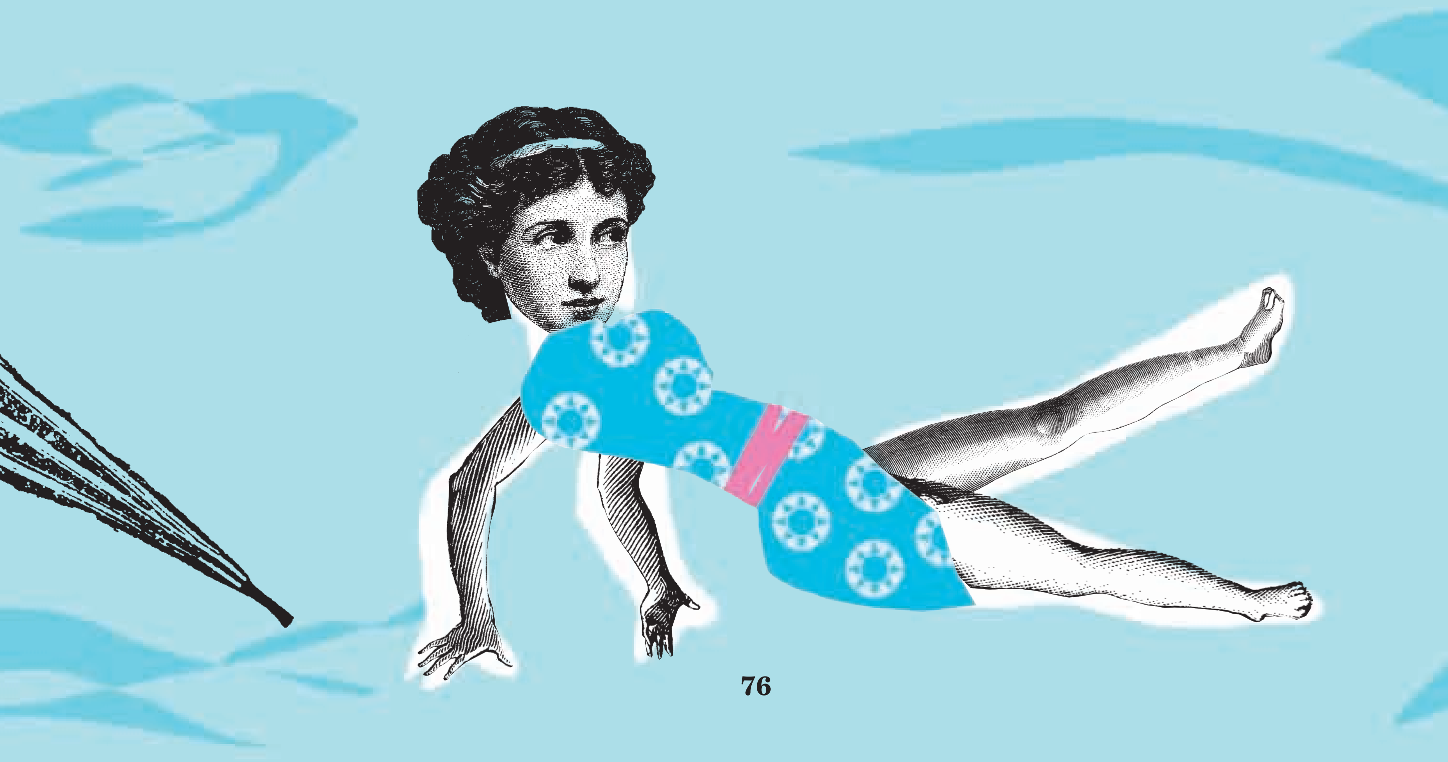
Se metió al mar, que estaba caliente y fresco. Nadó. Buceó. Sintió pasar a su lado 100 peces y una tortuga submarina. Lástima que la cabeza estuviera dormida y no viera los colores de toda esa belleza.

Luego el cuerpo de Margarita fue a la ostionería que estaba bajo una palapa y pidió 12 camarones gigantes. Tenía mucha hambre.

Así pasaron 10 días hasta que una mañana, mientras el cuerpo nadaba en el mar muy alegre, la cabeza de Margarita despertó. Abrió los ojos y vio el mar azul turquesa, el cielo azul, y no entendió nada. ¿Dónde estaba? ¿Y dónde estaba su marido, el señor Muy Gordo?

La verdad, no se preocupó mucho, por 2 razones: 1) porque el señor Muy Gordo no le caía muy bien, y 2) porque algo bueno habría pasado, ya que estaba tan feliz.

De cualquier forma, Margarita llamó por el teléfono del cuarto de hotel al señor Muy Gordo. Él le contestó por teléfono celular.



—Carambas, Margarita —dijo—, ¿dónde estás, que no te encuentro?

—En el mar, dijo ella.

Él le dijo muy amable:

—Ah, mira, qué coincidencia. Yo estoy en otro mar. Fíjate que me casé con otra señorita.

Margarita se quedó boquiabierta.

El señor Muy Gordo le explicó:

—Como no aparecías, nuestra boda se anuló y yo me sentía muy solo. Espero que tú no me extrañes.

La verdad, Margarita no lo extrañaba, así que dijo:

—Pues la verdad, no, no te extraño. Felicidades por tu boda. Pero te quiero pedir un favor. ¿No me mandas 1 avión y las llaves de 1 casa y las llaves de 1 automóvil, por favor?

—No puedo —se disculpó el señor Muy Gordo—, eso es para mi esposa número 7.

—¿Y si me mandas por lo menos mi anillo, el que me regalaste en la boda?

—No sé dónde quedó —dijo el señor Muy Gordo—. ¿Tú no te acuerdas dónde habrá quedado?





Los dos lo pensaron largo. Hasta que el señor Muy Gordo lo recordó:

—Te lo puse en la boca, ¿te acuerdas? Y te lo tragaste en un descuido.

Entonces Margarita vio que traía el anillo en un dedo del Pie Derecho.

—¿Cómo habrá llegado ahí?—se preguntó en voz alta.

La verdad tampoco yo, que escribo este cuento, tengo la menor idea de cómo llegó el anillo desde el estómago de Margarita al dedo de su Pie Derecho. Pero no me preocupo, porque hay cosas inexplicables en la vida. Otra cosa que yo, que escribo este cuento, no entiendo, es por qué algunas personas me han dicho que éste es un cuento de terror. Yo creo que más bien es un cuento alegre. Lo que es seguro es que tiene un final feliz, que es el que sigue.



El Brazo Derecho le acarició la cara a Margarita. Su Pierna Izquierda se estiró muy cómoda. Su Brazo Derecho se rascó la rodilla derecha. La Pierna Derecha se estiró muy cómoda también. Y la cabeza bostezó, y luego pensó:

—No vuelvo a hacer nada contra los deseos de las otras 4 partes de mí misma.

Y así termina esta historia que nace de un misterio. El misterio de las 5 cosas que son al mismo tiempo 1 sola cosa.

2 piernas + 2 brazos + 1 cabeza muy bonita = las 5 partes del cuerpo de la señorita Margarita.

Viajemos en el tiempo

Estela Maldonado Chávez

"¿Ir de viaje? Claro que me encanta", gritó María a su mamá cuando le dijo: "levántate tempranito que iremos a pasear".

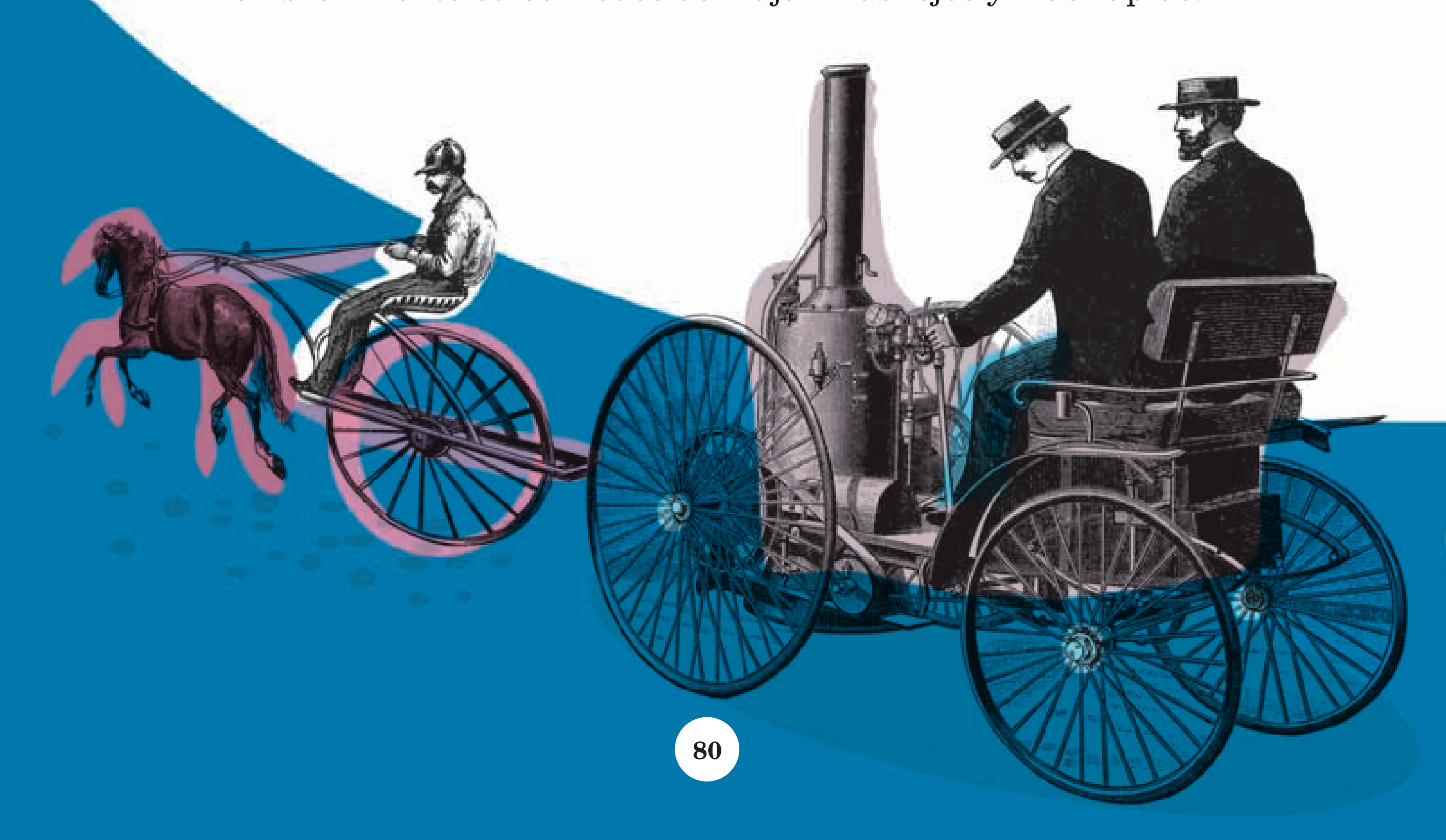
"Pero antes dime, ¿a dónde vamos?, ¿a qué hora saldremos?". "Aún falta tiempo" –le dijo su mamá–, "pero mientras, ya verás lo que platicaremos".

María, desde que el hombre apareció en la Tierra le dio por viajar para buscar su alimento, y sin duda que lo hacía caminando, siempre caminando, porque su vida era nómada, es decir, siempre andar buscando comida para el sustento.

Cuando se quedó en un lugar, sembró la tierra y empezó a criar animales, pero entonces también tenía que recorrer grandes caminos y, seguramente, lo hacía montado en bestias que él mismo criaba.

También cruzó los lagos y los ríos para lo cual fabricaba balsas o canoas rudas. Así empezó a crear un comercio a través de intercambios con otros grupos humanos.

Pasaron tantos y tantos años, hasta que la inteligencia del hombre inventó otros modos de viajar más lejos y más rápido.



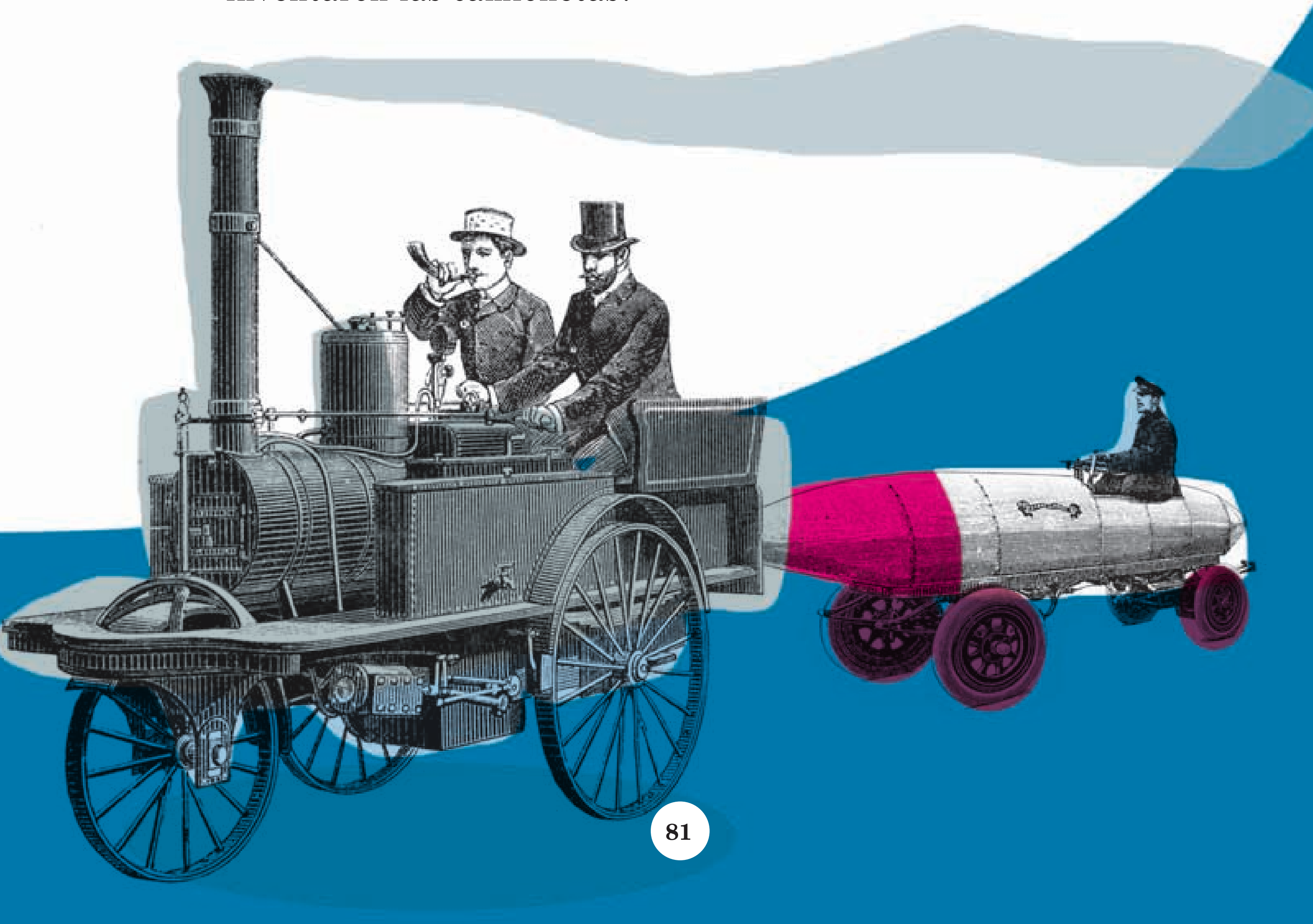
Entonces inventó la máquina de vapor para mover grandes trenes que arrastraban, sobre durmientes y vías, diez, veinte, treinta carros con increíbles cargas y numerosos viajeros a través de una notable rapidez.

Periódicamente, la técnica fue avanzando y se inventó el automóvil, que ya no necesitaba ni rieles, ni durmientes para moverse. Así, los viajes se han podido hacer por carreteras y a una velocidad extraordinaria.

Ay, María, sabes bien que a través de la historia de todo esto, afirmamos que el hombre sigue avanzando en sus anhelos, y así, se propuso desafiar al aire y "¡volar!, entonces inventó el avión para cruzar el cielo con una vertiginosa velocidad.

Increíblemente, algunos hombres de ciertos países han llegado hasta la Luna, Marte y más allá, por medio de maravillosas naves espaciales.

"Mamá, ya llegó la familia, papá viene manejando una camioneta. Ya vámonos, pero después me platicarás ¿cuándo se inventaron las camionetas?"





El mayor regalo

Laura Martínez Belli

Guillermo pensaba que leer era aburrido. No podía entender cómo podía uno dejar de jugar para agarrar un libro y sumergirse en un silencio absoluto en donde sólo había letras y letras. Algunos libros ni siquiera tenían dibujos. Él prefería jugar futbol o —si había suerte— jugar con la consola de su amigo Diego. Por más que don Eulalio, su profesor de español, intentara convencerlos de que leer abría ventanas a mundos infinitos, él sabía que aquello era pura charlatanería de profesor de letras. No podía haber nadie —pensaba— que prefiriese estar sentado con un libro. Guillermo sólo se sentaba para ver televisión, y eso cuando terminaba de jugar con los videojuegos.

Hasta el día en que no tuvo más remedio que leer un libro. Don Eulalio les mandó de tarea hacer un resumen de un cuento, el que fuera. No tenía que ser extenso, ni clásico. Y Guillermo, ingenioso como era, pensó bajarse la tarea de algún blog de internet. Un simple "copiar y pegar" le bastaría para luego hacer otras cosas de su interés.

Navegó durante un buen rato entre un montón de páginas sobre libros, con tan mala suerte que ninguno venía resumido. Se enunciaban varios títulos, pero sólo con la foto de la portada, a modo informativo. Para descargar: nada. La tarde avanzaba de



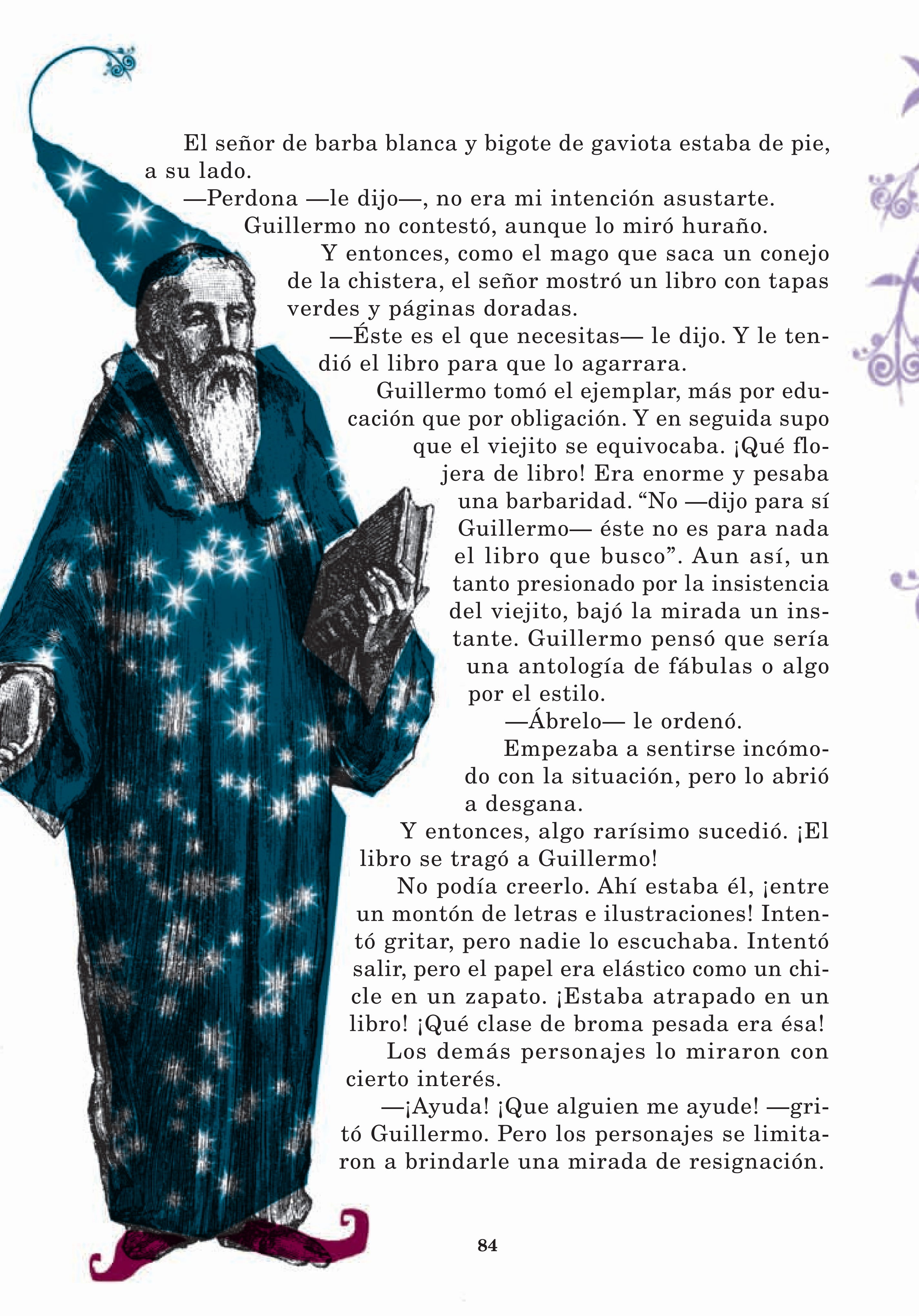




prisa. Guillermo miraba su reloj insistentemente, nervioso porque no llegaría a tiempo con sus cuates para la cascarita de las cinco. Así que tras un par de horas de infructuosa búsqueda, decidió —muy a su pesar— que mejor buscaba en la biblioteca pública. ¿Cuánto podía tardar en resumir un cuento?

Una vez en la biblioteca, Guillermo notó que había muchos cuentos, muchísimos, ordenados por orden alfabético. Por instinto, se lanzó a los volúmenes más delgados. Buscaba con la vista cuál agarrar, cuando oyó carraspear: "Hmmmm, hmmmmm…".

En una pequeña mesa, alumbrado por una pequeña lámpara de brazo, se sentaba un señor de barba blanca, bigote de gaviota y gafas sin montura. Guillermo volvió la vista hacia los estantes y siguió buscando. Sin embargo, sentía los ojos del señor clavados en su nuca. Al poco rato, escuchó carraspear de nuevo, pero esta vez el sonido estaba justo junto a él. Guillermo pegó un brinco.



El señor de barba blanca y bigote de gaviota estaba de pie, a su lado.

—Perdona —le dijo—, no era mi intención asustarte.

Guillermo no contestó, aunque lo miró huraño.

Y entonces, como el mago que saca un conejo de la chistera, el señor mostró un libro con tapas verdes y páginas doradas.

—Éste es el que necesitas— le dijo. Y le tendió el libro para que lo agarrara.

Guillermo tomó el ejemplar, más por educación que por obligación. Y en seguida supo que el viejito se equivocaba. ¡Qué flojera de libro! Era enorme y pesaba una barbaridad. “No —dijo para sí Guillermo— éste no es para nada el libro que busco”. Aun así, un tanto presionado por la insistencia del viejito, bajó la mirada un instante. Guillermo pensó que sería una antología de fábulas o algo por el estilo.

—Ábrelo— le ordenó.

Empezaba a sentirse incómodo con la situación, pero lo abrió a desgana.

Y entonces, algo rarísimo sucedió. ¡El libro se tragó a Guillermo!

No podía creerlo. Ahí estaba él, ¡entre un montón de letras e ilustraciones! Intentó gritar, pero nadie lo escuchaba. Intentó salir, pero el papel era elástico como un chicle en un zapato. ¡Estaba atrapado en un libro! ¡Qué clase de broma pesada era ésa!

Los demás personajes lo miraron con cierto interés.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! —gritó Guillermo. Pero los personajes se limitaron a brindarle una mirada de resignación.

Estaba muy nervioso. Corrió un par de veces alrededor de la página, pero al topar con los márgenes rebotaba como pelota en un juego de *pinball*.

Una niña sentada en una enorme "E" lo observaba a la distancia. Al verlo angustiado, saltó desde lo alto de la letra y caminó hacia él.

—No tengas miedo —le explicó—. Tan sólo hay que esperar a ser leídos por alguien.

Guillermo, entre asustado e incrédulo, se puso nervioso.

—¿Y si nadie nos lee? —preguntó tembloroso.

La niña rió un segundo, como si alguien acabara de contarle un chiste. Al ver que Guillermo permanecía serio, le dijo:

—¡Claro que nos van a leer! Unas veces tardan más tiempo que otras, pero al final siempre nos leen. Y entonces, todo es como debería ser.

—Si —dijo Guillermo un tanto escéptico—, pero ¿y si nadie quiere leer ya? ¿Y si nadie viene a la biblioteca? ¿Y si nadie se interesa por este libro?

La mirada de la niña se oscureció, como si se sumergiera en un mar profundo.





—Entonces —dijo ella— estaremos aquí varados, por toda la eternidad.

—¡Pero tiene que haber una forma de salir de aquí! —dijo él.

—No la hay —explicó ella—. Si nos leen, entonces viviremos por siempre en la mente de quien lea el libro. Viviremos, sentiremos, seremos libres. Seremos poderosos. Inmortales.

La niña miró al infinito un instante, como si recordara una sensación pasada.

—Ahora sólo nos queda esperar.

Sin otra alternativa, esperaron sentados junto a las ilustraciones. Dormidos la mayor parte del tiempo. Aburridos. Ocupando un espacio entre las letras.

Y con el tedio de los días sin novedades, pasó el tiempo. Mientras tanto, a Guillermo le salió bigote, le creció vello en las piernas, la voz se le tornó grave como la de su padre. Y él, allí atrapado. Resignado. Perdiéndose sus años de juventud porque nadie, ni un alma, acudía a leer.

Deseó con todo su corazón que alguien viniera a sacarlo de ese limbo inmenso en donde estaba atorado. Se sintió culpable. Culpable por todos los libros no leídos. Por las vidas no liberadas. En sus manos estaba la gracia de hacer vivir a otros como él, atrapados en las páginas. Deseó haber sido más generoso y haberse dado la oportunidad de pasar un tiempo junto a tantos, tantos personajes de historias. Si tan sólo hubiera valorado la importancia del poder de su imaginación. Si tan sólo hubiera sabido, como sabía ahora, que leer no era un acto mecánico, sino el don de dar vida, de crear, de vivir juntos ajenos con la intensidad con que se vive el propio. Si tan sólo lo hubiera comprendido a tiempo.

Y un día cualquiera, sintieron como si temblara la tierra. De pronto, un chorro de luz invadió las páginas. Guillermo escuchó una voz, como si leyeran los párrafos en voz alta. Pero no. Leían en silencio. Sin embargo, podía sentir la fuerza de la lectura. Un cosquilleo le recorrió la nuca, la espalda, la palma de las manos. Sintió como si le dieran de beber un montón de agua fresca tras la peor sed. Las palabras resonaban con tiento en el alma de cada uno de los personajes. A medida

[illegible] etter verzögert. Doch war [illegible] Da packt [illegible]lötzlich ein hef- [illegible] wirft ihn zur [illegible] stöße entsteht ein [illegible] und sofort strömt [illegible] Ballon schwankt einen Augenblick, stürzt dann nieder und wirbelt mächtige Staubwolken auf. Die zahlreichen Zuschauer flüchten nach allen Seiten, Niemand aber war von der kolossalen Masse beschädigt.

Pfeilgift.

E[illegible]dreihundert Jahre, daß [illegible]er Raleigh nach der Entdeckung [illegible]n Guyana Pfeile mit nach Europa zurü[illegible]achte, deren Spitze mit einer Substanz vergiftet war, die er Curare nannte. Dieses Pfeilgift war damals bei den Eingeborenen Südamerika's ganz allgemein gebräuchlich, jetzt muß man sich tief in die Urwälder vorwagen, um den Resten der Urbevölkerung zu begegnen, welche noch die Bereitung des Curare und seine Verwendung kennen. Noch ein Jahrhundert weiter und wahrscheinlich wird die Kenntniß des Curare erloschen sein, theils dadurch, daß die Eingeborenen ausgestorben sind oder sich mit den Einwanderern gemischt haben, besonders aber weil die Pfeile verdrängt sein werden durch Feuerwaffen, die sich schon jetzt durch Tauschhandel mehr und mehr verbreiten.

Das Curare ist eine schwarze, feste, nicht flüchtige Masse mit glänzendem Bruch, welche von den Indianern in Calebassen oder kleinen Thongefäßen mitgeführt wird. In Wasser und allen wässrigen Säften, also auch in Blut, ebenso in Weingeist und manchen anderen Flüssigkeiten ist es löslich, durch Aether und Terpentinöl aber wird aus dieser Lösung der eigentlich giftige Bestandtheil, das Curarin niedergeschlagen und kann dieses auf solche Weise für sich und frei von den Beimischungen und Verunreinigungen erhalten werden. Curarin trocknet zu einer hornigen Masse aus, ist aber sehr leicht in Wasser löslich und behält, man kann sagen, unbegrenzte Zeit seine Giftigkeit. Das Gleiche ist mit dem Curare selbst auch der Fall, und sind daher die damit vergifteten Pfeile in den Sammlungen der Liebhaber von derlei ethnographischen Gegenständen sehr gefährlich und mit äußerster Vorsicht zu behandeln.

Ein Indianerstamm geht nur dann an die Bereitung des Curare, wenn der Vorrath durch Jagd und Krieg erschöpft ist. Ein allgemeines Volksfest ist oft damit verbunden, bei dem die gegohrenen und berauschenden Getränke eine besonders wichtige Rolle spielen. Der ganze Stamm ist alsdann betrunken. Wieder in anderen Fällen ist die Bereitung des Curare Sache der Fetischpriester und geht dann mit den nöthigen Ceremonien unter entsprechenden geheimen Feierlichkeiten vor sich.

Doch alles dieses ist nur von ethnologischem Interesse; allgemeine Thatsache ist, daß das Curare ein reines Pflanzengift ist, welches von verschiedenen Schlinggewächsen der Gattung Strychnos geliefert wird. Sobald in einen Zweig ein Schnitt gemacht wird, fließt ein weißer Milchsaft von großer Giftigkeit reichlich



que la historia cobraba forma en la imaginación del lector y adquiría significado, el libro vibraba. Los personajes comenzaron a pintarse de colores, a sentir, y Guillermo vio cómo esos seres inanimados que lo habían acompañado comenzaban a experimentar sensaciones reales. Reían, lloraban. Se odiaban, amaban. Se liberaban de la esclavitud del silencio.

Guillermo cerró los ojos, y se dejó acariciar por esa voz desconocida retumbando en su interior con la fuerza de un instrumento de percusión. Se dejó envolver. Algo parecido al primer beso. Al primer amor. Aquello, sin duda, fue un soplo de vida.

¡Plaf!

Guillermo sintió que alguien le tronaba los dedos varias veces frente a los ojos.

—¡Eh, muchacho, muchacho! —oyó que le decían.

Abrió los ojos. El viejo de la barba estaba ahí, de pie junto a él, sosteniendo el libro verde entre sus manos.

Guillermo lo miraba con los ojos de par en par. Luego, se palpó el pecho, se miró las manos, se tocó la cara. Era niño de nuevo. En la biblioteca, el tiempo no había pasado.

—¿Estás bien? —le preguntó el viejo.

—Sí, sí… —contestó Guillermo, aturdido. Dudó. No sabía distinguir si había soñado despierto o dormido.

El viejo lo miró fijamente y Guillermo intuyó en sus ojos cierta envidia. Y tras mirarlo con esos ojos que decían “enhorabuena, muchacho, acabas de descubrir el mayor regalo de tu vida”, le dio una palmada en los hombros y empezó a alejarse.

Guillermo lo observó marcharse. Luego permaneció viendo al infinito durante no supo cuánto tiempo. Volvió sus ojos a la estantería. Recorrió con la vista todos aquellos libros y sintió que no le alcanzaría la vida para liberarlos a todos. Escogió uno al azar. Y despacio, sin prisa, pero sin pausa, comenzó a leer.





El jaguar

Óscar Osorio Beristain

Cauto siempre debes ser,
las sierras del Norte
y las selvas chiapanecas
tendrás que recorrer.

Pasos precavidos tienes que dar,
y en alerta deberás estar
por los senderos del magnífico jaguar.



Lucía y Dientes de Perla

Pedro Ángel Palou García

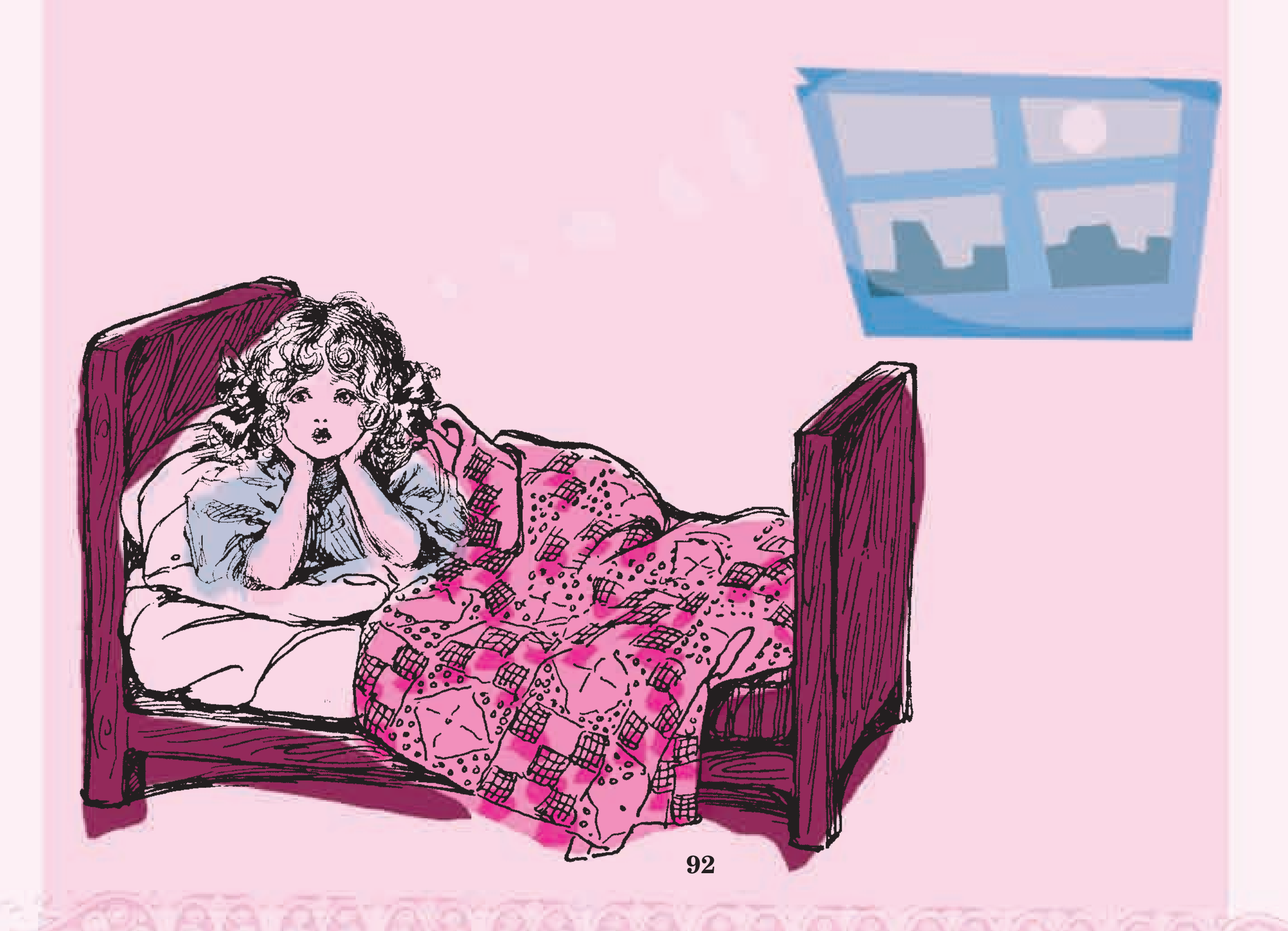
Todas las noches, Lucía se metía muy contenta en su cama, su mamá le daba un beso y cerraba la cortina. Ya con la luz apagada podía ver en su cuarto el reflejo de la luna, blanca y redonda que le hacía compañía.

Pero una noche, su mamá se olvidó de cerrar la cortina y Lucía se asustó mucho: la luna ya no estaba completa ni era redonda como un plato. Todos estaban dormidos. Fue al cuarto de su hermano Andrés y le dijo que la luna estaba rota.

—No, Lucía, no está rota —le dijo el hermano señalándola—, es que se la están comiendo.

—¿Quién puede comerse a la luna?

—El monstruo Dientes de Perla —le dijo su hermano que era muy sabio—, y lo mismo hace con tus dientes si no te los lavas, hasta que se te caen a pedazos, como la luna.





Lucía se regresó a dormir muy triste, pensando qué iba a pasar si a Dientes de Perla le daba más hambre y las noches se quedaran sin luna.

Y así ocurrió. La noche siguiente, la luna estaba más chiquita, el malvado monstruo le había dado una mordidota.

Y la noche siguiente, peor: más pequeña aún, como el pedazo de su uña cuando su mamá se las corta. Una luna que más bien parece un arco. Lucía estaba francamente asustada y se empezó a lavar los dientes todos los días, tres veces.

Volvió a despertar a Andrés:

—Te das cuenta que ya casi no hay luna. Ese Dientes de Perla está muy hambriento.

—Es la única manera de que sus dientes brillen, comer un poco de luna todas las noches, sobre todo si las niñas se lavan los dientes y no tiene cómo alimentarse. Ahora vete a dormir. Mañana saldrá el sol y te habrás olvidado de la luna.

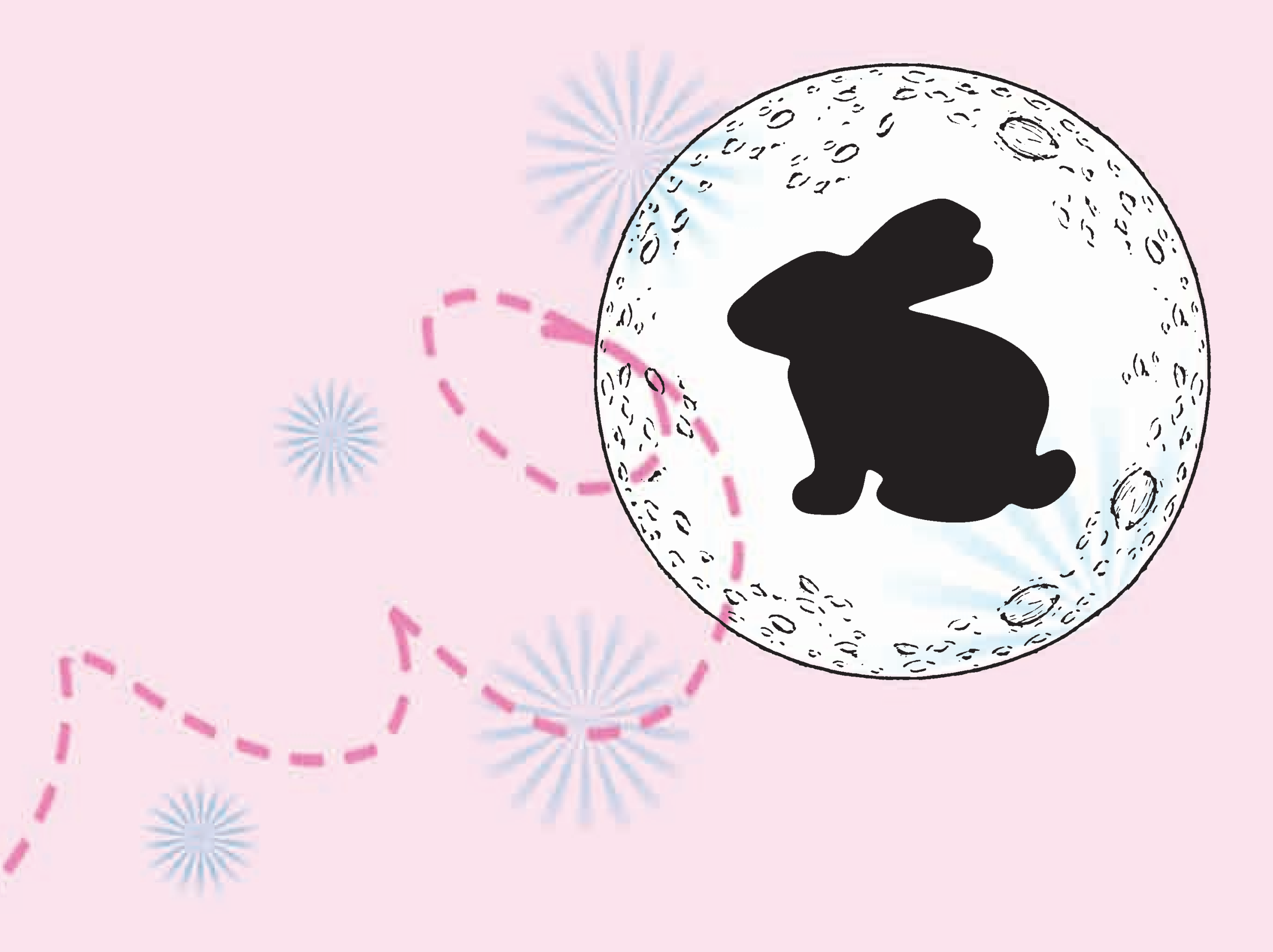
Pero no fue así. La siguiente noche hubo muchas nubes y niebla, y apenas se podían ver las estrellas. Pero eso no era lo peor. Lucía se puso a llorar de tristeza: la luna había desaparecido por completo. El cielo era oscuro y le dio tanto miedo

que no quiso levantarse para ir al cuarto de Andrés. Esa noche se imaginó a Dientes de Perla comiéndose todas las cosas blancas: el inodoro, los platos, el coche de su papá.

Y efectivamente: se levantó tarde, su mamá le dio de desayunar y se le olvidó el tema de la luna hasta que se hizo de noche. Cuando su mamá le daba un beso y se disponía a cerrar la cortina, Lucía le dijo:

—Te has dado cuenta, mamá, que ya no hay luna. Se la comió Dientes de Perla. Poco a poco, como a una blanca galleta, hasta que no quedó nada de luna ni nada de luz en las noches.





Su mamá, que era más sabia aun que su hermano Andrés, le explicó que no existía ningún monstruo Dientes de Perla, que la luna se hacía chiquita y luego grandota, o menguante y creciente, y que cada veintiocho días se volvía redonda y blanca como un plato y a eso se le llamaba luna llena.

Poco a poco, las siguientes noches Lucía fue viendo cómo la luna reaparecía en el cielo de sus noches. Y su mamá tuvo razón: pocos días después se hizo llena, blanca, grande y hermosa, y Lucía fue muy feliz.

Entonces su hermano Andrés le contó otro cuento:

—¿Sabes que en la luna vive un conejo?

—¿Cómo crees?

Entonces Andrés, que seguía siendo sabio a pesar de haberse equivocado con Dientes de Perla abrió su cortina y le enseñó al conejo dibujado en la luna. Y tiene los dientes muy grandes y muy limpios, como los tuyos.

—¡Guau!, es cierto —le dijo Lucía y se quedó viendo sus orejotas dibujadas en el plato. Pero esa es otra historia que algún día te contaré.



La vainilla*

(Leyenda prehispánica)

Cuentan que Xanath, hija de nobles totonacas, célebre por su belleza, vivía en un palacio cercano al centro ceremonial de Tajín.

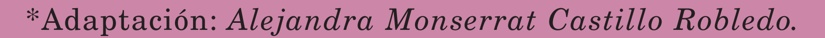
Cierto día en que la joven acudió a depositar una ofrenda al Chac-Mool "Mensajero Divino", encontró a Tzarahuín "jilguero", y surgió entre ambos amor a primera vista.

Tzarahuín era pobre y vivía en una choza humilde, rodeada de tierra fértil en donde abundaban las anonas, las piñas y las calabazas. A pesar de la diferencia de clases, los enamorados se reunían casi a diario, de manera fugaz, cuando el mancebo llevaba al mercado la cosecha de sus siembras.

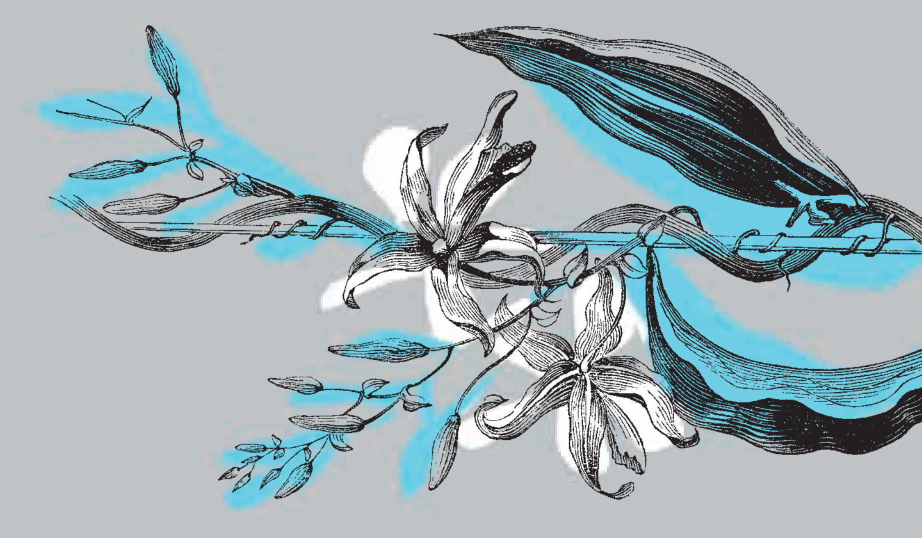
Una tarde, cuando Xanath pasó junto al templo sagrado de los nichos, la sorprendió la mirada penetrante del Señor de la Felicidad, caracterizado por su vientre abultado, la frente rapada y su triple penacho.







*Adaptación: *Alejandra Monserrat Castillo Robledo.*



A partir de ese momento, el dios gordo se dedicó a cortejar a la doncella, quien logró esquivarlo en un principio; sin embargo, el astuto dios encontró la forma de revelarle sus sentimientos pero al ser rechazado, su alegría habitual se tornó en cólera. Entonces amenazó a la joven con desatar la furia en el Tajín si no accedía a sus reclamos amorosos. Aunque la advertencia hizo temblar de miedo a Xanath, no traicionó a Tzarahuín y continuó sus encuentros amorosos con él.

El astuto dios gordo resolvió entonces, ganarse la confianza del padre de la joven para que influyera en el ánimo de Xanath. Para ello, lo invitó a su palacio donde le reveló secretos divinos. Durante el encuentro, éste esperó el momento adecuado para manifestarle al hombre el interés por su linda hija. El Señor de la Felicidad recibió su total apoyo para casarse con ella.

Xanath, obligada por su padre, aceptó una cita con el testarudo dios, la cual resultó fatal, porque después de haber dado otra negativa al Señor de la Felicidad, éste, irritado, lanzó un conjuro sobre la doncella transformándola en una débil planta, de flores blancas y exquisito aroma, que desde entonces se conoce como "la vainilla".

Una buena decisión

Luis Guillermo Silva Rojas

Susana, Carlos y Jaime, eran muy buenos amigos desde hace varios años. Todos iban a la misma escuela y vivían, más o menos por el mismo rumbo. Una tarde estaban en el parque platicando y diciéndose todas las cosas que querían hacer en el futuro. Jaime pensaba en ser un arquitecto reconocido, Susana una exitosa abogada, Carlos deseaba ser biólogo, biólogo marino para participar en los grupos que protegen a las tortugas y otros animales en peligro de extinción.

Esa tarde, el cielo comenzó a tronar como pocas veces lo había hecho en los últimos años, de repente, una torrencial lluvia comenzó a caer sin dar ningún aviso previo. Jaime tomó a Susana de la mano y corrieron para refugiarse en una casa abandonada en lo alto del cerro. Él le dio su suéter para que se tapara la cabeza; ella, tapó su cabello y agradeció a Jaime; Carlos, el más pequeño, corría tras ellos.

Tenían algo de miedo, pues la casa estaba muy obscura. Se estaba haciendo tarde y sus padres los regañarían, pero la lluvia era tremenda, había mucho viento y tenían más miedo de tratar de salir para caminar hacia sus casas. Decidieron, entonces, terminar la plática que habían iniciado en el parque. Platicaron, por horas, de sus sueños y anhelos, aprovechando que la lluvia no dejaba de caer.

La lluvia empezó a ceder. Todo estaba enlodado; sin embargo, aprovecharon para irse. Al llegar a casa de Susana, su mamá la esperaba en la puerta, con un gesto de molestia. Al entrar, en vez de saludarla, Susana recibió un grito… —¿Dónde estabas? —preguntó su mamá—. Seguro nada más jugando en el parque, en lugar de ponerte a estudiar. Pues, ahora te vas a tu cuarto y no vas a volver a ver a esos muchachitos.







Ella que había pasado una tarde maravillosa, platicando sus planes futuros, soñando con ser una gran abogada que ayudaría a las personas, defendería a los justos y castigaría a los delincuentes, fue castigada sin una razón aparente.

Jaime y Carlos, al oír los gritos de la mamá de Susana salieron corriendo hacia sus casas. Cuando llegaron a la casa de Carlos, ahí estaba la mamá de Jaime. Por soñar ser un gran arquitecto, construir grandes edificios, plazas y calles, y salvar a todos los animales, al llegar a sus casas, fueron recibidos de igual forma por sus mamás, a gritos y castigados. ¿Cómo era posible que las tuvieran en esa zozobra? ¿Qué no sabían lo que estaba pasando?

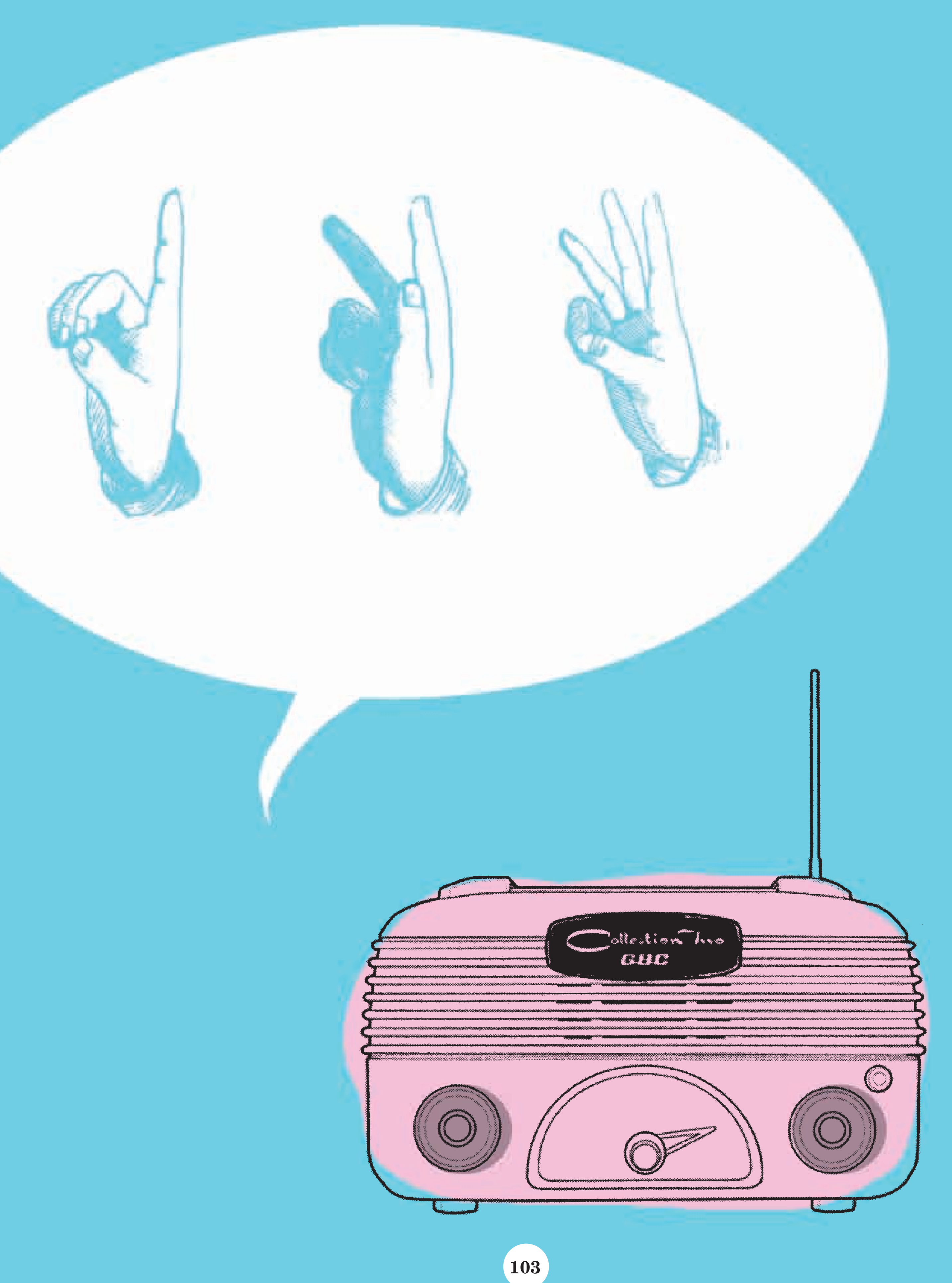
Se suspendieron las clases, muchas personas estaban en alberges, otras estaban desaparecidas. Las madres preocupadas se miraban una a la otra sin saber qué más decirles a los chicos.

Ellos no lo sabían, pero en las noticias de la tarde, habían dado una alerta de huracán. En el lugar donde se encontraban, "Alejandro" había llegado sin previo aviso arrancando árboles y desbordando el río que está cerca de la casa de ambos. Existían más de 10 mil damnificados y cientos de desaparecidos, pues la inundación había arrasado con las casas. Por fortuna, ellos estaban en las partes altas, no se enteraron de eso en el momento. El regaño de las madres fue de preocupación no de desaprobación, y las dos coincidieron en que era importante hablar a la casa de la niña, después de todo era una buen amiga de sus hijos.

Hablaron con ella y le dijeron lo que estaba pasando, coincidieron en verse para saber qué podían hacer; era mejor estar juntos. Encendieron el radio y escucharon las noticias. Estaba una entrevista con algún funcionario, quien hablaba de la importancia de contar con un Plan Familiar de Protección Civil, que funcionaría, siempre y cuando los niños estuvieran en sus casas.

Los llamaron a la cocina y les dijeron que no querían gritarles: —ustedes son los más importante pasra nosotras, es que sentimos mucho miedo de perderlos, todo está tan horrible— dijo la mamá de Susana y todos se abrazaron.

Armida, mamá de Carlos, les dijo que habían escuchado en el radio que se debían seguir cuatro pasos para determinar el Plan Familiar: “Detectar y reducir los riesgos”, fue bueno que se metieran a la casa abandona por la lluvia, pero había otros riesgos, estaba sucia, se podían rasgar con algún clavo oxidado y eso era tan peligroso como la lluvia. Otra vez, la tristeza los invadía. Paso dos: “Diseña rutas de evacuación” o sea, por dónde salir y hacia dónde dirigirse. Era cierto que la casa abandonada tiene muchos peligros, pero hoy había sido un buen refugio. Porque el tercer paso es “Tomar una buena decisión” y, dadas las circunstancias, los niños habían tomado una buena decisión.


Collection Two

Breve escena fraternal

Carmina Narro



—Un día, mi mamá dijo que antes de que nosotros naciéramos ella tenía pesadillas despierta.

—Sí.

—La estábamos espiando.

—No la estábamos espiando, ella lo dijo y no sabía que estábamos ahí.

—Lo bueno es que contigo y conmigo se le quitaron. Eso dijo.



—¡Y ahora sus pesadillas somos nosotros!

—Ya no te rías.

—Tú también te estás riendo. Hasta mi mamá se rió. Ya déjame mis chinos.

—Entonces hazte para allá. No respetas mi espacio. Dile, má.

—Un día le preguntamos por mi papá y se puso triste.

—No se puso triste.

—Sí se puso triste.

—¿Ya ves?

—Yo vi que un poquito. Siempre me quiere llevar la contra y tú le das la razón, má.



—Nos dijo que no todas las familias tenían que ser iguales.

—Porque nuestra familia es mi abuela, mi tía y mi mamá.

—Mis tíos y primos. Mi otra tía...

—Que todos somos diferentes y por eso nuestras familias también.

—Eso no lo dijo.

—Pero así es, ¿verdad, má? Así como nosotros, yo tengo los ojos cafés y tú azules, y yo no tengo chinos güeros.

—Y como somos tan distintos por eso a los dos nos quiere igual.

—Porque lo que tiene uno, no lo tiene el otro y así.

—Ajá. Ahora tú hazte para allá.

—¿Esto es un interrogatorio?
—No, ella es trabajadora social, no policía.
—Ya me aburrí.
—No queremos otra familia.
—Queremos a la nuestra como está.
—¿Ya nos podemos ir?
—Sí, ya queremos irnos a jugar.



Fusiles y muñecas (Fragmento)

Juan de Dios Peza

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen en juegos tan humanos
que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
y monta en una caña endeble y hueca,
besa Margot con labios de granado,
los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas
y alegres sueñan en tan dulces lazos;
él, que cruza sereno entre las balas;
ella, que arrulla a un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
el kepis de papel sobre la frente,
alienta el niño en su inocencia grata
el orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
que en este mundo que su afán recrea,
son como el suyo todos los fusiles
con que la torpe humanidad pelea.





Que pesan poco, que sin odios lucen,
que es igual el más débil al más fuerte,
y que, si se disparan, no producen
humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh, misteriosa condición humana!
Siempre lo opuesto buscas en la tierra;
ya delira Margot por ser anciana,
y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándoles jugar, me aflijo y callo;
¿cuál será en el mundo su fortuna?
Sueña el niño con armas y caballo,
la niña con velar junto a la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
la niña arrulla a su muñeca inerme,
y mientras grita el uno: Fuego, Fuego,
la otra murmura triste: Duerme, Duerme.

¿Uno o varios Pípilas?

Carlos Alberto Reyes Tosqui



Durante la guerra de Independencia, la ciudad de Guanajuato fue ocupada por las tropas insurgentes, y entre los soldados de Hidalgo se contaba la hazaña de un hombre del pueblo, de origen mestizo que trabajaba en alguna de las muchas minas que había en los alrededores, y a quién todos llamaban *El Pípila*; el cual, había amarrado sobre su espalda una enorme piedra para protegerse de las balas enemigas, mientras que en una de sus manos, llevaba una antorcha con la que logró encender las puertas de la Alhóndiga de Granaditas, lugar donde se guardaban las cosechas, y en donde se encontraban escondidos los españoles que vivían en la ciudad.

Esta valerosa acción que realizó, poniendo en riesgo su vida, permitió a Miguel Hidalgo apoderarse de la ciudad. Sin embargo, algunos historiadores han puesto en duda la existencia de este singular personaje. Existen diferentes versiones acerca de su existencia. En 1901, un periódico de Guanajuato, publicó una carta firmada por un norteamericano, en la que aseguraba que el auténtico *Pípila* se llamaba José María Barajas. En dicha carta, proporcionaba más datos sobre él. Afirmaba que había vivido en el pueblo de Dolores y que había participado en la independencia desde el Grito: también decía que en 1867, Benito Juárez lo había invitado a la Ciudad de México, y que el propio Maximiliano le había rendido honores y le había asignado una pensión. Finalmente, aseguraba que ese *Pípila* había quedado ciego y que acababa de morir recientemente.

Ante esta versión, algunos historiadores se dieron a la ta-

rea de investigar más sobre la vida del *Pípila* y descubrieron que su verdadero nombre era Juan José Martínez. Lograron dar con su viuda, la cual, contó que aun vivían dos amigos de su esposo, y estos, a su vez, proporcionaron testimonios de la heroica participación de Juan José en la acción de la Alhóndiga de Granaditas, pero sin lograr aportar otro tipo de prueba que sus propias palabras.

Los historiadores Carlos María de Bustamante –partidario de los insurgentes– y Lucas Alamán –partidario de los realistas–, quienes vivieron durante los años que duró la guerra de



Independencia, cuentan que fueron varios los que, protegidos por losas, prendieron fuego a las puertas del edificio de Granaditas. Las fuentes históricas más recientes concluyen que el verdadero *Pípila* fue Juan José Martínez y que, probablemente, después de su acto heroico, otros valientes siguieron su ejemplo. Quizás si hubo más de un *Pípila*, pero el mérito y el reconocimiento debe atribuirse a quien decidió incendiar las puertas de la Alhóndiga, y lograr, con ello, uno de los principales triunfos del ejército insurgente comandado por Miguel Hidalgo.



Un lío morrocotudo

Ignacio Padilla

El pueblo de Juan tiene un problema, un problema morrocotudo. Piensan que han vencido al gigante. A nadie se le ha ocurrido que el cuerpo muerto del gigante es aún más peligroso que el gigante cuando estaba vivo.

La gente en el pueblo está demasiado ocupada para darse cuenta de que el cuerpo del gigante es un estorbo. Han organizado una gran fiesta para celebrar que el pequeño Juan mató a aquel monstruo enorme. Apenas recuerdan hoy los días terribles en que el gigante los amenazaba. Ya nadie quiere pensar en el miedo que les daba mirar el castillo del gigante entre las nubes. El monstruo no volverá a asustarlos, su sombra no desatará huracanes. Ya no habrá que entregarle vacas para saciar su apetito. No tendrán que esconder a los niños ni escapar a la montaña cada vez que al gigante le dé por bajar al pueblo en busca de comida.

La música de la fiesta no permite a nadie percibir el sonido de las ratas que se acercan al cuerpo del gigante. Sólo Juan, el pequeño héroe, comienza a percibir el peligro. Se asoma inquieto a las ventanas del salón y mira el cuerpo enorme de su víctima. ¿Quién moverá de ahí al gigante? ¿Qué pasará cuando el corpazo del gigante empiece a oler mal? ¿Cómo podrán huir de su sombra y se su carra horrible y gigantesca?

Junto a Juan todos bailan. Sonríen las muchachas, que se acercan para ver la medalla que le ha colgado del alcalde al cuello. Lo soldados lo abrazan, los viejos le dan las gracias. Pero Juan apenas sonríe. Sabe que el cuerpo del gigante es un enorme problema. Vuelve a mirar por la ventana y casi puede ver el cuerpo gigantesco en mitad de la plaza.

Mañana todos despertarán cansados de la fiesta. Mañana notarán la peste en el aire y entenderán que el cuerpo del gigante ha empezado a oler mal y que es su nuevo enemigo.



¿Qué harán con él? Buscarán a Juan, pero Juan ya habrá corrido a las montañas. ¿Qué harán con el cuerpo del gigante? ¿Cómo evitarán que contamine el pueblo? El alcalde pensará en dinamitar el cuerpo. Lo rellenarán con dinamita y lo harán estallar. No sabe que sobre el pueblo entonces lloverán pedazos podridos de gigante. Juan, en la montaña, no podrá evitar que lo aplaste el pulgar enorme de su antiguo enemigo.

Pátzcuaro… entrada al cielo

Mariana Tenorio Pita

De norte a sur, y de este a oeste, México es un país de gran diversidad geográfica, cultural y lingüística; con selvas tropicales, zonas desérticas, sierras nevadas, mesetas, llanuras costeras y playas interminables. Por todo el mundo existen lugares que, por su historia, cultura, arte y paisajes, en algún momento de nuestra vida, deseamos conocer; sin embargo, al pensar en ellos podemos no darnos cuenta de que aquí mismo, en México, gozamos de bellos y apasionantes lugares que tal vez personas de otros países desean conocer.



Un lugar, del cual me siento orgullosa es Pátzcuaro, es decir, la más antigua ciudad de los purépechas, y de la cual es originaria mi familia. Esta ciudad fue fundada alrededor del año 1300 por Curatame, y tiempo después, convertida por el rey Tariácuri en uno de los centros ceremoniales más importantes. Así es como las primeras ciudades que se fundaron en Michoacán se ubicaron en las riberas del Lago de Pátzcuaro, y cuyos restos aún pueden observarse en Tzintzuntzan e Ihuatzio.

Actualmente, la rivera del lago, está integrada por cinco islas: Janitzio, *La Pacanda*, Jarácuaro, Yunuén y Tecuén, de las cuales Janitzio, que es la mayor, puede observarse desde lejos, ya que en su parte más elevada se encuentra un monumento de 40 metros de altura en memoria de José María Morelos y Pavón, misma que conserva en su interior un mural pintado por Ramón Alva de la Canal, donde fue inmortalizada tanto su vida, como sus ideales por mejorar las condiciones sociales de mujeres y hombres de su época.

Me emociona saber que Pátzcuaro es cuna de mujeres heroicas, como lo fue Gertrudis Bocanegra de Lazo de la Vega, quien sirvió a la causa de los insurgentes, motivo por el cual fue apresada y fusilada.



Para mi familia es importante que todos los que formamos parte de ésta conozcamos nuestras raíces, por ello, mi bisabuela me plática frecuentemente historias de cuando sus abuelos habitaron esas tierras; de la historia de la Casa de los Once Patios, donde Vasco de Quiroga fundó en 1540 el Hospital de Santa Marta y, en la actualidad, es un centro artesanal, donde se exhiben y venden tejidos, lacas y otros trabajos típicos de la región; de cómo se ha conservado cada receta de cocina y ésta ha perdurado como un tesoro familiar; de cuál es el origen del nombre de nuestro pueblo: ella dice que existen varias versiones sobre su significado, como “lugar donde se guarda algo”, “lugar donde se tiñe de negro”, “lugar donde tiñen” “lugar de petázuecua (piedra), para asiento de cués”; “lugar de cimientos”, “lugar de espadañas”, y “lugar de alegría”, entre otros.

También conmemoramos fechas, que si bien para algunas personas puede representan un día de asueto, para otros significa la oportunidad para recordar aquellos hechos históricos que han marcado tanto la vida de nuestro país como la propia; por ejemplo, yo he podido ser testigo de cómo la noche del día 1 al 2 de noviembre, el cementerio de la isla de Janitzio se convierte en un impresionante y misterioso centro ceremonial, sembrado de cientos de velas y cirios que brillan en la oscuridad para rendir homenaje a los muertos, ante la alegría, el esplendor, la belleza y el colorido de sus paisajes.

En fin, mi bisabuela piensa que conocer todo esto constituye una forma de identificarnos con nuestro pasado, para así poder proyectarnos hacia un mejor futuro sin olvidarnos de dónde venimos, pues la historia de una nación se construye con logros colectivos y conciencia individual.

Creo que México es un país al que muchos creemos conocer, pero del cual, a veces, sabemos poco.



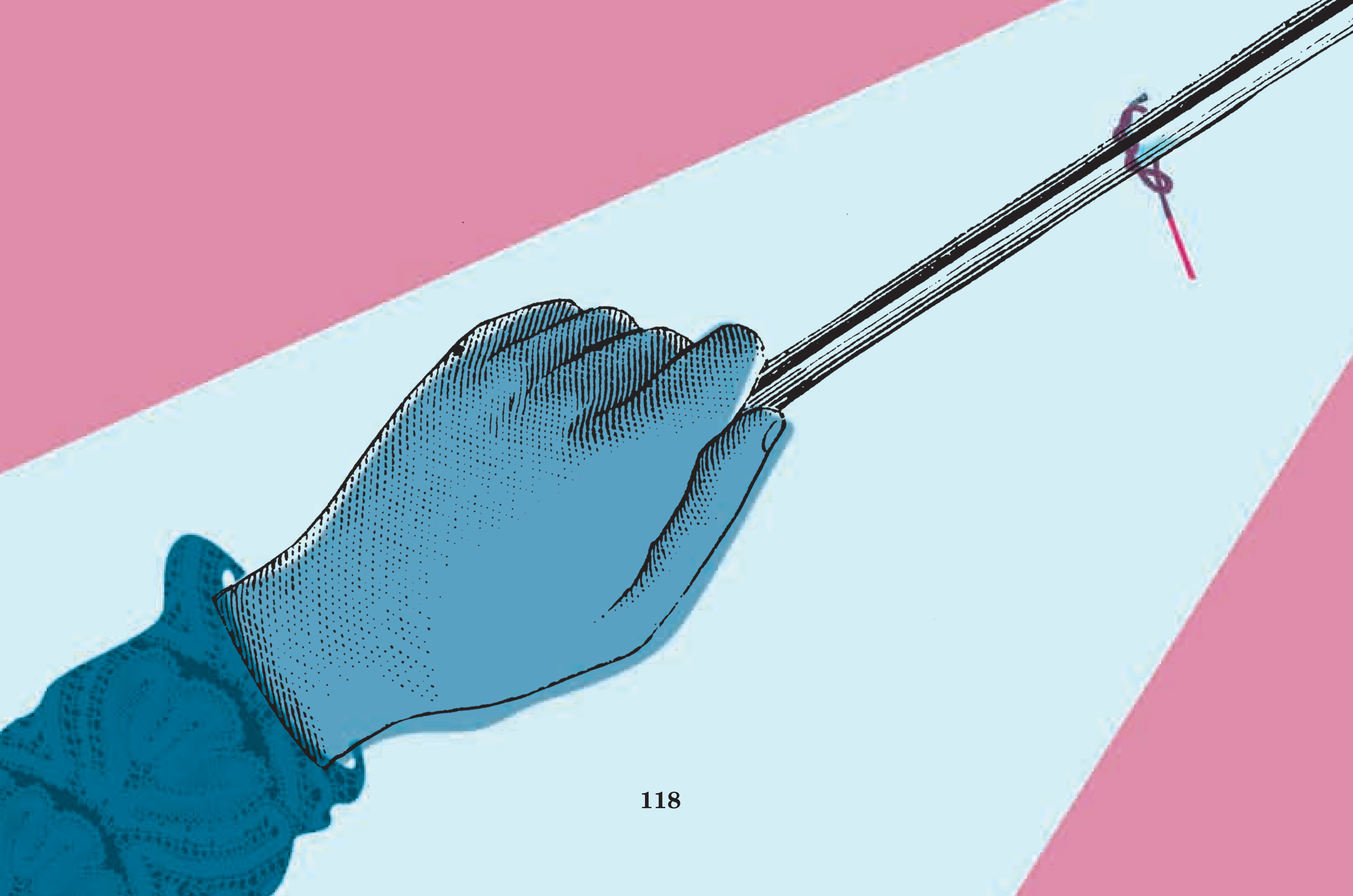
El sol

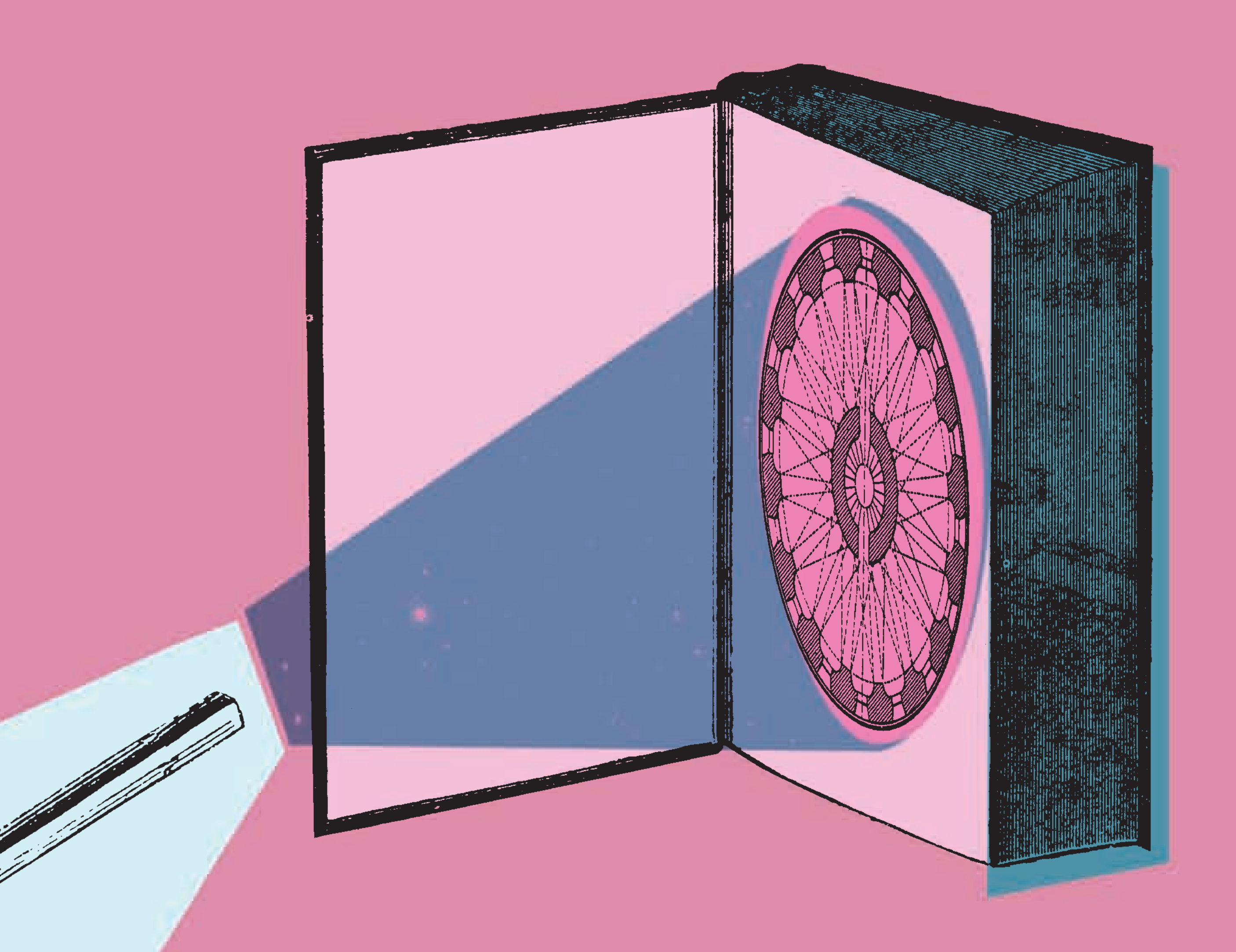
(Teatro guiñol)

Israel Huesca Guillén

Narrador: Hace muchos, muchos años, existían dos brujas muy poderosas, una de ellas llamada Arquilia la bruja buena (que vivía en Oriente) la otra llamada Meterrenda la bruja mala (que vivía en el Poniente); una siempre buscaba la forma de que el Sol se metiera y no saliera más, la otra, creaba hechizos continuamente para que el sol saliera de nuevo. De esta forma, los días y las noches tenían un lugar en nuestro planeta. Hasta que un desafortunado día…

Meterrenda: Acabo de encontrar el libro donde está el hechizo perfecto, con él voy a lograr que no salga el sol nunca más ¡ja, ja, ja, ja, ja! Con suerte tengo todo lo necesario: cuerda hecha con pelo de topo y tlacuache, sangre de murciélago y saliva de lémur. (La bruja busca en los anaqueles cada uno de los componentes de la pócima y actúa).





Narrador: La bruja mala unió la cuerda a su varita con un pegamento preparado con la saliva y la sangre, y lo ató con un nudo cabeza de turco; con esto, el hechizo lanzado tuvo un efecto irreversible.

Meterrenda: Con este hechizo, el planeta entero permanecerá en tinieblas, y se los advierto a todos los habitantes del mundo… jamás volverán a ver la luz del día. ¡Será horrible! ¡CHINCHUMALE CHIMICHURRA QUE EL ESPECTRO DE LA OBSCURIDAD CUBRA TODA LA TIERRA PARA QUE TODA LA GENTE SE ABURRA!

Narrador: Piensen, niños, si llegara a pasar esto sería la peor catástrofe jamás vista. Las plantas comenzarían a morir por falta de luz, los animalitos también morirían por no tener alimentos, los seres humanos también empezarían a desaparecer y las pocas especies que lograran sobrevivir serían víctimas del intenso frío por la falta del sol.

Santi: ¡Qué horror! ¿Qué va a pasar con nosotros? Sofi, Sofi… Estoy muy asustado con esta oscuridad, este frío y todo lo que está sucediendo.

Sofi: Seguramente, la bruja Meterrenda tiene que ver en esto.

Santi: Entonces hay que ir en busca de la bruja Arquilia, que vive en el oriente; ella sabrá cómo solucionarlo. (Caminata extenuante).

Narrador: Con muchos problemas, Sofi y Santi lograron encontrar el sitio donde habitaba la bruja Arquilia.

Le expusieron sus preocupaciones.

Arquilia: Ya los estaba esperando, ya sé a que vienen; quiero decirles que el hechizo de esa malvada bruja es muy poderoso, la única manera que hay para deshacer el hechizo es cambiar su varita mágica por ésta otra que es igual que la suya, sólo que cambia sus hechizos malos por buenos cada vez que los use.

Sofi: ¿Entonces tú lo puedes hacer?

Arquilia: (Sollozando) Realmente no puedo ayudarlos porque si me acerco demasiado al poniente, pierdo mis poderes, pues mi sitio es en el oriente y si salgo de aquí moriría fácilmente.

(Salen todos de escena y entra Meterrenda)

Narrador: Mientras tanto, la bruja Meterrenda disfrutaba de sus fechorías.

Meterrenda: ¡Ja, ja, ja! Soy tremendamente mala, soy malísima, nadie podrá conmigo. (Sale Meterrenda y entran los niños y bruja buena)

Santi: Sólo dinos qué es lo que tenemos que hacer y ten la seguridad que haremos lo imposible por lograrlo.

Arquilia: Con tan sólo ver su cara, sé que lo podrán lograr, tomen este amuleto de garra de pantera que les ayudará con su misión. (Caminan de regreso más cansado).

Narrador: Con muchos problemas por el frío y la escasez de alimentos, por fin llegaron a la cueva del poniente donde dormía Meterrenda; con la ayuda del amuleto garra de pantera Sofía y Santi se podían convertir en piedra y esperar el momento más oportuno.

Santi: Con cuidado, Sofi, no nos vaya a escuchar (Los niños temblando de miedo y hablando con susurros).

Sofi: Aquí, convertidos en piedra esperaremos a que la malvada bruja se quede dormida entonces…

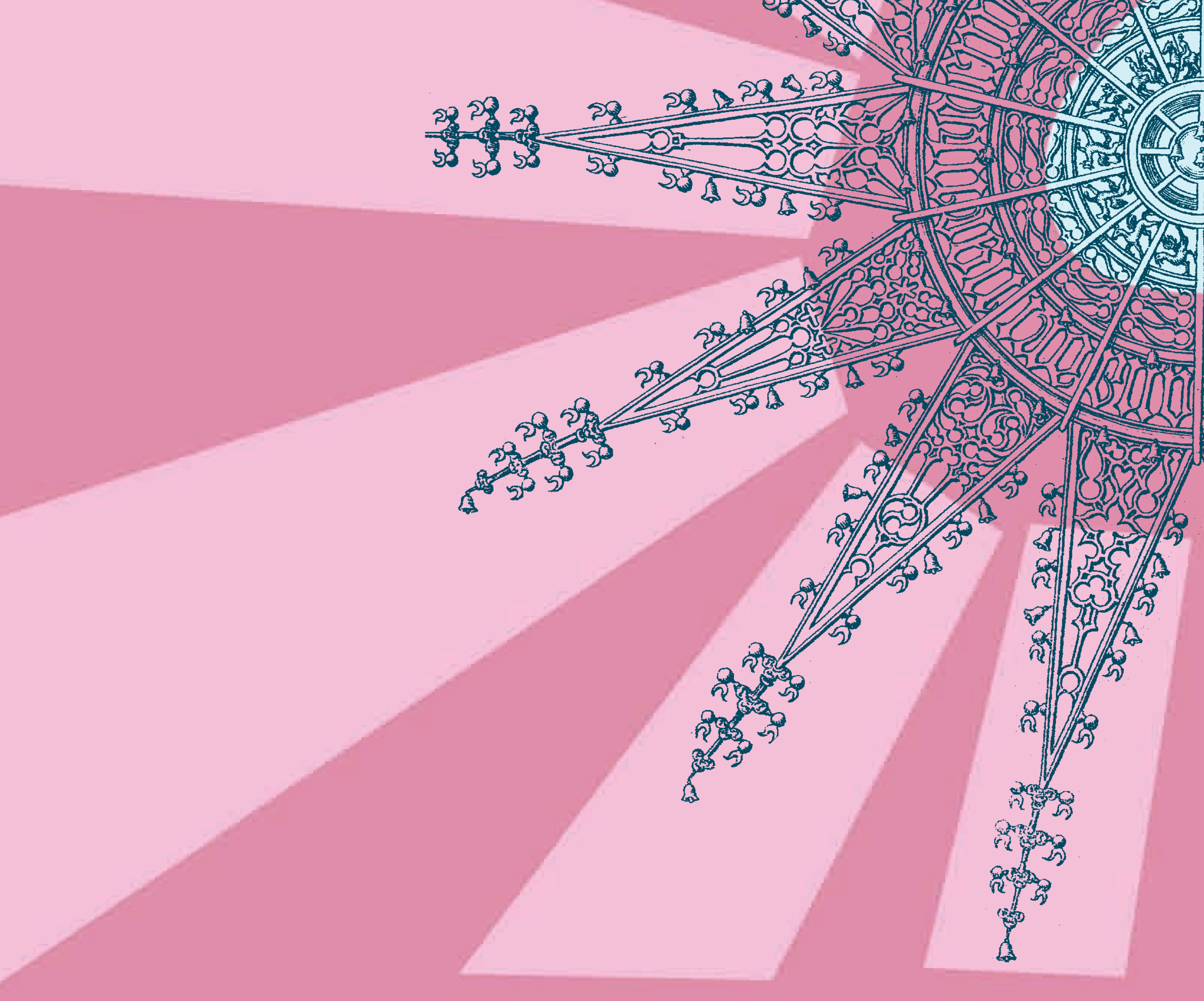
Entraremos en acción y le cambiaremos su maléfica varita por la varita llena de virtudes.

Santi: Ahora es cuando debemos cambiar la varita. Con cuidado, Sofi, ¡con cuidado!

Sofi: Me tropecé, corre, corre que ya despertó la bruja. (Acción congelada)

Narrador: Con mucho, pero mucho cuidado, lograron cambiar la varita de la bruja; todo hubiera salido perfecto de no ser porque uno de los niños tropezó e hizo que despertara la malvada bruja y todos salieron huyendo del lugar con la varita de la bruja en su poder. Meterrenda, furiosa, tomó la varita entre sus manos, que no era la suya, y lanzó el peor de los hechizos que se le pudiera ocurrir; como era de esperarse, el hechizo lanzado no tuvo el efecto que la bruja hubiera querido y lo único que consiguió fue ayudar a regresar a los niños instantáneamente a su lugar de origen, sanos y salvos.





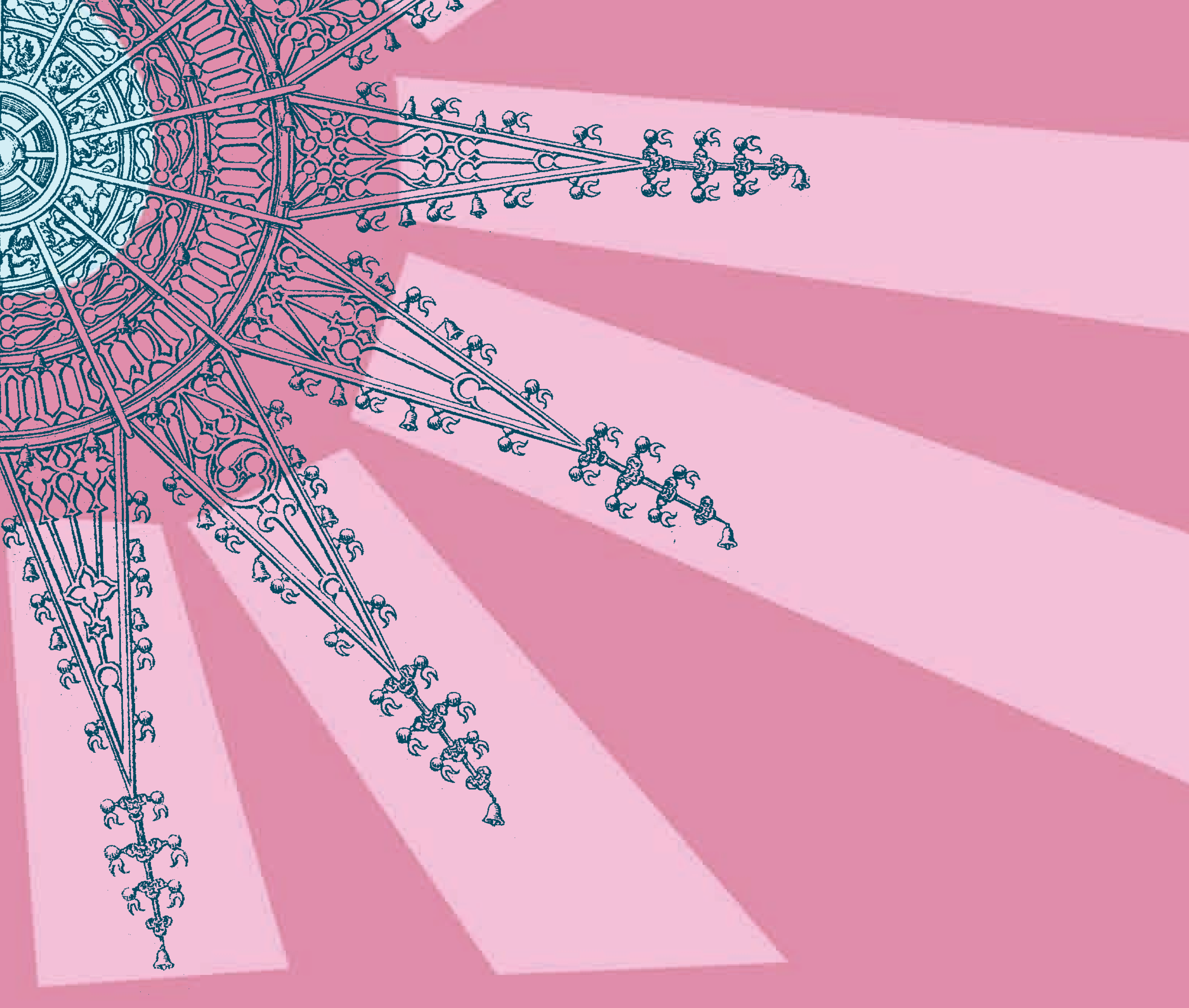
Meterrenda: (La bruja enfurecida grita) ¡¿Quién osa despertarme?!, ¡qué hacen aquí estos chamacos chachalacos?! ¡Lo pagarán muy caro!: Hechizo SAPOS, ARAÑAS Y LOBOS TOMEN SU MERECIDO TODOS.

Santi: Funcionó, funcionó, la bruja cayó en la trampa. Nos ayudó con su hechizo y ni cuenta se dio.

Sofí: ¡Viva! ¡Viva! (se abrazan).

Narrador: La bruja mala, furiosa subió a lo más alto de la montaña y lanzó nuevamente su maléfico hechizo para que por ningún motivo volviera a salir el sol.

Meterrenda: ¡CHINCHUMALE CHIMICHURRA QUE EL ESPECTRO DE LA OBSCURIDAD CUBRA TODA LA TIERRA PARA QUE TODA LA GENTE SE ABURRA!



¡¿Pero qué pasa?! ¡¿Por qué se está cambiando todo?! ¡Ésta no es mi varita, me la cambiaron, quise acabar con el sol y lo único que conseguí fue que saliera de nuevo, y esta vez para siempre! (Grito escalofriante y con la luz del sol se desintegra la bruja. Muere)

Narrador: Toda la gente bailó y cantó de gusto por el acontecimiento, todos los seres vivos del planeta.

Poco a poco se recuperaron y poblaron nuevamente la Tierra; la vida en general volvió a la normalidad. Desde ese momento, mucha gente festeja y celebra simbólicamente con una fogata, tan importante suceso. Por eso, en los campamentos, también se canta y baila alrededor del fuego, que simboliza el sol, en la noche oscura.







Camila y Mila

Guadalupe Loaeza

Me llamo Camila, tengo ocho años y estoy algo gordita. Mi mamá es muy flaca, por eso me cae híper gorda porque siempre está diciendo a sus amigas que si estoy tan “llenita” es porque salí a la familia de mi papá. Lo que pasa es que dos de mis tías y mi abuelita, la verdad es que ellas sí están obesas. Mi tía Susana, la más panzona de las dos, un día rompió una silla de la sala y me echó la culpa que porque yo la había aflojado antes. Ella también me cae gordísima.

Lo que más me gusta en la vida es ver tele, sentada en la cama, junto con mi amiga que se llama Mila. Nos gusta verla rodeadas de todas mis bolsitas de dulces, galletas, chocolates y papas. Todo esto lo compro en la tienda de la esquina, porque en la escuela ya no venden las cosas que me gustan, que según porque hay un montón de adultos y niños gordos en México. ¿Y qué tiene de malo estar un poco gordita? Ni que fuera pecado. Nadie le reza a Dios para ser flaca. Él quiere a todos por igual, a las gordas, a las esqueléticas, a las chaparras, a las altotas y a las flaquitas, como Mila. Mi amiga y yo tenemos un secreto: para que ella no engorde, como por ella. Por eso siempre me sirvo el doble de todo. Pero a veces Mila tiene tanta hambre que tengo que comer por tres. El otro día me dijo: “Oye, Camila, ya no cabemos en la cama”. Y eso que estaba hasta la mera orillita, por poco y me caigo. “Ay, Mila, yo creo que necesitamos una camota como la de mis papis”, le dije. Empezó a reírse a carcajadas. Creo que se oían hasta el cuarto de las muchachas. “Shhhh, Mila, ya cállate, porque vas a despertar a los perros, al velador y hasta los vecinos”, le dije. Pero ella seguía con sus carcajadotas. Después me dijo con su voz como la de una chica de telenovela: “Tengo hambre, me muero de hambre. No seas malita, ¿me traes algo de comer?”

Como no me dejaba dormir, me paré y me fui a oscuras hasta la cocina. No veía nada de nada. Y como si fuera una cieguita, abrí la despensa, busqué la caja del cereal azucarado, un paquete de galletas de chocolate, una bolsa de papas fritas y otra de cacahuates japoneses, que siempre tiene mi mamá para las visitas. Cuando llegué a mi cuarto, Mila ya me estaba esperando sentada en la cama. Tenía cara de hambrienta. Me senté a su lado, y empecé a comer y a comer por ella. Comí tanto que hasta me dolió el estómago y ya no me podía dormir, porque me apretaba el resorte del pantalón de mi piyama. Además, mi colcha estaba toda llena de migajas. “Mila, Mila, ayúdame a limpiar la cama”, le pedí, pero mi amiga ya estaba dormidota. Esa noche tuve una pesadilla. Soñé que todas las sillas de la sala de mi casa estaban rotas y que mi mamá me gritaba: “Tú las rompiste por gorda, por godinflona y por timbona, no hay silla que te aguante. Eres igualita a tu tía Susana. Nadie te quiere por gorda”. Cuando me desperté, le pregunté a Mila si ella me quería y me dijo que sí. “¿Verdad que mi mamá es una bruja?”, le pregunté. Me dijo que sí.

Mi papá siempre me lleva a la escuela. Aunque mi lonchera está llena, guácala, con puras jícamas, pepinos y zanahorias que nunca me como, siempre me da dinero para que compre lo que quiera en el recreo. Yo quiero mucho a mi papi. También a él le gustan mucho los postres, por eso tiene un poquitito de panza, que se le nota mucho. A veces me invita a comer hamburguesas y me deja pedir todo, todo lo que yo quiera. Él también pide una doble, dos conos de papas, dos cocas (los dos odiamos el agua, guácala) y helado cubierto de chocolate. “Nomás no le digas a tu mamá”, siempre me dice con sus cachetes llenos de papas fritas. Él es el único que sabe de mi amiga invisible. Hasta me pregunta: “¿Cómo está Mila?” A él es al único que le cuento cómo me molestan en la clase. “Ay, papi, hay

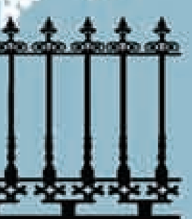




muchos niños que siempre me andan pegando. Se burlan de mí y me llaman la Gordis, la Tetona, la Inmensa Bola de Manteca, IBM”. En la escuela hay otros niños gorditos, pero con ellos nunca se meten. Nada más me insultan a mí. Dice mi papá que no les haga caso. Pero entre menos les hago caso, más me empujan, más esconden mi mochila, más me patean y más se ríen de mí. El otro día los acusé con la *miss* y en vez de regañarlos a ellos, me regañó a mí. “Si fueras flaquita, nadie se metería contigo. Deberías de ir con el psicólogo de la escuela. Voy a ha-

blar con tu mami”, me dice todo el tiempo. Creo que mi mamá también le cae muy gorda, porque nunca la llama. Le pregunté a la *miss* qué era eso de psicólogo y me contestó que era un doctor que curaba los traumas que tenían algunos niños. Dice Mila que la que debería de ir con ese doctor es mi mamá.

Si yo fuera con ese doctor, le contaría lo que me pasó el domingo. Estábamos Mila y yo solas en la casa viendo la tele, mi serie favorita que me pone a cantar y a bailar. Mis papis habían ido a dejar a mi abue (la gorda) a su casa. Esa tarde, Mila tenía mucha hambre, así es que me acabé, yo solita, una bolsa grandota de chocolates. Comí tantos chocolates que me empecé a inflar y a inflar. Parecía un globo gigante de gas. Entonces, poco a poco, me fui elevando hasta topar con el techo. Híjole, de repente que vi que la ventana de mi cuarto estaba bien abiertota y, como había un poco de viento, yo globo, comencé a dar de brinquitos, hasta salir y elevarme al cielo. “Mila, ¿dónde estás, Mila?”, le gritaba como loquita, pero mi amiga invisible no me escuchaba porque estaba muy fuerte la tele y ella estaba muy interesada en quién llegaría a la final del concurso. Y volando, y volando, y volando, me atoré en las ramas de un árbol de la tercera sección de Chapultepec. Desde ahí, veía todo el tráfico, las colas gigantescas de coches. “A lo mejor veo el de mi papi”, pensé. Pero jamás vi uno color gris plateado. Lo que sí vi fue cómo se metió el sol, cómo se prendían las luces de la ciudad y cómo salió la luna. Comencé a tener hambre. “¿Por qué no te comes una manzana del árbol, que no ves que es un manzano?”, escuché que me decía la voz de mi amiga invisible. “Mila, hasta que apareces. ¿Por qué no me salvaste cuando te llamaba a gritos?”, le pregunté con un nudo en la garganta. “Estaba viendo la tele, ¿sabes quién ganó en el concurso de la tele?” A mí no me importaba quién había ganado el concurso, lo quería era que me bajara del árbol e irme a mi casa. “Primero, escúchame y luego te ayudo a bajar. Esas manzanas que están en las ramas, no



son de decoración, son manzanas de verdad, son muy ricas. Te puedes comer las que quieras. No engordan", me dijo Mila. Como ya tenía mucha hambre, arranqué una y me la comí. Yo creo que no comía una manzana desde que me daban papilla. Me gustó. Comí otra y luego, otra, hasta que se me quitó el hambre. "Te ayudo a bajarte del árbol si me prometes que, a partir de ahora, en lugar de dulces y chocolates, comerás frutas y verduras. Debes prometerme también que te olvidarás de los refrescos y que beberás agua. Y por último, prométeme que harás ejercicio y te meterás a clases de natación." Era muy raro que Mila me estuviera diciendo exactamente lo mismo que me decía mi mamá. A lo mejor tuvo miedo de que la acusara con el doctor que cura traumas, porque es ella la que me hace comer. Yo ya quería bajarme del árbol, por eso le dije que sí a todo. De repente, poco a poquito, el viento me llevó hasta mi casa, me metió por la ventana de mi cuarto y me instaló sobre mi cama. Por primera vez, después de haber cenado nada más tres manzanas, me sentí mucho más ligerita. Creo que empezaba a perder peso. "Camila, apaga la televisión y ya duérmete", me dijo desde su cuarto mi mamá. Obedecí. Me puse mi piyama y me acurruqué al lado de mi amiga. "Mila, ¿verdad que tú y yo estamos a dieta?", le pregunté. No me contestó.

Al otro día me desperté muy tempranito y, de repente, me di cuenta de que Mila ya no estaba allí y que en su lugar había dos manzanas rojas, una botellita de agua y una tarjetita que decía: "Buena suerte con tu dieta".




"Buena suerte con tu dieta".

Para ser grande

Israel Huesca Guillén
Ana Frida Monterrey Heimsatz

Sentado en la sombra del majestuoso encino de afuera de la casa, descansaba recostado con las manos en mi nuca y mis piernas cruzadas. Con los ojos cerrados, imaginaba que era un gran futbolista y que en el estadio todos me aplaudían —¡Óscar, Óscar!, ¿qué haces ahí tirado?— me habló mi mamá Pelanchita, como le decía a mi abuelita paterna, —¿qué no quieres ser grande?, ¡para eso tienes que trabajar mucho!—. Eso me lo repetía mamá Pelanchita desde que tenía 6 años y siempre pensaba en ello. Al principio me preocupaba muchísimo no ser grande, pues siempre fui de los primeros en la fila porque era de los más bajitos en mi grupo. Creo que se debía a que mis dos padres eran bajitos también, de hecho mi mamá Pelanchita era todavía más bajita que mi mamá. Me angustiaba la situación de no ser grande por no trabajar mucho, como me decía mi abuelita.

Cuando terminé tercer grado de primaria seguía siendo muy bajito, pero ya no me preocupaba tanto; ahora entendía mejor a lo que mi abuelita se refería cuando me decía lo de ser grande. Creo que hablaba más bien de otro tipo de grandeza, que no es la física.

Un día de tantos en que regresaba de jugar con mis amigos, me puse a hacer la tarea y me acosté boca abajo, apoyándome en mi panza que había crecido considerablemente en mi reciente año de vida, y me dediqué un rato a mirar la tele. —¡Niño!, otra vez estás sin hacer nada, ya te he dicho que para ser grande tienes que trabajar mucho— me dijo mi abuela como solía hacerlo.

Mi mamá Pelanchita sabía de lo que hablaba, pues había trabajado muy duro toda su vida en el campo; gracias a su gran esfuerzo y al de mi abuelo, nosotros teníamos más tierras y vivíamos mejor de lo que ellos vivieron en su infancia.


Para ser grande



Pelanchita nos levantaba diariamente antes de que saliera el sol, no importaba que fueran vacaciones o que estuviera muy húmedo por la lluvia de toda la noche. Ella decía que el trabajo debía realizarse desde muy temprano antes de que amaneciera, para que rindiera el día y para que el cuerpo respondiera bien al esfuerzo. A mis hermanos y a mí no nos levantaba a trabajar, pero nos ponía a caminar y a hacer estiramientos y ejercicios que aprendió de su comadre Doña María, que vivía en la parte alta del pueblo.

¡Correr!, correr para mí resultaba muy agradable, sentir el viento en mi cara al avanzar velozmente me producía un placer único. Desde quinto de primaria fui seleccionado en atletismo, en el municipio en donde vivía, disfrutaba enormemente participar en esas competencias. Cuando corría el relevo con mis amigos y en la curva de la pista, sentía que nadie me podía alcanzar, me sentía pleno, enorme. Creo que ahora sí estaba entendiendo mejor a lo que se refería mamá Pelanchita.

Con mis manos apoyadas en la línea de salida y mis pies firmemente apuntalados en el arrancadero, me preparo para reaccionar lo más rápidamente posible al sonido de la pistola de salida.



Ahora tengo 21 años y estoy por competir para representar a mi país en los Centroamericanos. Ésa es mi meta y, de acuerdo con mis tiempos de este año en la prueba de 800 metros, es muy probable que lo logre. He entrenado cuatro veces a la semana durante cuatro largos años, he trabajado muy duro para ser grande en esto que me fascina: ¡correr! Correr es tan placentero, no comprendo como hay gente que no disfruta de moverse, es súper agradable sentir cómo tus músculos responden eficientemente cuando los necesitas.

Mis entrenamientos han sido agotadores en ocasiones, pero siempre muy divertidos. Ojalá todo el mundo pudiera disfrutar tanto de lo que hace. Soy realmente afortunado por poder correr. —¡Puum!— tronó la pistola y arranqué explosiva y oportunamente; siento un gran poder en mis piernas, en todo mi cuerpo, me siento enorme, creo que hasta podría mirar todo el lugar desde arriba, ¡soy grande!

Trabajé muy duro para ser un gran corredor; ahora sé perfectamente a lo que se refería mi mamá Pelanchita cuando me repetía: para ser grande tienes que trabajar mucho. Lástima que ya no esté con nosotros y no pueda verme… De cualquier forma, te doy las gracias, abuelita, corriendo y trabajando mucho, para ser grande.

Un kilo de sorpresas dentro de la cabeza

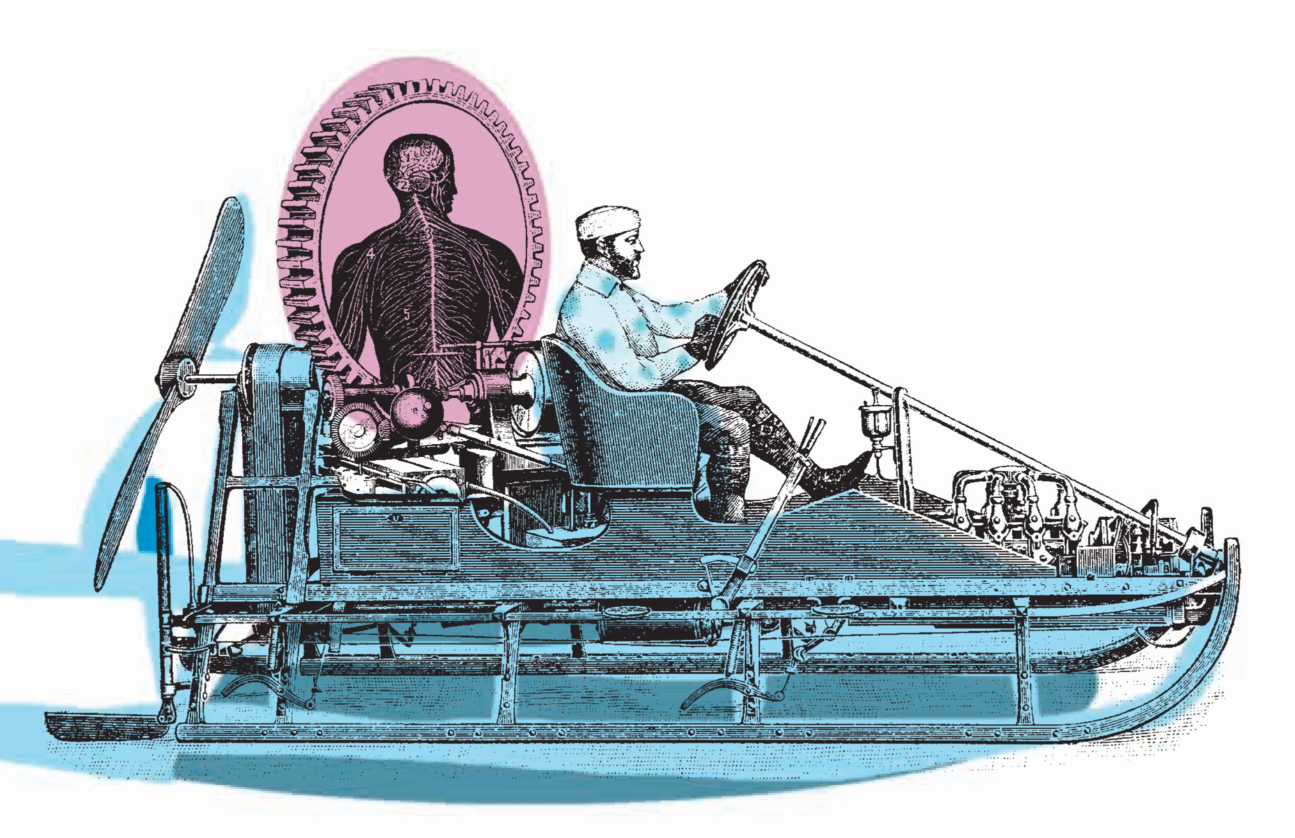
María Emilia Beyer

Todos los días cargas dentro de la cabeza al responsable de tu cuerpo: pesa poco más de un kilogramo y se llama *cerebro*. Está activo desde que comienza el día, pues tiene muchas tareas. ¡Imagínate si no estará ocupado! Es el jefe del estómago, el director del movimiento de tus manos y piernas. Se ocupa de analizar lo que le mandan tus ojos, tu piel, tus oídos, tu nariz y tu lengua, para que puedas ver, tocar, oír, oler y probar lo que te rodea. El cerebro también ordena a qué hora debes sentirte con sed, con hambre o con sueño. Cuando ya tomaste agua, comiste suficiente o dormiste una siesta, es el responsable de avisarte que ya te sientes mejor. Se encarga de fabricar la risa que sale de tu boca cuando algo te parece divertido, y te anuncia que es tiempo de sentirte triste cuando pasa algo malo.

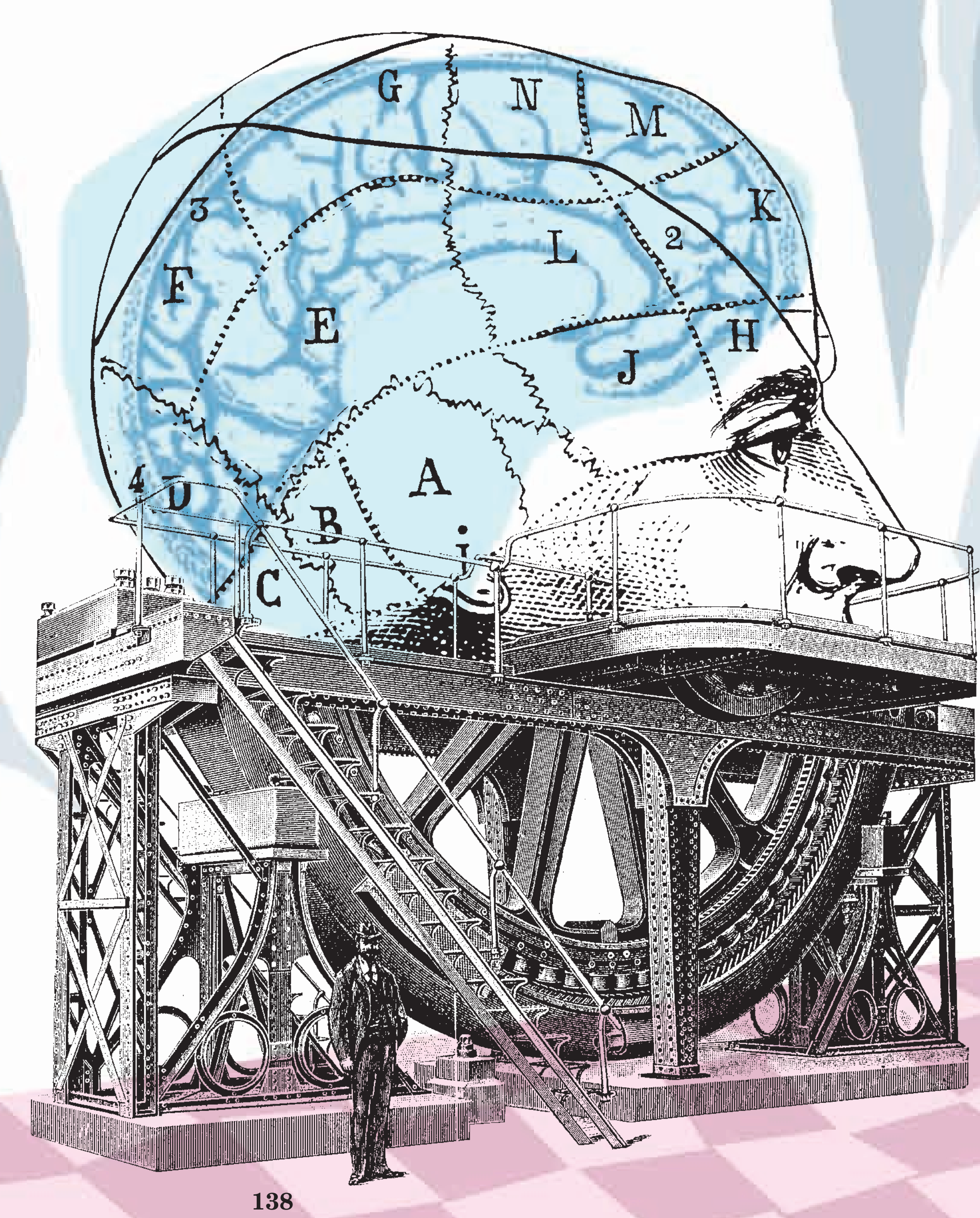
El cerebro es como un director de escuela exigente que vigila que el corazón tenga un latido constante de día y de noche, siempre con un mismo ritmo. Revisa que a los pulmones no se les olvide respirar, y que parpadees durante todo el día, aunque no te des cuenta de ello. Mientras dormimos, también está ocupado haciéndonos soñar y ordenando lo que aprendimos durante el día.

El cerebro no descansa, trabaja todos los días y no importa que estés de vacaciones, o que sea de día o de noche. ¡Con tantas tareas que tiene que vigilar, siempre está trabajando!

Como puedes notar, el cerebro es muy importante. También es una parte del cuerpo muy delicada. Para protegerlo y mantenerlo en su lugar dentro de la cabeza, tenemos el cráneo, que está formado por puros huesos y es como el casco que usas para andar en bicicleta. Cuando nos pegamos en la cabeza, lo que se golpea es el cráneo y no el cerebro. Sin embargo, como los golpes fuertes sí pueden romper esta estructura protectora, es conveniente que nos cuidemos la cabeza y evitemos accidentes. Por eso, cuando sales a patinar, es recomendable usar un casco que proteja al cráneo.



Si pudiéramos asomarnos dentro del cráneo, veríamos que el cerebro tiene un color extraño, entre gris y café claro, que se ve como una tela arrugadísima. Los cerebros de las ranas, los conejos o los gatos son menos arrugados que los de los seres humanos. Durante mucho tiempo nos preguntamos por qué los nuestros son arrugadísimos, aunque no sean viejos ni estén gastados. Ahora conocemos la respuesta: el cerebro humano necesita un espacio enorme para guardar toda la información que nos hace ser animales tan inteligentes. Una forma de tener

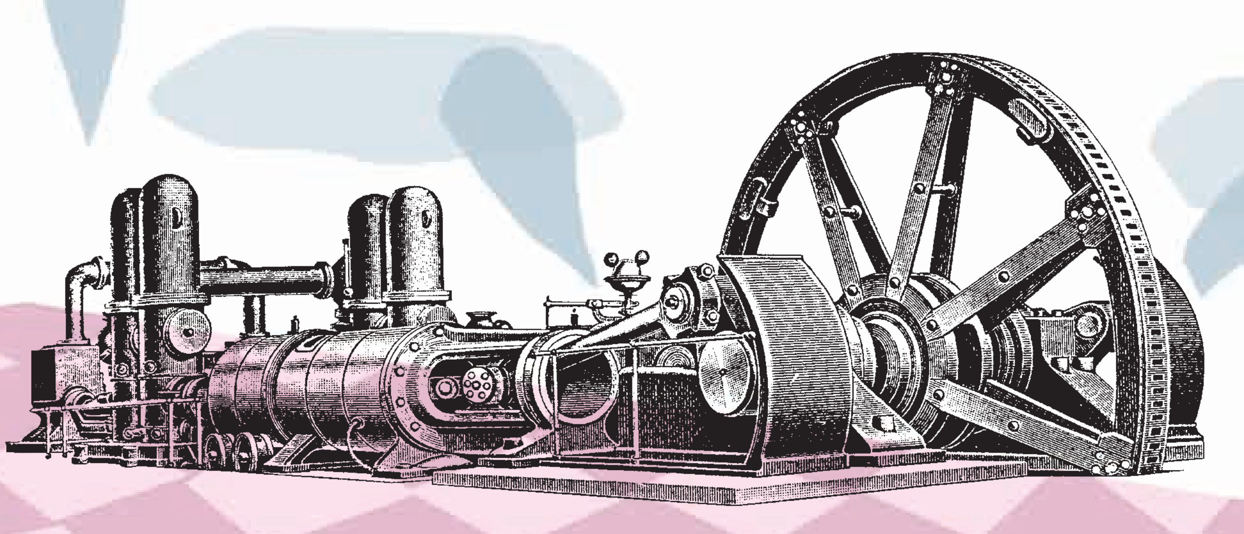


mucha inteligencia es contar con una cabeza enorme, del tamaño de una almohada grande. Pero, ¿quién podría cargar una cabezota de ese tamaño sin cansarse? Moverse rápidamente o jugar a las escondidas con una cabeza así sería muy difícil. Para ser tan inteligente como lo eres tú, se necesita mucho cerebro y poca cabeza. Arrugar mucho, mucho, muchísimo el cerebro resulta una mejor solución.

Los surcos que se forman en el cerebro son como montañitas, muy eficientes para aumentar el espacio. Aquí sucede lo mismo que cuando haces un abanico de papel. Imagina que tienes una hoja y la doblas muchas veces para hacer un abanico. Ocupa menos espacio que tu hoja de papel extendida, pero en realidad la hoja es la misma: no se hizo chiquita sino que al doblarla muchas veces, lograste reducir el espacio. Eso es lo que pasa con el cerebro: en realidad es muy grande, pero está muy bien guardado.

Si pudiéramos estirar todas las arrugas del cerebro de un humano adulto, acabaríamos con un cuadrado de dos metros por lado. Toda esa superficie, perfectamente arrugada y llena de surcos y bultitos cabe dentro de nuestro cráneo.

La corteza cerebral, la capa arrugada que cubre el cerebro, está dividida en dos partes que se llaman *hemisferio izquierdo* y *hemisferio derecho*. El ser humano usa diferentes partes de los hemisferios para dirigir cosas distintas. Por ejemplo, en el hemisferio izquierdo se organizan actividades como el lenguaje y la facilidad para las matemáticas, mientras que el derecho se ocupa de ubicarnos en el espacio.

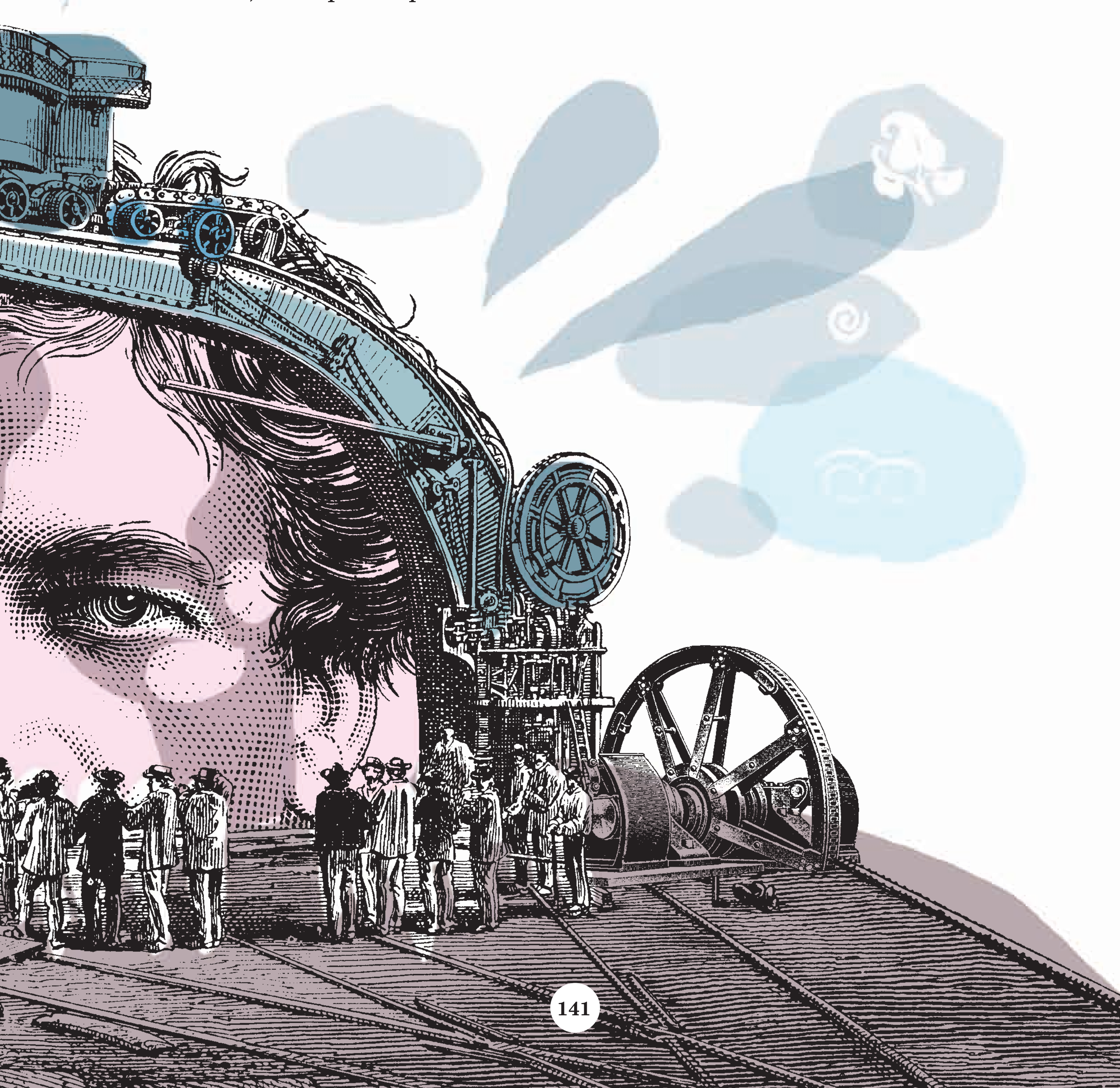


Nuestro cerebro está formado por unidades tan pequeñas que no se ven a simple vista. Ni siquiera podríamos verlas con una lupa; esas unidades o células, llamadas *neuronas*, se ven nada más con microscopios, aparatos especiales que hacen que lo chiquito se pueda ver como si fuera grande.

Para que el cerebro pueda funcionar y dirigir tantas tareas correctamente, las neuronas deben estar muy bien comunicadas. Dentro de tu cabeza viven mil millones de éstas. Ese número es tan grande, que si te pusieras a contarlas de una en



una ¡acabarías la cuenta cuando tuvieras dos mil años! Como cualquier parte del cuerpo, el cerebro también se enferma y no es fácil curarlo. Por eso es importante cuidarlo desde que somos niños. Evitar los golpes fuertes en la cabeza, dormir bien y mantener el cerebro activo con ejercicios como la lectura, los rompecabezas y los crucigramas son algunos de los consejos que puedes tomar en cuenta para tener un cerebro sano, listo para aprender nuevas cosas cada día.





Fuga espacial

Sergio M. Tenorio Sil

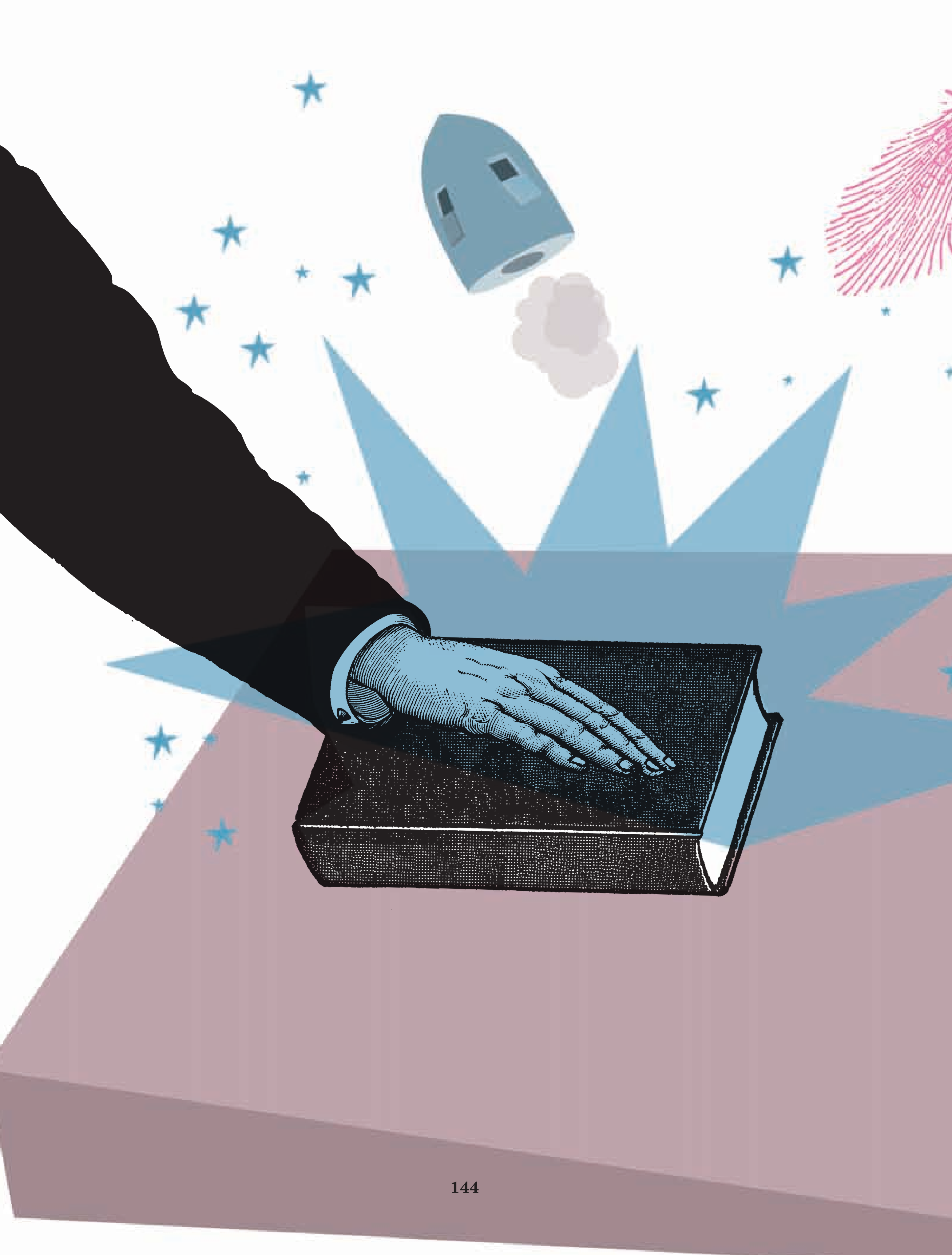
La nave brillante y plateada, luminosa a la luz del atardecer, despegó ligera como un pájaro, envuelta en una nube de vapor, siguiendo la ruta de escape preestablecida en el plan de vuelo. Al ascender sin dificultad hacia la estratosfera, la visión de continentes y mares mostraba la magnificencia de la Tierra, no igualada aún por ningún otro planeta habitado por humanos.

Pasando por toda la gama del azul, la nave salió de la atmósfera terrestre hacia el espacio, donde millones de estrellas colgadas del firmamento, cual si fueran diamantes sobre un fondo de terciopelo negro, ofrecían un espectáculo no menos sorprendente. La nave giró en sentido opuesto al Sol, enfiló hacia los planetas exteriores y aumentó su velocidad a cada segundo. Aún pasaría un buen rato antes de llegar a los confi-



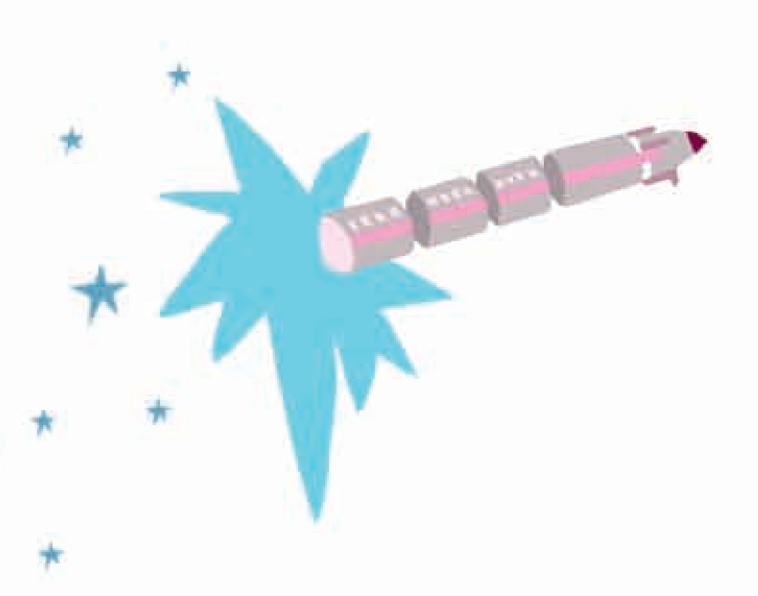
nes del Sistema Solar para alcanzar la velocidad de crucero que, a través del hiperespacio, la llevaría hasta su destino.

Muy cerca del cinturón de asteroides, alcanzó un convoy de naves mercantes que transportaban minerales para las refinerías de Marte y, al pasar por la órbita de Saturno, el piloto de la nave, no sólo registró sus coordenadas de vuelo con el centro de vigilancia espacial allí ubicado, sino también confirmó que tenía camino libre de naves no registradas hasta la **nube de Oort.** En tanto no iniciara el vuelo hiperespacial, cualquier encuentro con naves no pertenecientes a la Federación Galáctica resultaba sumamente peligroso, pues, como nave diplomática, su armamento se hallaba reducido al mínimo indispensable.



Una vez alcanzado el límite interior de la nube de Oort, el piloto observó a través del telescopio de la nave, la nebulosa de Orión, la cual, como un biombo multicolor, ocultaba el planeta al que se dirigían en misión diplomática. La tripulación se preparaba para encender los motores **FTL**, cuando en el **dradis** aparecieron incontables naves no registradas. El piloto levantó la vista en dirección de Andrómeda, buscando una ruta de escape cuando...

...la galaxia explotó en mil pedazos en el momento en que el cuaderno, lleno de alienígenas y naves espaciales, en donde debería haber quebrados, fue cerrado tan imprevista como abruptamente por un profesor contrariado, porque el niño no había puesto atención a sus explicaciones.



Vocabulario

Nube de Oort. Límite exterior del Sistema Solar formada por millones de fragmentos rocosos los cuales son el origen de los cometas.

FTL. Siglas de “Faster Than Light”. Se refiere a motores capaces de propulsar una nave a una velocidad mayor a la de la luz.

Dradis. Radar que marca coordenadas tridimensionales.

Juanito y el diluvio

(Leyenda totonaca del diluvio)

Alberto Blanco

Hace mucho tiempo, en el norte de lo que hoy es el estado de Veracruz, en plena sierra Papanteca, allí donde la vainilla es reina y señora, vivió un niño huérfano, tan solo, tan triste y tan pobre que ni siquiera tenía nombre. Un día en que ya no tenía nada que comer, salió de su casa a buscar trabajo, y comenzó a caminar sin rumbo fijo. Así vagó, solo y su alma, días y noches con el estómago hecho un nudo por el hambre. Hasta que un día en que perdido en el bosque, desconsolado, escuchó a lo lejos un ruido extraño que le llamó poderosamente la atención. Era un ruido como el que hace el hacha cuando corta la madera. Se dirigió al lugar de donde provenía el sonido y vio, para su sorpresa, que no había ningún leñador, sino un hacha que se movía sola en el aire y que hacía leña de un tronco. En cuanto hubo bastantes leños cortados, éstos formaron un atado, solos también; y el hacha se metió como si nada en medio de ellos. El atado, completo, se alejó brincando y luego comenzó a rodar por la vereda.



Lleno de curiosidad, el niño corrió tras el atado hasta que llegó a un lugar donde había pirámides. Vio subir al atado de leña por las escaleras de una gran pirámide y meterse en la casa que coronaba la cúspide. El niño hizo lo mismo, y se encontró con que allí arriba estaban sentados doce ancianos. Allí vivían. Eran los doce truenos los que provocan las lluvias cuando se ponen a bailar sobre las nubes, y cuando quieren que truene las golpean con sus pesadas botas, y cuando quieren que relampaguee las pican con su espada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó uno de los viejos.

—Vine siguiendo el atado de leña que está allí en un rincón.

—¿Y de dónde vienes?

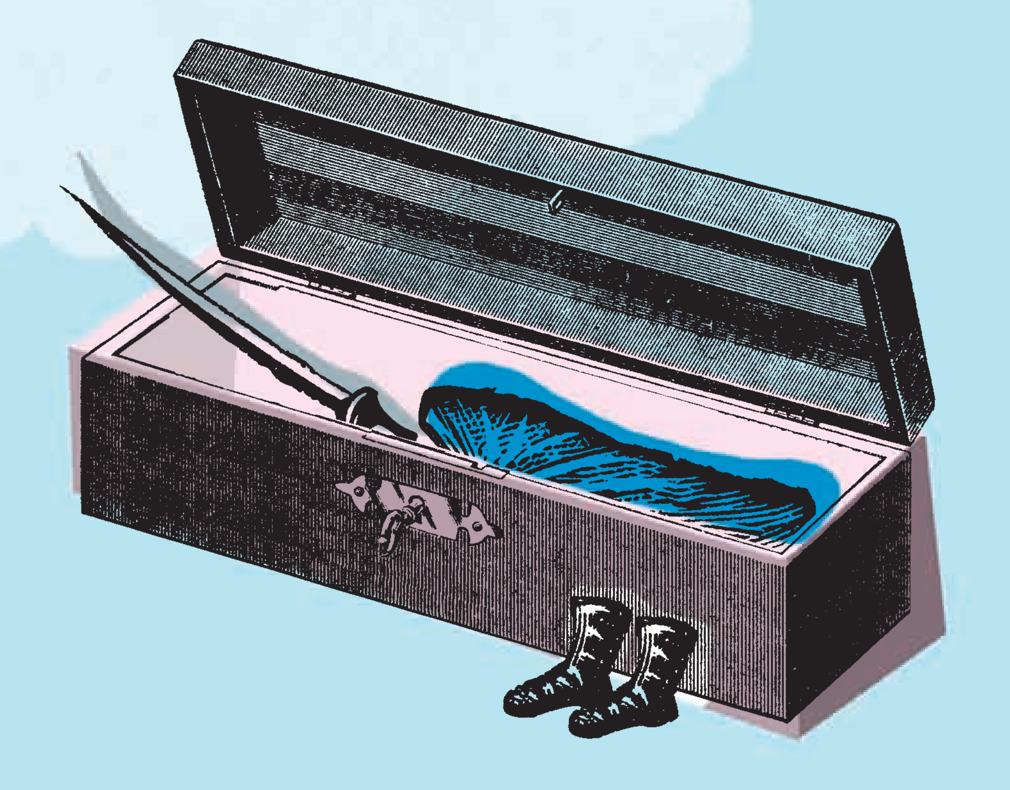
—De donde hay mucha hambre.

—¿Qué no tienes padre ni madre que te den de comer?

—No tengo ni padre ni madre, y me gustaría quedarme a vivir aquí con ustedes. Tal vez puedo ayudarles con el trabajo.

Como el muchacho les simpatizó desde un principio, los ancianos acordaron adoptarlo como si fuera su hijo. Decidieron ponerle el nombre de Juan, y su sola presencia les alegró la vida. Y como tenía tanta hambre, el primer trabajo que le dieron fue el de preparar comida mientras ellos salían a trabajar en el campo. Sin embargo, le hicieron la advertencia de que por ningún motivo pusiera en la olla más de un frijol para





cocer; con un frijol bastaría para todos. Pero una vez que salieron los viejos, Juan, que tenía muchísima hambre, puso en la olla mucho más que un frijol: echó un puñado de frijoles, pues pensó que con uno solo no sería suficiente. Y cuando los ancianos regresaron, ¡Juan nadaba en un mar de frijoles! Era tal la cantidad de frijoles, que los ancianos tuvieron que rescatarlo entre todos de una muerte segura. Tras un tremendo regaño, y después de darle su castigo correspondiente, le dijeron que no permitirían que los volviera a desobedecer.

—De aquí en adelante tendrás que ser muy obediente si no quieres meterte en mayores problemas.

—Les prometo que no volveré a desobedecerlos —les decía Juan, más para tratar de aplacar su enojo que por estar verdaderamente convencido de no hacer más travesuras.

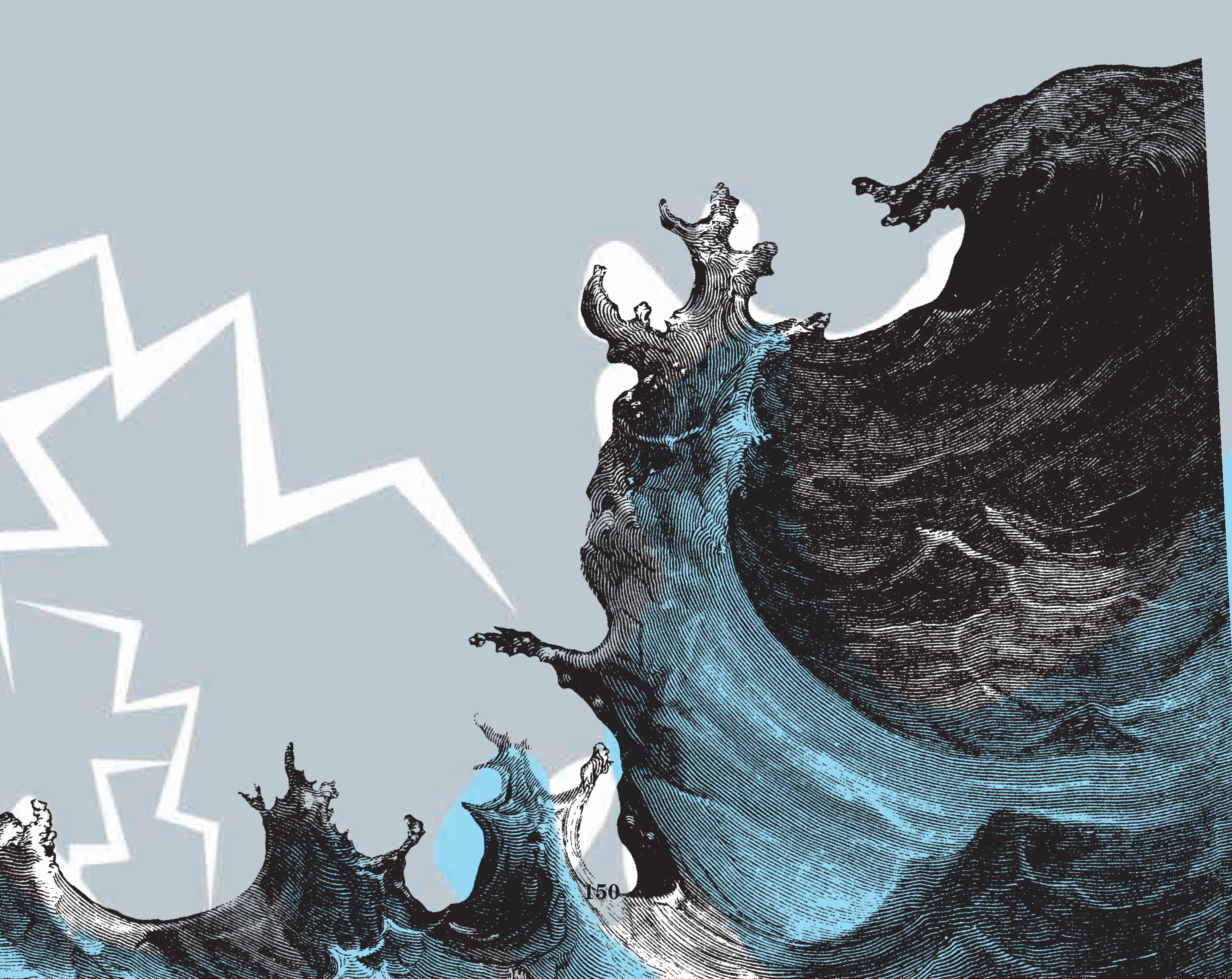
—Más te vale, Juanito, más te vale. Mira que vamos a salir a trabajar otra vez al campo y no queremos que vayas a tocar nada de lo que hay aquí en la casa ni vayas a hacer más estropicios.

Pero al día siguiente, tan pronto como salieron los ancianos, el inquieto muchacho abrió un baúl que le llamaba mucho la atención, y que era donde éstos guardaban sus trajes de fiesta. Juan decidió que él también quería vestir un traje vistoso, como el de los viejos, para ir a trabajar. Se puso unas botas y una capa, y tomó una espada del baúl. No sabía que



la capa era la lluvia de los huracanes, y que la espada era el relámpago, y las botas el trueno. Así que, sin saber lo que hacía, Juan tomó la capa y empuñó la espada, haciéndola girar en el aire. Y casi sin darse cuenta comenzó a subir al cielo. Estaba disfrutando mucho su aventura, pero en el momento en que se puso a juguetear con las nubes desató una tormenta atroz. Juan no sabía que se había puesto el traje más peligroso de todos. Un traje con el que podía acabar el mundo. Entonces comenzó a retumbar el cielo, y grandes relámpagos y lluvias torrenciales se hicieron sentir en toda la sierra, asolando de tal manera los alrededores que poco faltó para que se derrumbaran las pirámides y se acabara todo.

Los ancianos, al ver que se había desatado el diluvio, de inmediato se imaginaron quién era el culpable, y corrieron tras el muchacho. Lo encontraron envuelto en el huracán, incapaz de oír razones ni de atender regaños. Trataban de detenerlo entre los doce echándole capas de nubes, pero Juan se escabullía con gran habilidad y fuerza y el huracán aumentaba en intensidad, acompañado de pavorosos relámpagos y truenos. Su traje de tormentas le daba muchísimo poder. Varias veces los viejos estuvieron a punto de prenderlo, pero Juan les echaba encima una nube o rayos y agua; y se les escurría, de tal forma que la inundación amenazaba ya con destruir toda la Tierra. Y no fue sino hasta que los ancianos lograron echarle encima doce capas de nubes que pudieron finalmente sujetar al desobediente.



—¿Por qué te pusiste el traje sin recibir orden ni permiso, y, sobre todo, sin saber qué clase de traje te estabas poniendo?

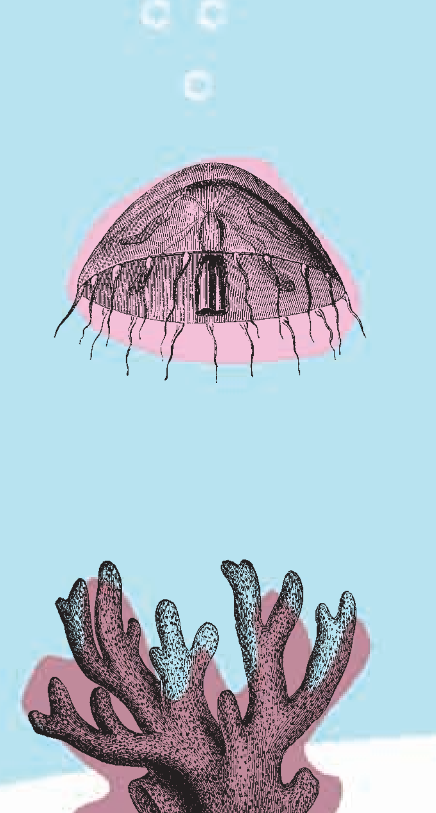
—Porque yo también quería ir a trabajar…

—Pero, ¿no te das cuenta de que has puesto en peligro a todo el mundo: plantas y animales, y todos los seres humanos que viven en la Tierra?

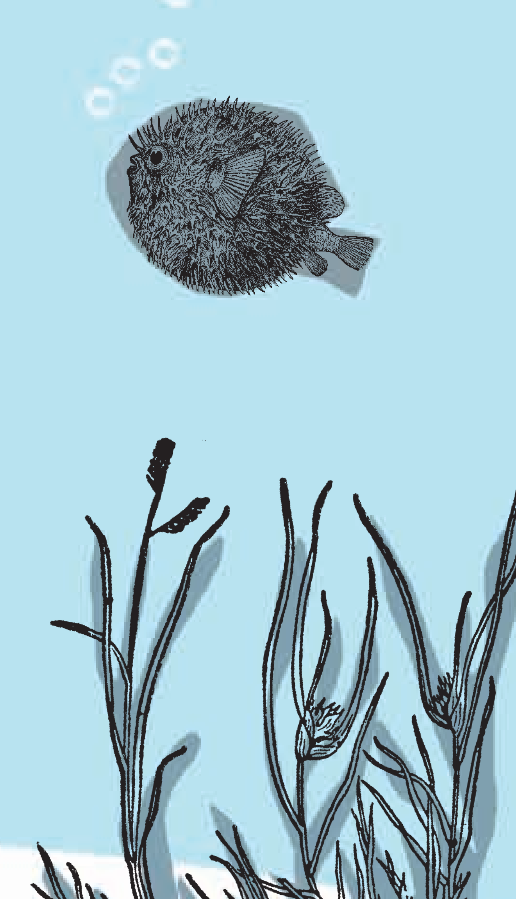
—Yo no sabía que iba a pasar eso… decía Juan entre sollozos.

Convencidos los ancianos de que Juanito era incorregible, le pidieron a la mismísima Virgen una hebra de su cabello para amarrarlo, pero antes le dijeron al niño que juntara las manos, cerrara los ojos, y que no los abriera hasta que ellos se lo ordenaran. Acto seguido, se lo llevaron cargando entre todos y lo arrojaron amarrado al mar. El cabello de la Virgen pesaba más que una cadena de hierro, y Juan se hundió sin remedio hasta que tocó la arena. Una vez que estuvo allí, le dijeron que ya podía abrir los ojos, y que incluso podía gritar si quería. De todos modos nadie podría escucharlo, pues estaba encadenado al fondo del mar.

—¿Por qué me castigan de esta manera si yo nada más quería ayudarlos? No es justo…



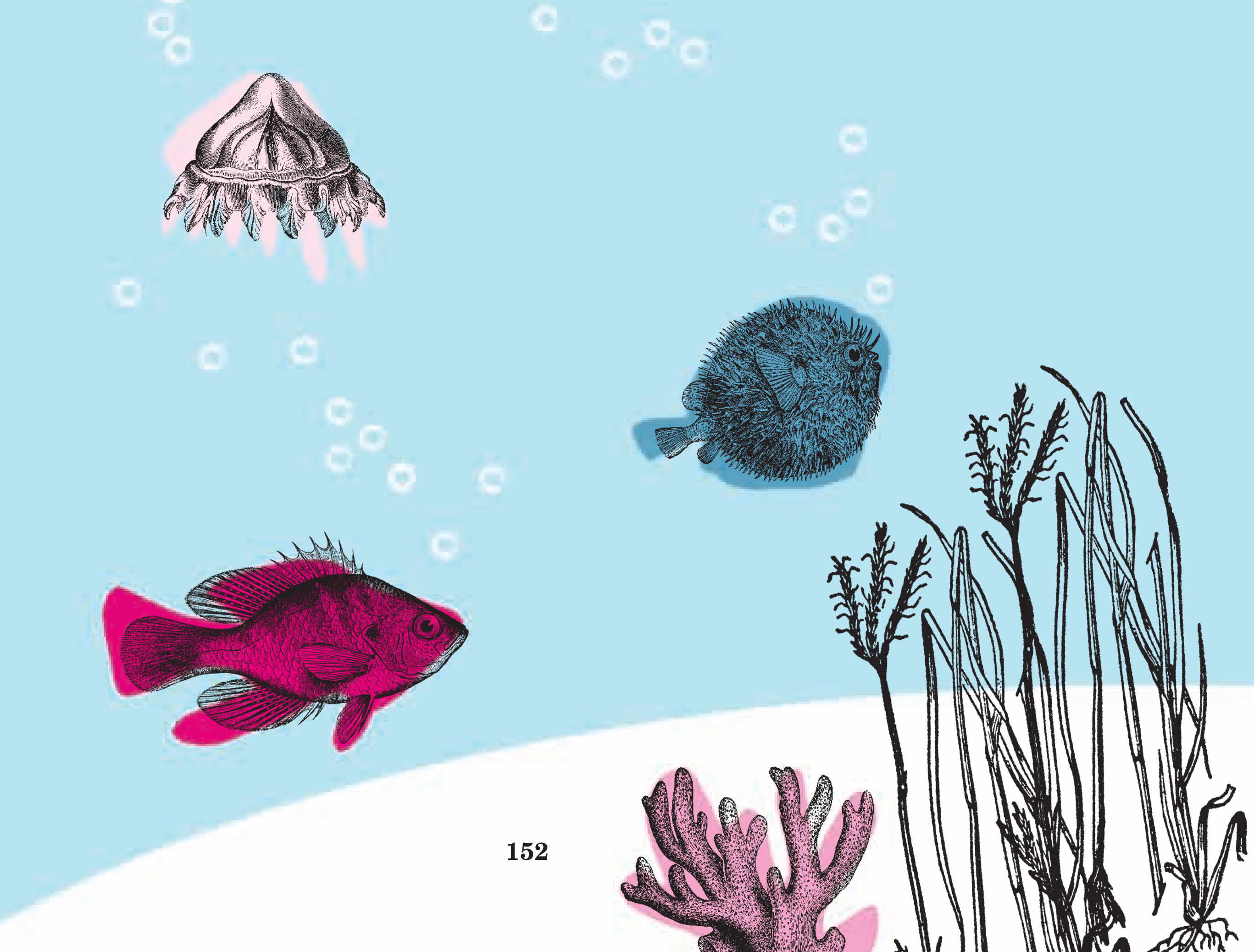




—Porque nos has desobedecido de nueva cuenta. Y, sobre todo, porque te pusiste el traje más peligroso posible: el traje de las tormentas. Nunca debiste haber tocado ese traje, Juanito. Pudiste haber acabado con el mundo.

Finalmente, y luego de muchos lloriqueos y quejas, Juan comprendió que los ancianos tenían razón, y que lo que él había hecho no sólo estaba muy mal, sino que en verdad había acarreado un enorme peligro para todo el mundo, por lo que aceptó quedarse a vivir en el fondo del mar. Y para que no se sintiera solo, los doce viejitos decidieron, a su vez, acompañarlo.

Todavía de vez en cuando se escucha llorar a Juan cuando llueve mucho, porque le gustaría subir a la tierra a visitar a la gente, los animales y las plantas que conoció de niño, y no deja de preguntar cuál es su santo, para celebrarlo. Pero los ancianos no se lo dicen nunca, pues temen que si le dicen la verdad Juan, arrebatado como siempre, en el entusiasmo de la fiesta de san Juan, sería capaz de desatar otro diluvio.



El Micho

Elsa Cross



Fue lo más raro del mundo que rifaran un gato en la escuela. ¡Y yo me lo gané! Eso no me sorprendió, porque casi siempre me ganaba las rifas: un paraguas, un florero muy feo que mi mamá le regaló a mi tía Carmina, y otras cosas. ¡Pero un gato!

Me lo dieron en una caja de tenis con una franela y unos agujeritos en los lados. ¡Estaba precioso! Era blanco con gris, y tenía los ojos verdes. Cuando la maestra me lo dio, todos los niños querían cargarlo, y el gatito estaba asustado, pero era bravo, así que después de unos cuantos arañazos lo devolvieron a la caja.

No era que en la escuela se hicieran rifas a cada rato, y menos de animales. Pero un día la maestra nos dijo a la salida que su gata había tenido gatitos y que si alguien quería al último que le quedaba se lo podía regalar. Y como muchos dijeron: "¡Yo!", "¡yo!", "¡yo!", decidió rifarlo. A mí ni se me habría ocurrido pedirlo, porque a mi mamá no le gustaban los animales más que de lejos.

"A ver qué pasa", pensé, cuando volví de la escuela con mi mochila en la espalda y con mi caja. Y en vez de preguntarme "¿cómo te fue?" o "¿cómo estás?", mi mamá va diciendo:

—¡Ana!, ¿qué traes en esa caja?

Mala señal. Cuando mi mamá me dice “Ana” y no “Anita”, “mi reina” o “corazón”, es como cuando hay nubes negras en el cielo. Sólo tengo que esperar a ver a qué horas empiezan los rayos, los truenos y el aguacero de regaños. Mi mamá tenía cara de disgusto; de seguro pensó que yo traía otra vez ranas, como el día que Esteban y yo nos fuimos a escondidas hasta el laguito, y él las pescó, con muchos trabajos, y luego me dio algunas. ¡Y me obligaron a soltarlas en el parque!

Yo me quedé recordando todo eso y no sabía qué contestarle a mi mamá.

—Te estoy hablando, Ana, ¿qué traes en esa caja?

—Es que… me saqué una rifa.

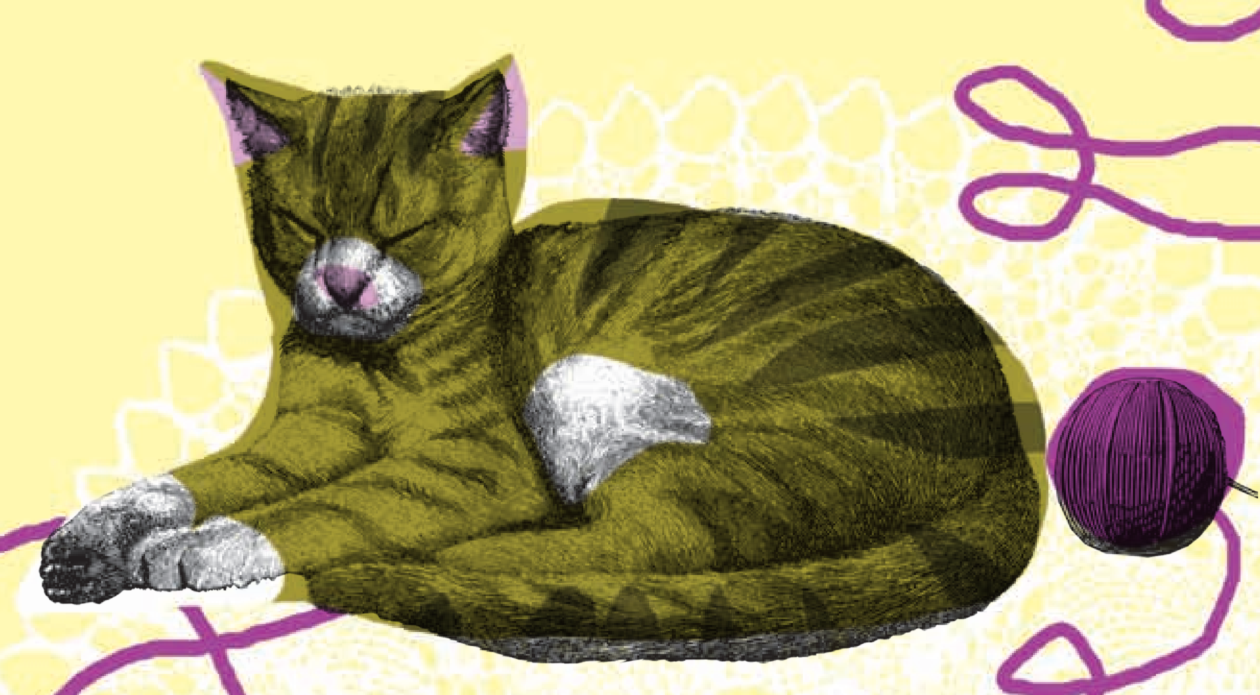
—¿Una rifa de qué?

—¡Mmiaaauuu! —se adelantó el gatito a responder.

—¿Qué es eso? ¡Un gato! ¡Yo no quiero gatos aquí! ¡Llévate a ese animal!

Por suerte, en ese momento mi papá también llegó a comer. Mi mamá seguía muy enojada y le dijo que no quería animales en la casa, y que a ver a quién se lo regalaba yo mañana. Pero cuando se fue a la cocina a calentar la comida, yo le enseñé el gatito a mi papá:

—Mira, papi, me lo saqué en una rifa. ¿Verdad que está muy bonito? Yo me quiero quedar con él.



—Pero tu mamá no quiere, y a ella le toca decidir las cosas de la casa. Está muy simpático —dijo mi papá, cargándolo con cuidado—. ¿Ya le pusiste nombre?

—No, ¿pero qué tal si le ponemos Luis Manuel, como tú? Tienen los ojos del mismo color.

—Me parece muy bien —contestó mi papá y me lo devolvió.

Por suerte el gatito no lo había rasguñado. Empezó a maullar, y me lo llevé a mi cuarto para que mi mamá no lo oyera. Tomé una olla de mi juego de comiditas y fui a la cocina por leche. Mi mamá estaba tan ocupada poniendo la mesa, que ni siquiera se dio cuenta de que tomé un poco de leche y la carne que no me había acabado el día anterior. El gato devoró todo, dio vueltas por el cuarto, y finalmente se subió a una silla y se durmió.

Durante toda la comida, mi mamá repitió como veinte veces que no quería animales. Yo comí muy rápido, pedí permiso de ir a jugar con Esteban, y por suerte me dejaron, pues no tenía tarea. Me llevé al gato, que a Esteban le encantó; pero como él tenía dos perros no se lo podía quedar.

—¿Qué haré para que mi mamá me deje tenerlo? Inventa algo. ¡Por favor, por favor, por favor! —le dije.

—Sí, déjame ver —dijo, y se quedó pensando.



A Esteban le gustaban tanto los animales que quería ser veterinario. Nunca los maltrataba y decía que eran unos tarados idiotas los niños que les hacían daño. Yo pensaba lo mismo.

En ese momento sonó el teléfono. Era mi mamá y me dijo que acababa de llegar mi tía Carmina y quería verme. Me fui enseguida. Mi tía ya estaba al tanto del asunto del gato. Me dio un beso y unos chocolates que me llevaba por mi cumpleaños, que acababa de pasar, y en cuanto vio al gatito, le encantó; lo cargó, y se le quedó dormido en el regazo. Nos dijo que si no fuera a salir de viaje ella se lo llevaría. Y entonces contó mi mamá por qué no le gustaban los gatos: cuando era niña, una vez que ella trató de sacar a un gato de unos matorrales donde estaba atrapado, la había rasguñado horrible.

—¡Todavía tengo la cicatriz! —dijo, levantándose una manga y mostrando unos rasguñitos descoloridos.

—¿Pero cómo se te ocurrió? —dijo mi tía—. Por supuesto que ese gato te iba a rasguñar, si estaba asustado.

—Pues yo no sé de animales —dijo mi mamá—, pero no quiero tener que estar bañando a este gato ni limpiando las suciedades.

—Conchita —dijo mi tía—, creo que estás confundida. No es perro. A un gato no tienes que bañarlo. Los gatos son muy limpios y ellos solos se asean con la lengua, y su saliva tiene una substancia especial, así que nunca huelen feo. Y si les pones una cajita con arena en el patio, siempre van al baño allí. Son limpios, independientes, elegantes.



—Ay, tía, pareces un comercial —dijo mi mamá—. Ha de ser cierto todo lo que dices, pero yo no quiero ningún gato en la casa.

Yo estaba muy triste, y preparaba mis últimos argumentos, pero en ese momento Esteban tocó el timbre.

—Señora, mi mamá le manda unos sopes que hizo. ¿Se los puedo dejar en la cocina?

—Sí, Esteban, y dile que muchas gracias.

Me fui detrás de Esteban a la cocina. Dejó los sopes sobre la mesa, y se sacó de la chamarra un ratón.

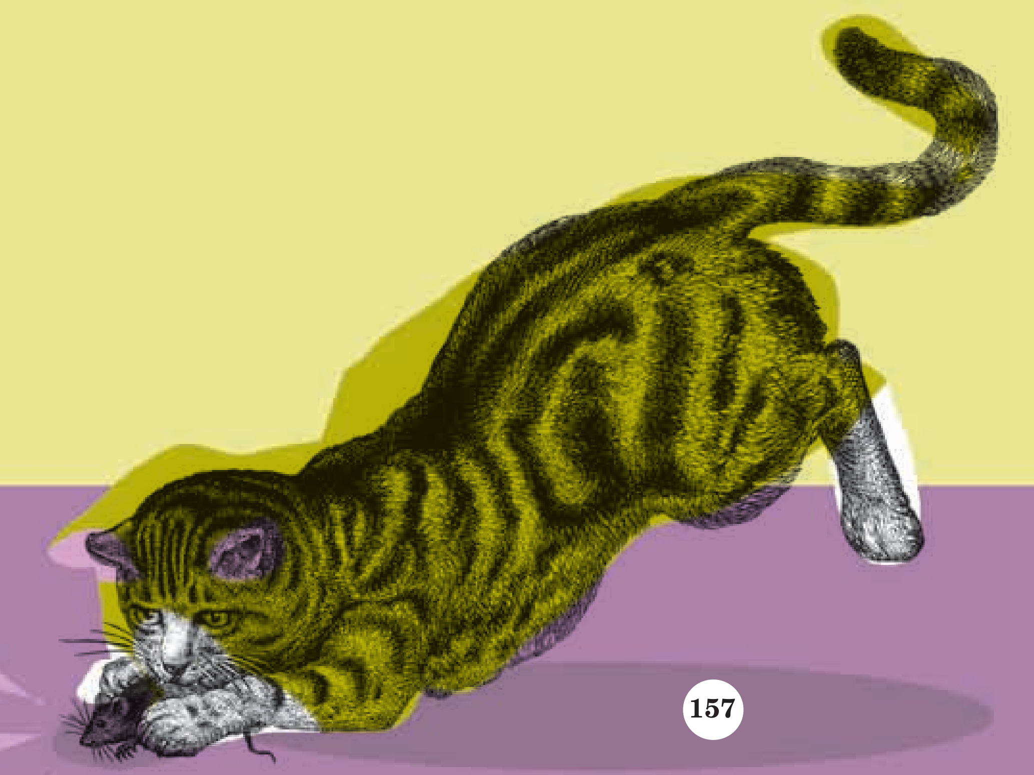
—Cierra la puerta —me dijo—. Mira, voy a soltar este ratón aquí. Cuando tu mamá lo vea y empiece a dar de gritos, traes al gato corriendo. A ver si resulta.

—¡Sí, muchas gracias!

Se fueron Esteban y mi tía Carmina. Y en la noche, poco antes de la cena, se oyeron unos alaridos espantosos. Mi papá se alarmó y bajó corriendo. Yo ya sabía que pasaba, así que bajé con el gato. Aunque era bastante chico todavía, se le fue encima al ratón; mi papá abrió la puerta de la cocina, y el gato salió disparado persiguiéndolo hasta el patio.

Cuando nos dimos cuenta de que mi mamá estaba encima de una silla, mi papá y yo soltamos la carcajada. Ella se empezó a reír también, y dijo con pena:

—No supe ni cómo me subí a esta silla.



—Por el susto —dijo mi papá, mientras la ayudaba a bajarse—. Pero una cosa sí te digo: si tenemos un gato en la casa, jamás va a haber problemas ni de ratones, ni de arañas, ni de cucarachas.

La idea le gustó mucho a mi mamá, que seguía asustada, y aceptó que Luis Manuel —el gato— se quedara. Le seguimos poniendo nombres. Carlos, porque se parecía también a mi tío Carlos; Guillermo, por un actor de televisión que nos caía bien; Sergio, ya no me acuerdo ni por qué. Así que era Luis Manuel Carlos Guillermo Sergio. Mi papá dijo que tenía nombre de príncipe alemán. Pero todos acabamos diciéndole Micho, que era más fácil.

Al día siguiente mi papá nos llevó a Estaban y a mí al mercado, a comprarle al Micho unas ollitas para su agua y su comida, una caja de plástico para la arena, y una casita de palma especial para gatos. Luego fuimos a tomar un helado. No nos atrevimos a contarle a mi papá lo del truco del ratón, pero él estaba también muy contento de que el Micho se quedara en la casa.

Todo era perfecto con el Micho, y mi mamá ya no estuvo molesta. No se imaginaba —y nadie se dio cuenta— de que el Micho era en realidad Micha, pues unos meses más tarde, una mañana que empezamos a oír unos ruiditos raros, salimos al patio y nos dimos cuenta de que la Micha acababa de tener cinco gatitos.



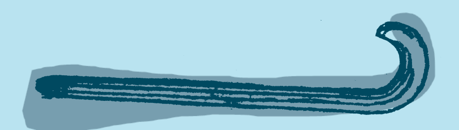
Una gran lección

Aurora Consuelo Hernández Hernández

Cuando mis papás decidieron que nos cambiaríamos de domicilio fueron necesarios muchos otros cambios. Ellos decían que a mis diez años sería mucho más fácil adaptarme a ellos, pero a mí me pesaba dejar los espacios que me daban seguridad. Me resistía a no ver a mis amigos en la escuela y en mi calle. La nueva casa estaba muy retirada de la anterior; era diferente en su distribución, pero los muebles eran los mismos.

En mi anterior escuela éramos pocos niños en el grupo y todos participábamos activamente en clase, pues nuestras maestras eran muy entusiastas y siempre llevaban actividades interesantes; durante el recreo jugábamos por todos los rincones de la escuela, y a la hora de la salida aprovechábamos cualquier minuto para seguir jugando.

Ahora sentía temor ante lo que significaba una escuela diferente, otras maestras y otros compañeros. Así llegó el primer día de clases y en mi mente infantil había muchas ilusiones y temores. La maestra me recibió amablemente y me presentó ante el grupo; entrar al salón y ver a muchos niños que me saludaban dándome la bienvenida fue grato y empezó a darme confianza.



En ese primer día hubo alguien que centró mi atención. Me percaté de él en el momento de salir al recreo. Lo observé y me di cuenta de que no veía; pregunté a otros niños y me lo confirmaron, pero aún así, pasé mi mano frente a sus ojos y el no pudo percatarse de ello. No salía de mi asombro pues en clase la maestra se dirigía a todos por igual. Mi mamá me dijo que todos los niños pueden asistir a la escuela y Toño no era la excepción.

Nunca había conocido a alguien así y, al principio, como aún no hacía amigos, me acerqué a él para platicar, así, aprendí a tratarlo, a saber más sobre él y a convertirme a veces en su apoyo de juegos. Me confió que tenía la ilusión de que llegara el día en el que pudiera ver, que los médicos le habían propuesto una cirugía y que había esperanzas para ello.

Me dijo que por las tardes asistía a otra escuela en la que le enseñaban a utilizar un bastón que le permitía ubicar los espacios para caminar libremente. También le enseñaban a leer por medio del tacto, al deslizar los dedos y reconocer puntos colocados de diferente forma que equivalían a las letras, así, a través de las yemas de sus dedos podía leer. También aprendía a escribir por medio de un sistema inventado por Louis Braille hace cerca de 200 años. De esta manera podía estudiar y hacer sus tareas escolares.

Poco a poco me fui percatando de sus deseos para integrarse al trabajo en el grupo; la maestra tenía mucho cuidado de tratarnos a todos por igual y participábamos en todas las actividades de la escuela: asistíamos a la clase de Educación Física y a la de Música, en la que nos percatábamos que Toño tenía una voz privilegiada.

Escuela



Sin embargo, era notorio que él no era igual y a veces los compañeros lo hacían notar burlándose. Una vez la maestra se dio cuenta de ello y, en lugar de regañarnos, salió por un momento del salón y regresó con pañuelos que nos fue colocando en los ojos para que no pudiéramos ver. Así permanecimos el resto del día. Esta experiencia fue inolvidable, comprendimos lo difícil que resulta tener una limitación, movernos, desplazarnos, orientarnos y hacer lo que parece normal para los que tenemos este don.

Al final del día, con los ojos tapados aún, platicamos sobre nuestras percepciones y nuestros sentimientos; nos dimos cuenta de lo importante que resulta comprender a nuestros semejantes. Así bajo las mismas condiciones, parecemos ser iguales, pero no es así. Cada uno de nosotros pudimos darnos cuenta de algunos de los rasgos que nos hacen diferentes.

En otra ocasión, nos hizo trabajar por parejas, la actividad consistía en conseguir un propósito escolar, para ello simulamos que teníamos alguna limitación (no oigo, no veo, no hablo o me falta una mano), empezamos como un juego, se nos hacía fácil conseguirlo, pero al final de la actividad reconocimos que no había sido sencillo. Nos pudimos dar cuenta de que no obstante no podamos ver, oír, o caminar, podemos colaborar y ayudarnos. Nos dimos cuenta que tenemos capacidades, que todos somos iguales y al mismo tiempo cada uno de nosotros somos diferentes, y no por ello somos menos o estamos verdaderamente limitados para seguir adelante.

Así, nuestra maestra nos dio una gran lección, nos hizo darnos cuenta de que somos seres excepcionales y que podemos ir muy lejos gracias a poder observar nuestras limitaciones y nuestras capacidades y luchar por caminar siempre hacia adelante.

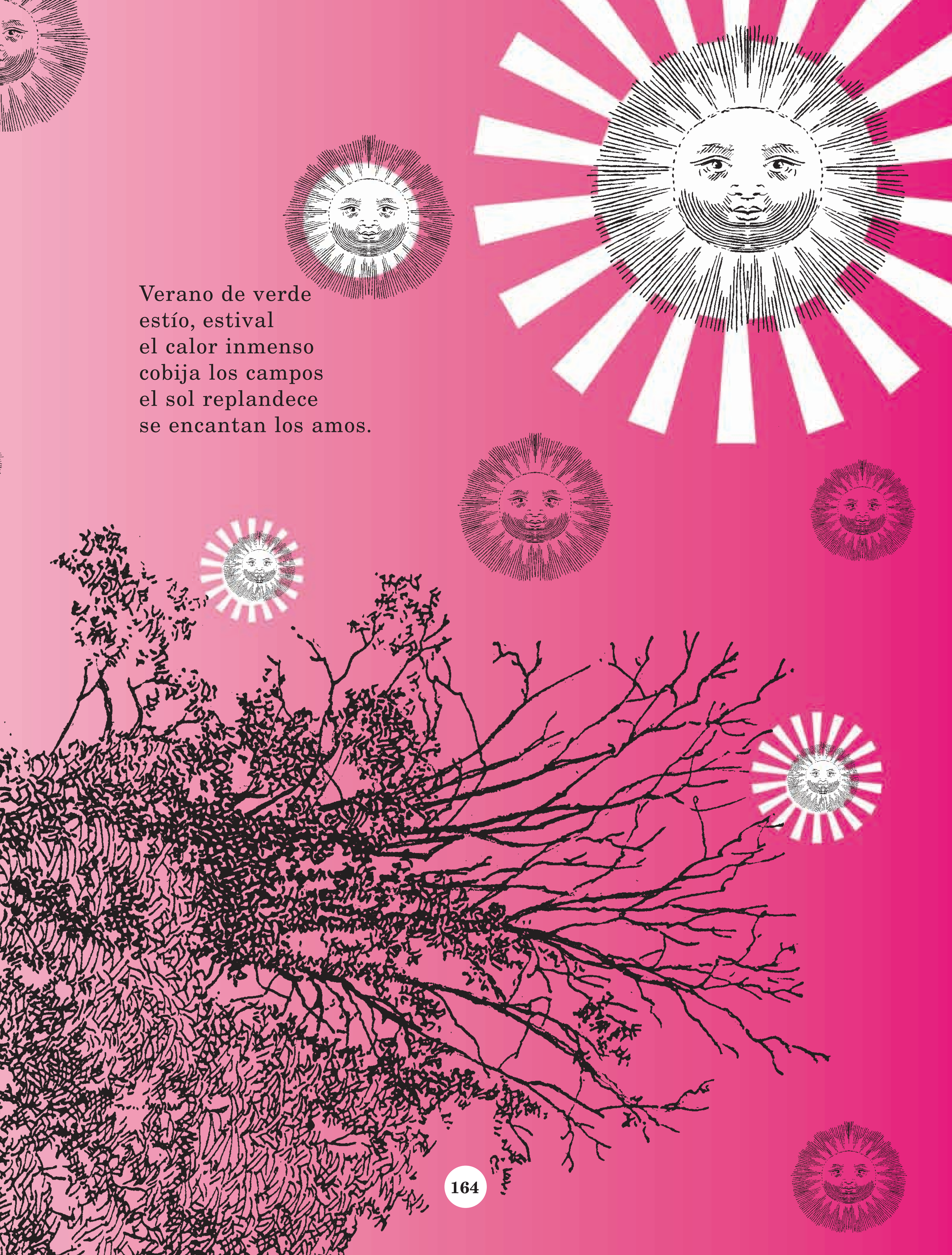
Han pasados algunos años y yo estoy cursando una licenciatura. Hace poco volví a ver a Toño, su cirugía de ojos fue desafortunada, pero no un obstáculo para seguir adelante. Se ha convertido en un gran músico y su maravillosa voz lo acompaña y lo distingue como una persona sobresaliente. Pero lo mejor de todo es que aún nos podemos comunicar como en los viejos tiempos.



Las estaciones

Elizabeth Rojas Samperio

Hoy es primavera
la primera vera,
el primer vergel.
El campo lleno de flores
pincipio de vida
princpio de amor.
Primero los cantos
de un ruiseñor.



Verano de verde
estío, estival
el calor inmenso
cobija los campos
el sol replandece
se encantan los amos.



Y llega el otoño,
anticipa el frío
revientan las lluvias
se ha ido el estío
inicia el retoño
se coloca un moño.

Empieza el invierno
parece que acaba
más viene el renuevo
que dará al comienzo
la prima de vera
después de estos fríos,
de nieves hibernas
se duerme confiado
el invierno mío.





¡Ah, qué burro!

Inegi

Yo soy veracruzano y fui entrevistador en el Censo de Población y Vivienda 2010. Todo empezó cuando vi un cartel del Inegi pegado afuera de la puerta de la secundaria de mi pueblo, en el cual se invitaba a hombres y mujeres a trabajar censando las casas de México. Me animé y fui a la dirección de la oficina del Inegi que ahí venía. Me aceptaron, me enseñaron cómo hacer las preguntas del censo y me entregaron mi uniforme: un chaleco, una gorra, una mochila y una credencial con mi fotografía.

Me tocó trabajar en san Rafael, un poblado de mi hermosa tierra veracruzana. Yo no lo conocía ni sabía cómo llegar, pero me dijeron que estaba cerca de otro poblado llamado Santander, al que sí sé llegar. Pensé que ya estando ahí lograría encontrarlo, porque soy de las personas que creen que *preguntando se llega a Roma*.



Emprendí el camino y llegué a Santander. Ahí le pregunté a un campesino que venía en su burro por el poblado de san Rafael. Me contestó muy amable que estaba como a una hora caminando por un sendero de terracería muy empinado. El sol estaba en el cenit y sus rayos me calaban el cuerpo, así que, para hacerme más fácil el trayecto, se me ocurrió pedirle al campesino que me rentara su burro. Para convencerlo le dije:

—¡Oiga!, tengo que ir a san Rafael porque estoy haciendo el censo, sólo hay dos casas, así que no tardaré mucho.

—¡Claro que sí!, puedes llevártelo, ahí después nos arreglamos, voy a estar allí enfrente, en esa casa, que es donde vivo —dijo el señor señalando una vivienda que estaba junto al camino.

Sin esperar, monté en el burro y me fui cabalgando. Me sentí contento de no tener que caminar bajo el intenso sol; además, pensé que así podría regresar temprano a comer.



Llegué rápido a la primera vivienda que estaba cerca de un establo; ahí, un vaquero me informó que sólo venían los dueños en temporada de cosecha; entonces, anoté en mi listado que era de uso temporal. Me detuve un momento para buscar la otra, pero no la localicé, así que volví a preguntarle al vaquero y me contestó que subiendo el cerro la encontraría.

Ya iba de nuevo cabalgando en el burro cuando, de pronto, a medio camino, se echó; me agarró tan de sorpresa que casi me tira. Traté de que se volviera a levantar dándole unas palmadas en las ancas, pero el burro no se levantó. Le grité: "¡Aja, burro!", le pegué con las riendas y nada; el asno *nomás* no se movía; bueno, hasta por favor le pedí que caminara, pero no quiso andar. De repente, se me ocurrió picarle las costillas con los talones, como se les hace a los caballos para que galopen, ¡y que se enoja!; se sacudió tan fuerte que esta vez sí me tiró: me di tal golpe que no me podía ni parar y los dos quedamos echados en el piso.

Como pude, me levanté y empecé a jalarlo de la rienda. Después de un rato de batallar con él, logré que se levantara. Lo fui jalando y así me lo llevé. No lo podía dejar ahí, si se lo robaban o se iba, ¿qué cuentas le iba yo a dar a su dueño?

Llegué por fin a la segunda vivienda que me tocaba visitar, sudado, empolvado y, para colmo, con un burro a cuestas. Al menos, pude aplicar el cuestionario sin contratiempos. Volví a jalarlo otra vez, pero ni de bajada quería caminar; entonces, no me quedó más remedio que empujarlo, sólo así me fue posible llevarlo de regreso con su dueño.

—Señor, aquí le traigo a su burro —le dije.

—Oiga, joven, ¿por qué se tardó tanto? —preguntó.

No le quise contestar que su burro es muy flojo, sólo le comenté que el habitante que entrevisté platicaba mucho. Le di las gracias y, como me lo había prestado, le ofrecí 30 pesos *pa'l refresco*, aun cuando ése me hacía más falta a mí. Me fui pensando en el dicho: "El flojo y el mezquino anda dos veces el camino", pues para aplicar el cuestionario a las dos viviendas me llevé todo el día, llegué casi con insolación, con un hambre feroz, sucio y adolorido; pero eso sí, de algo estoy seguro: jamás olvidaré a ese burro.

Para comentar la lectura

De la experiencia de la lectura brotan nuevas inquietudes, ideas e interés por temas distintos. Su propósito es abrir una puerta al conocimiento, pero también ser un espacio de entretenimiento, placer y convivencia.

Así, una vez que compartieron las lecturas, reconocieron personajes, historias y objetos, y quizá se detuvieron especialmente en un detalle que captó su atención, a continuación les sugerimos algunas preguntas que serán útiles para continuar los comentarios sobre las lecturas. Estas preguntas y muchas otras, tantas como su imaginación proponga, les permitirán dialogar, enriquecer su lectura, atender a otros temas que tal vez en un principio pasaron desapercibidos, y reafirmar aquellos que les eran familiares.

Mi escuela (p. 10) Estela Maldonado Chávez	• ¿Qué representa la escuela para la autora? • ¿Por qué son importantes para ti tus amigos y maestros? • ¿Qué es lo que más te gusta de tu escuela?
Para temernos mejor (p. 12) Rosa Beltrán	• ¿Por qué Caperucita se sentía superior a los demás? • ¿Qué diferencias encuentras entre el cuento original de Caperucita Roja y éste? • ¿Por qué Caperucita cambió después de la muerte del lobo?
El misterio de las 5 cosas que eran también 1 sola cosa (p. 16) Sabina Berman	• ¿Por qué se dice que es la historia de 5 cosas que eran 1? • ¿Por qué estaba enojado el Dedo Gordo? • ¿Cuál es el misterio que cuenta la historia?
Dos deseos (p. 22) Vivian Mansour Manzur	• ¿Cuáles eran los dos deseos del tameme? • ¿Cómo pidió permiso el tameme a la volcana para llevar nieve al emperador? • ¿Cómo se sintió el emperador al recibir la nieve del tameme?
Las alas de Ana (p. 28) Laura Martínez Belli	• El protagonista de la historia, ¿cómo descubrió que Ana tenía alas? • ¿Qué harías si tuvieras una compañera como Ana?
La mascota perfecta (p. 34) Meztli Lucero Reyes Sánchez	• ¿Por qué Alicia no podía tener una mascota? • ¿Cuáles tipos de alergias conoces? • ¿Cómo sería tu mascota perfecta?
Toma y daca (p. 40) Jorge Volpi	• ¿Qué diferencia hay entre un robot y un androide? • ¿Por qué Pancho se burla de Tru-co? • ¿Crees que son correctas las reglas del toma y daca? ¿Por qué?
Nubecita (p. 48) José Agustín Escamilla Viveros	• ¿Por qué el protagonista quería escapar de la nube? • ¿Por qué la nube acosaba al protagonista? • ¿Por qué se arrepiente de haber herido a la nube?
El hámster del presidente (p. 53) Juan Villoro	• ¿Cuál es la función que debe cubrir el hámster de un presidente? • ¿Quién descubrió el hámster del presidente? • ¿Cómo lograron conocer la personalidad de un candidato a partir de conocer a su mascota?
El zagal y las ovejas (p. 58) F. M. Samaniego	• ¿Cómo engañó el zagal a los labradores? • ¿Qué hicieron los labradores cuando pensaron que el zagal los había engañado? • ¿Por qué piensas que el engañador resultó con el mayor daño?

Mañana (p. 60) Amaranta Leyva	• ¿Conoces a alguien que sea como Pedro? • ¿Qué te gustaría dibujar si tuvieras ochenta colores y un cuaderno como el de Pedro? • ¿Qué quieres hacer cuando seas grande?
Refranes populares (p. 68)	• En el refrán: “En boca cerrada no entran moscas” se insinúa la necesidad de cuidar lo que dices. ¿Por qué? • Explica el refrán que más te haya gustado. • ¿Por qué se dice que un refrán encierra sabiduría popular?
Otra historia de 5 cosas que eran 1 sola cosa (p. 70) Sabina Berman	• ¿Cuáles son las 5 cosas que son al mismo tiempo 1 sola cosa? • De las 5 cosas que son al mismo tiempo una, ¿cuál es la más importante? • ¿Por qué cuando Margarita despertó traía el anillo en un dedo del pie derecho?
Viajemos en el tiempo (p. 80) Estela Maldonado Chávez	• ¿De qué platicaron María y su mamá antes del viaje? • ¿Por qué viajaba el hombre antes de volverse sedentario? • ¿Cuál es el punto más lejano, fuera de la Tierra, en que ha estado el hombre?
El mayor regalo (p. 82) Laura Martínez Belli	• ¿Qué provocó que Guillermo aceptara leer? • ¿Cuál fue el descubrimiento de Guillermo en los libros? • ¿Cuáles han sido tus descubrimientos en los libros?
El jaguar (p. 90) Oscar Osorio Beristain	• ¿Qué quiere decir en el texto la palabra cauto? • ¿Cómo imaginas los senderos del magnífico jaguar?
Lucía y Dientes de Perla (p. 92) Pedro Ángel Palou García	• ¿Cuántos años consideras que tiene Lucía? • Cuando la luna está completa se dice que hay luna llena. ¿Cómo se dice cuando no se ve? • ¿Conoces otra leyenda que hable sobre la luna? ¿Cuál?
La vainilla (leyenda prehispánica) (p. 96)	• ¿Por qué dice la historia que Xanath y Tzarahuin eran de diferentes clases sociales? • ¿Qué le pasó al Señor de la Felicidad cuando conoció a Xanath? • ¿Qué hizo el Dios Gordo cuando Xanath lo rechazó?
Una buena decisión (p. 98) Luis Guillermo Silva Rojas	• ¿Qué hacían los personajes de esta historia en el parque? • ¿Por qué las mamás de Susana, Carlos y Jaime los regañaron cuando llegaron corriendo a sus casas? • Explica en qué consiste el plan familiar: “Detectar y reducir los riesgos”.
Breve escena fraternal (p. 104) Carmina Narro	• ¿Por qué discuten los hermanos en la historia? • ¿Por qué las familias son diferentes? • ¿Cuáles tipos de familias conoces?
Fusiles y muñecas (Fragmento) (p. 106) Juan de Dios Peza	• ¿Por qué Juan sueña con ser un soldado? • ¿Por qué es triste el juego de Margot?
¿Uno o varios Pípilas? (p. 108) Carlos Alberto Reyes Tosqui	• ¿Cuál fue la principal hazaña del Pípila? • ¿Por qué fue importante la acción del Pípila en la guerra de Independencia? • ¿Por qué se piensa que pudieron existir varios Pípilas?
Un lío morrocotudo (p. 112) Ignacio Padilla	• ¿Qué significa morrocotudo? • ¿Cómo te imaginas al gigante? Haz un dibujo de él. • ¿Qué propones para solucionar el lío morrocotudo?

Pátzcuaro… entrada al cielo (p. 114) Mariana Tenorio Pita	• ¿Por qué se dice que Pátzcuaro es una “mágica ciudad”? • ¿Qué hacen los habitantes de Janitzio en noviembre para rendirle tributo a los muertos? • ¿A qué se refiere la autora cuando afirma que México “es un país al que muchos creemos conocer pero del cual a veces, sabemos poco”?
El Sol (teatro guiñol) (p. 118) Israel Huesca Guillén	• ¿Cómo era Arquilia, la bruja buena? • ¿Por qué la bruja Meterrenda quería desaparecer el sol? • ¿Por qué Sofi y Santi se convirtieron en piedras?
Camila y Mila (p. 125) Guadalupe Loaeza	• ¿Qué problema de salud tiene la protagonista? • ¿Quién es Mila?
Para ser grande (p. 132) Israel Huesca Guillén Ana Frida Monterrey Heimsatz	• ¿Cómo te imaginas físicamente al protagonista de la historia cuando era niño? • ¿Cómo te imaginas físicamente al protagonista de la historia en su edad adulta? • ¿Por qué la mamá Pelanchita que para conseguir algo siempre hay que esforzarse?
Un kilo de sorpresas dentro de la cabeza (p. 136) María Emilia Beyer	• ¿Por qué es tan importante el cerebro en una persona? • ¿Qué características tiene la corteza cerebral? • El cerebro es muy delicado, ¿qué haces para protegerlo?
Fuga espacial (p. 142) Sergio M. Tenorio Sil	• ¿Qué es una nube de Oort? • ¿Cómo te imaginas la vida en otros planetas? • Si pudieras hacer un vuelo hiperespacial, ¿a dónde te gustaría ir?
Juanito y el diluvio (leyenda totonaca del diluvio) (p. 146) Alberto Blanco	• ¿Qué hizo el niño para llegar hasta donde estaban los 12 señores? • ¿Cómo se comportó el niño con los 12 señores cuando vivió con ellos? • ¿Consideras que fue correcto que los 12 señores encadenaran a Juan en el fondo del mar? ¿Por qué?
El Micho (p. 153) Elsa Cross	• ¿Qué idearon Ana y Esteban para que la mamá de Ana aceptara el gato en la casa? • ¿Qué hubieras hecho tú para lograr que el gato se quedara en la casa?
Una gran lección (p. 159) Aurora Consuelo Hernández Hernández	• ¿Por qué algunas personas se burlan de quienes tienen una discapacidad? • ¿Cuál fue la lección que aprendió la protagonista? • ¿Qué otra cosa podía haber hecho la maestra para que los alumnos respetaran las diferencias que todos tenemos?
Las estaciones (p. 163) Elizabeth Rojas Samperio	• ¿Qué pasa en la naturaleza cada vez que cambia una estación? • ¿Cuál estación te gusta más y por qué?
¡Ah, qué burro! (p. 167)	• ¿En qué estado de nuestro país está san Rafael? • ¿Por qué el encuestador del Inegi quiso usar un burro para llegar a la comunidad que debía censar? • ¿Por qué dijo el encuestador del Inegi que el burro era muy flojo?

Cada uno de los autores de tu *Libro de lecturas* ha puesto su imaginación y talento para que logres entrar en esos anhelados mundos de aventura, diversión y fantasía. Gracias a los textos que escribieron pensando en ti, podrás conservar, ampliar o alimentar tu gusto por la lectura. ¡Te invitamos a conocerlos!



Alberto Blanco. Poeta, ensayista y traductor. Nació en la Ciudad de México. Cursó estudios universitarios de química en la Universidad Iberoamericana y de filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México; y de maestría en Estudios Orientales en El Colegio de México. Fue coeditor y diseñador de la revista de poesía *El Zaguán* (1975-1977), y becario del Centro Mexicano de Escritores (1977), del Instituto Nacional de Bellas Artes (1980) y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (1990). Entre su trabajo de traducción se encuentran 12 libros de cuentos y poemas para niños. Cuenta en su haber más de 1200 publicaciones entre libros, revistas, catálogos, periódicos y suplementos literarios. En 2010 estuvo nominado para recibir el premio Hans Christian Andersen (considerado el premio Nobel de literatura infantil). (Foto: Jazmín Ortega).

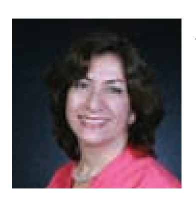
Alejandra Monserrat Castillo Robledo. Nació en Purépero, Michoacán, en 1983. Es licenciada en Psicología Educativa por la Universidad Pedagógica Nacional. Ha participado como auxiliar de investigación en el proyecto titulado: "Aprendizajes de contenidos escolares en la educación primaria" de la Universidad Pedagógica Nacional. Asimismo, fue docente de Educación Especial a nivel preescolar. Desde 2007, colabora en la DGME como revisora pedagógica. Actualmente estudia la maestría en Atención a la diversidad y educación inclusiva en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Amaranta Leyva. Nació en Cuernavaca, Morelos, en 1973. Es titiritera y dramaturga. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas, en la UNAM, y el máster en Literatura Infantil por la Universidad de Barcelona (2009-2011). Ha sido miembro de la compañía "Marionetas de la esquina", desde 1989. De su trabajo destaca: *Dibújame una vaca* (presentado en el Kenedy Center in Washington DC), *Mía y El Vestido*, texto con el cual obtuvo el Premio Nacional de Literatura en la categoría de teatro para niños.



Ana Frida Monterrey Heimsatz. Es catedrática en la Universidad Regional Miguel Hidalgo y de la Universidad del Valle de México. Su vida profesional la ha dedicado principalmente al programa de Campismo escolar de la Dirección General de Educación Física. Tiene dos licenciaturas: Educación Física por la Escuela Superior de Educación Física y Psicología por la UNAM. Además, es maestra en Recreación y administración del tiempo

libre. Colabora con la Dirección General de Materiales Educativos (DGME) como coautora de libros de texto de Educación Física para educación básica.



Aurora Consuelo Hernández Hernández. Catedrática formadora de docentes por la Escuela Nacional para Maestras de Jardines de Niños. Se ha desempeñado como jefa del departamento de Calidad de la Educación (INEA), investigadora científica, en la Dirección General Adjunta de Contenidos y Métodos Educativos, coautora de *Mi cuaderno de trabajo*, nivel preescolar (SEP, 1982), coautora del *Libro para el maestro*, 2º grado de educación primaria (1981), coautora de los libros de texto de los seis grados de Español, primaria, 2010.

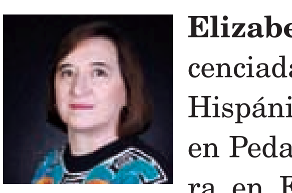


Carlos Alberto Reyes Tosqui. Nació en la Ciudad de México, en 1967. Estudió la licenciatura en Historia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la maestría en Humanidades en la Universidad Autónoma Metropolitana, y actualmente estudia el doctorado en Historia en la UAM-Iztapalapa. Fue jefe de departamento en la Dirección General de Materiales Educativos por 13 años, durante los cuales fue autor de 10 materiales educativos para educación primaria y secundaria, entre los que se encuentran los Libros de Texto Gratuitos de Historia de la RIEB.

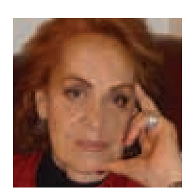
Carmina Narro. Dramaturga, directora de escena, cuentista y guionista. Nació en Sinaloa, México. Egresada del Núcleo de Estudios Teatrales (NET) con Héctor Mendoza. Estudió dramaturgia en el taller de Hugo Argüelles y análisis teatral con Vicente Leñero; dirección de escena con Juan José Gurrola, de quien fue asistente de dirección. A los 22 años escribió y dirigió su primera obra: *Recuerdos de Bruces*, con la que ganó el premio Salvador Novo de la UCCT, en 1992. Obtuvo el premio Bravo a la mejor comedia del año, en 1996, por su obra *Credencial de escritor*. En 2005, estrenó en Nueva York el libreto de su ópera *Loveless (La ópera del desamor)* con música de Jorge Sosa, y su obra *Round de sombras* con actores del Actors Studio y músicos del Mannes College of Music de la New School University.



Elsa Cross. Poeta mexicana nacida en 1946. Tiene maestría y doctorado en Filosofía por la UNAM, donde es profesora titular de Filosofía de la religión, además es miembro del Sistema Nacional de Creadores. Ha publicado veintidós libros de poemas. Los más recientes son: El vino de las cosas (2005), Bomarzo (2009) y Nadir (2010). También es autora de los libros para niños El himno de las ranas (1992) y Tía Chita y Jerónimo (2006). Entre los premios que ha recibido se encuentran: Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1989), Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines (1992), Premio Xavier Villaurrutia (2007) y Premio Roger Caillois para autores latinoamericanos (París, 2010).



Elizabeth Rojas Samperio. Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM; maestra en Pedagogía por la UPN, y doctora en Filosofía con especialidad en psicología por Atlantic International University (AIU). Cuenta con 40 años de experiencia docente en secundaria, bachillerato, superior y posgrado en diversas instituciones. Asimismo, ha realizado acciones de formación de maestros. También cuenta con publicaciones en el área del lenguaje. Actualmente, participa como coautora de los libros de texto de Español para educación primaria en la DGME.



Estela Maldonado Chávez. Nació en la Ciudad de México, en 1933. Egresada de la Escuela Normal de Maestros en la Generación (1951). Es miembro fundador, en 1968, del Sistema Nacional de Enseñanza Secundaria por Televisión, ahora Telesecundaria. Profesora de Español y de Enseñanza Secundaria por Televisión. Se ha desempeñado como profesora en el Instituto Politécnico Nacional, y durante 20 años como Directora General en el Colegio Israelita "Beth Yaacov". Escribe poesía infantil y colabora actualmente en la DGME, como revisora técnico pedagógica de los libros de texto.

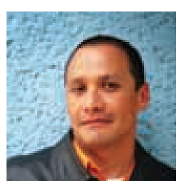
F. M. Samaniego (1745-1801) Escritor español que perteneció a los grupos más importantes de la cultura de la Ilustración. Reconocido autor de fábulas, a través de las que ridiculiza distintos defectos humanos, como hábitos sociales y actitudes políticas de dudosa integridad.



Guadalupe Loaeza. Periodista y escritora originaria de la Ciudad de México. Tiene una lista de más de 42 títulos, entre los que se encuentran: *Las niñas bien* (1985), *Las reinas de Polanco* (1986), *Compro, luego existo* (1992), *Manual de la gente bien* (1995), *Terremoto* (2005), *Infancia es destino* (2010). Ha participado en diversos medios de comunicación como radio, cine, televisión, periódico y revistas. Entre los reconocimientos que ha recibido se encuentra el Premio Nacional de Comunicación José Pagés Llergo 2010, en la categoría de libro biográfico *Mi novia la tristeza*.



Ignacio Padilla. Narrador, dramaturgo, diplomático y ensayista. Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana, maestro en Letras Inglesas por la Universidad de Edimburgo y doctor en Filología Española por la Universidad de Salamanca. Su obra para niños incluye *Las tormentas del mar embotellado*, (Premio Juan de la Cabada 1994), *Los papeles del dragón típico, Por un tornillo* y *Todos los osos son zurdos*. En 2008, obtuvo el Premio Nacional de Obra de Teatro para Niños, por *La maquinota*. Actualmente es profesor en la Universidad Iberoamericana, e investiga temas como animismo, semiótica, escatología, entre otros.



Israel Huesca Guillén. Estudió en la Escuela Superior de Educación Física en la Ciudad de México. Durante 10 años trabajó en el área de recreación y tiempo libre, y en el Colegio Eton en clase directa de Educación Física, y como coordinador de clubes deportivos. Realizó estudios de Recreación y administración del tiempo libre a nivel maestría. Desde hace 15 años trabaja en el Programa de Campismo Escolar de la Dirección General de Educación Física. También es asesor técnico pedagógico y colabora como coautor de los libros de texto de Educación Física en la Subsecretaría de Educación Pública.



Jorge Volpi. Licenciado en Derecho y maestro en Letras Mexicanas por la UNAM y doctor en Filología por la Universidad de Salamanca. Es autor de las novelas *La paz de los sepulcros*, *El temperamento melancólico* y *En busca de Klingsor*, con ella inició una *Trilogía del siglo XX*, cuya segunda parte es *El fin de la locura* y la tercera *No será la Tierra*. Su libro más reciente es el ensayo *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción.* En 2009, obtuvo el Premio José Donoso de Chile por el conjunto de su obra. Actualmente es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



José Agustín Escamilla Viveros. Nació en la Ciudad de México, en 1960. Cursó la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva en la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde 1990 comenzó a trabajar en el ámbito editorial cuando ingresó como corrector de estilo y ortotipográfico en el *Semanario Punto.* También trabajó en Limusa, Pearson Educación de México, entre otras editoriales. Desde 1996 trabaja como editor en la DGME de la Secretaría de Educación Pública.



Juan Villoro. Escritor y periodista nacido en la Ciudad de México, en 1956. Estudió Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana. Formó parte del Taller de Cuento impartido por Augusto Monterroso. Entre 1977 y 1981, escribió y produjo en Radio Educación el programa “El lado oscuro de la luna”. En 1980, publicó su primer libro: *La noche navegable*. En 1994 ganó el premio IBBY por *El profesor Ziper y la fabulosa guitarra eléctrica*, novela para niños. Entre sus libros infantiles se encuentran: *Las golosinas secretas*, *Cazadores de croquetas*, *El taxi de los peluches* y La *cancha de los deseos*.

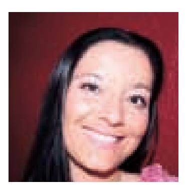
Juan de Dios Peza (1852-1910) Poeta, escritor y político mexicano. Fue nombrado miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua; ocupó la silla IX en mayo de 1908.

Laura Martínez Belli. Originaria de España. Estudió Ciencias de la Información e Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid, y en 1995 se trasladó a México donde continuó sus

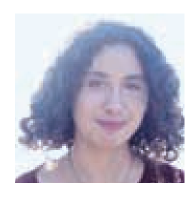
estudios en la Universidad Iberoamericana. En 1998, regresó a España y colaboró en instituciones dedicadas a la protección del patrimonio artístico, hasta que en 2004 retornó a México, donde estableció su residencia. En 2007 publicó su primera novela titulada *Por si no te vuelvo a ver*, a la que le siguió *El ladrón de cálices* que se convirtió en un éxito de ventas.



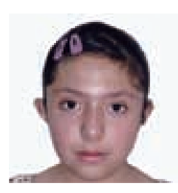
Luis Guillermo Silva Rojas. Estudió Comunicación en la UNAM. Música (piano y dirección de orquesta) en el Conservatorio Nacional de Música. Tiene experiencia laboral como coordinador de medios en diversas campañas políticas. También se ha desempeñado como locutor de radio, y actualmente es productor y conductor independiente de radio en un sitio electrónico con un programa semanal.



María Emilia Beyer. Es bióloga de profesión, dedicada a la divulgación de la ciencia, a través de diversos medios. Ha coordinado y asesorado exposiciones itinerantes en el Museo de Historia Natural de la Ciudad de México y el Museo Universum de la UNAM. En 1998, cursó el Diplomado de Divulgación de la Ciencia en la UNAM, y actualmente trabaja como Coordinadora Académica de ese mismo diplomado. Escribió un libro de divulgación acerca del genoma humano.



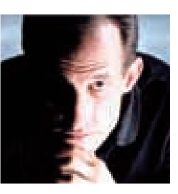
Mariana Tenorio Pita. Nació en la Ciudad de México, en 1993. Actualmente cursa el último semestre de bachillerato en el área físico-matemáticas.



Meztli Lucero Reyes Sánchez. Nació en Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, en el año 2000. Realizó estudios en escuelas de Educación por el Arte y actualmente estudia el sexto grado de primaria en la Escuela Activa Paidós. En el invierno de 2008 se presentó en la Sala Nezahualcoyotl de la UNAM como integrante del coro *Tonalli*. Le fascina contar y escuchar historias.



Óscar Osorio Beristain. Biólogo por la Universidad Nacional Autónoma de México, colaboró en la revista de investigación científica *Acta botánica mexicana*, y es coautor del capítulo titulado “Desiertos” de la obra *México al natural*. Actualmente participa como revisor técnico-pedagógico en el área de Ciencias de primaria y telesecundaria. Asimismo, se desempeña como docente de los Centros de Educación Extraescolar (Cedex).



Pedro Ángel Palou García. Escritor mexicano nacido en la ciudad de Puebla. Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica, maestro en Ciencias del Lenguaje por la Benemérita Universidad

Autónoma de Puebla, doctor en Ciencias Sociales por El Colegió de Michoacán. Es autor de novelas, ensayos literarios, crónicas históricas, y se le reconoce como miembro de la generación del *crack*, junto con Ignacio Padilla y Jorge Volpi. Algunos de sus libros son: *Con la muerte en los puños*, *Quien dice sombra*, *Zapata* (2006), *Morelos: morir es nada* (2007), *Pobre patria mía*, *La profundidad de la piel* (2010).



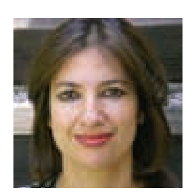
Rosa Beltrán. Novelista, cuentista y ensayista originaria de la Ciudad de México. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM y el doctorado de Literatura Comparada en la Universidad de California. Actualmente es titular de la Dirección de Literatura de la UNAM. Entre su obra destacan: *La espera* (1986), *Optimistas* (2006) y *Amores que matan* (2008). En 1995 recibió el premio Planeta-Joaquín Mortiz de Novela por *La corte de los ilusos,* y en 2011 obtuvo el Reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz por la UNAM.



Sabina Berman. Dramaturga, poeta y narradora, nació en la Ciudad de México. Estudió Psicología en la Universidad Iberoamericana y Dirección Teatral en el Centro de Arte Dramático A.C. Ha ganado cuatro veces el Premio Nacional de Teatro, además de haber obtenido el Ariel de la Academia de Ciencias y Artes Gráficas, en 1974, por el guión cinematográfico *Tía Alejandra*. Por otra parte, en 1995 participó como codirectora de la película *Entre Pancho Villa y una mujer desnuda.* También escribió y coprodujo la película de *Backyard,* la cual representó a México en los Oscares del 2010. Su más reciente novela *La mujer que buceó dentro del corazón del mundo*, se ha publicado en más de 30 países.



Sergio M. Tenorio Sil. Arquitecto egresado de la FES Acatlán UNAM. Ha cursado estudios de cuento y ensayo en la Casa del Lago. Actualmente realiza estudios de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



Vivian Mansour Manzur. Es una reconocida autora de literatura infantil, entre los cuales destacan *Fuiste tú,* y *El enmascarado de lata*, *Ladridos en el infinito, El peinado de la tía Chofi, La gran huida, La vida útil de Pillo Polilla,* novela juvenil ganadora del Premio de Literatura Infantil y Juvenil 1995, y *Familias familiares*, novela juvenil ganadora del certamen A la Orilla del Viento (1997) del Fondo de Cultura Económica.

Estándares nacionales de habilidad lectora

El desarrollo de la habilidad lectora es determinante para afinar las competencias en todas las áreas del conocimiento, tanto en la escuela como en otros ámbitos de la vida. Mediante la lectura se desarrollan las capacidades de observación, atención, concentración, análisis y pensamiento crítico. No menos importante es la cualidad de la lectura de ser un espacio para la diversión y para satisfacer la curiosidad sobre innumerables temas de interés.

Para que el acto de lectura ocurra a plenitud se requieren dos procesos: en un primer nivel, la decodificación de las palabras; en un segundo nivel, la comprensión del significado del texto. El lector deber ser capaz de entender y reflexionar sobre lo que lee.

En este sentido, la Secretaría de Educación Pública pone a disposición de quienes acompañan a los niños en el desarrollo de su habilidad lectora determinados estándares que establecen el número de palabras por minuto que se espera que los alumnos de educación básica puedan leer en voz alta al terminar el grado escolar que cursan. Tales estándares no pretenden forzar a los niños a alcanzar los valores máximos, sino darles seguimiento y parámetros de referencia que los respalde en el proceso de mejora constante.

Nivel	Grado	Palabras leídas por minuto
Primaria	1º	35 a 59
	2º	60 a 84
	3º	85 a 99
	4º	100 a 114
	5º	115 a 124
	6º	125 a 134
Secundaria	1º	135 a 144
	2º	145 a 154
	3º	155 a 169

En el acompañamiento de los niños en el desarrollo de su habilidad lectora, usted puede jugar un papel muy importante. Éstas son algunas sugerencias:

1. Lea en voz alta los primeros cinco minutos, para que su lectura sirva de modelo (si usted no sabe leer, entonces es de gran utilidad que escuche al niño cuando él lea).
2. Invite al niño a que lea en voz alta los siguientes diez minutos.
3. Al finalizar la lectura, platique con él sobre lo que leyeron, acerca de sus reflexiones e inquietudes que les generó la lectura.
4. Revise con el niño las palabras que omitió o que se le dificultaron al momento de leerlas.

Conviene que por lo menos cada ocho días cuente las palabras que lee el niño en un minuto y lleve un registro para observar su avance.

¿Qué opinas de tu libro?

Tu opinión es importante para que podamos mejorar este *Libro de lecturas. Cuarto grado*. Anota una palomita (✓) en el cuadro que corresponda a tu preferencia.

	Mucho	Regular	Poco
Me gusta mi libro	☐	☐	☐
Entendí las lecturas	☐	☐	☐
Me gustan las imágenes que aparecen en el libro	☐	☐	☐

Escribe los títulos de los tres textos que más te hayan gustado.

____

____

____

Escribe los títulos de los tres textos que no te hayan gustado.

____

____

____

¡Gracias por tu participación!

SEP

DIRECCIÓN GENERAL DE MATERIALES EDUCATIVOS
Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos
Versalles 49, tercer piso, Col. Juárez,
Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06600,
México, D.F.

Datos generales

Entidad: ______________________________

Escuela: ______________________________

Turno: Matutino ☐ Vespertino ☐ Escuela de tiempo completo ☐

Nombre del alumno: ______________________________

Domicilio del alumno: ______________________________

Grado: __________

Referencias iconográficas

Para la publicación de este *Libro de lecturas. Cuarto grado* de primaria, decidimos recurrir a la obra de litógrafos y grabadores para dar a conocer a las nuevas generaciones las técnicas utilizadas en este tipo de propuesta plástica. Las obras aquí publicadas están protegidas por las leyes de derechos de autor y su reproducción en este libro ha sido con fines educativos.

Busch, Wilhlem, *Sammlung mit Max und Moritz*, Brawn & Sdneider, Múnich.

Catálogo ilustrado de ferretería, México, sin datos.

Consolidated Dental Manufacturing Company. Illustrated and Descriptive Catalogue, Nueva York, Consolidated Dental Manufacturing Company, 1899.

Enciclopedia Ilustrada Seguí. Diccionario Universal, Barcelona, Centro Editorial Artístico de Miguel Seguí, 3 tomos, 1943.

Estrin, Michael, *2,000 Designs. Forms and Ornaments*, Nueva York, WM Penn Publishing, 1947.

Figuier, Louis, *Le Savant du Foyer. Ou Notions Scientifiques Sur les Objects Usuels de la Vie*, París, Librairie de L. Hachette et Cie, 1864.

George, Ross F., *Arte de hacer carteles a pluma o pincel*, Pensilvania, Hunt Pen Company, 1952.

Grabado de la primera imprenta en México, 1534 (primera en el continente americano), © Other Images.

Guptill, Arthur L., *Drawing Whith Pen and Ink and a Word Concerning the Brush*, Nueva York, The Pencil Points Press, 1930.

Handbook of Designs and Motif, Nueva York, Tudor Publishing Company, 1950.

Harter, Jim, *Animal. 1914 Copyright-Free Illustrations*, Nueva York, Dover Publications, 1979.

Harter, Jim, *Hands. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1980.

Harter, Jim, *Men. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, DoverPublications, 1980.

Harter, Jim, *Women. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1982.

La sagrada biblia, trad. de D. Felipe Scio, Barcelona, Grande establecimiento tipográfico editorial de Ramón Molinas, 2 tomos, 1865.

Lehner, Ernst, *Symbols, Signs and Signets*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

Mendenhall, John, *Scan this Book Two*, Nueva York, Art Direction Book Company, 1996.

Nessbitt, Alexander, *200 Decoratives Title–Pages. An Anthology of Copyright-Free Illustrations for Artists and Desingners*, Nueva York, Dover Publications, 1992.

Olian, Joanne, *Children´s Fashions 1860-1912. Designs from "La Mode Illustrée"*, Nueva York, Dover Publications, 1944.

Quinn, Gerard, The Clip Art Book, Nueva York, Crescent Book, 1990.

Saunders, J. B. de C. M. y Charles D. O'Malley, *The Illustrations from the Works of Andreas Versalius of Brussels*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

The Defiance Machine Works, Catalogue 194, Ohio, Defiance, 1850.

Webster´s New International Dictionary, 2a. ed., Springfield, Merriam Company Publishers, 1953.

Libro de lecturas.
Cuarto grado,
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de
Libros de Texto Gratuitos, en los
talleres de &&&&, con domicilio en
&&&&, en el mes de &&& de 2012.
El tiraje fue de &&& ejemplares.


112
RUBY
EBERHARD FABER
NEW YORK
Escuela